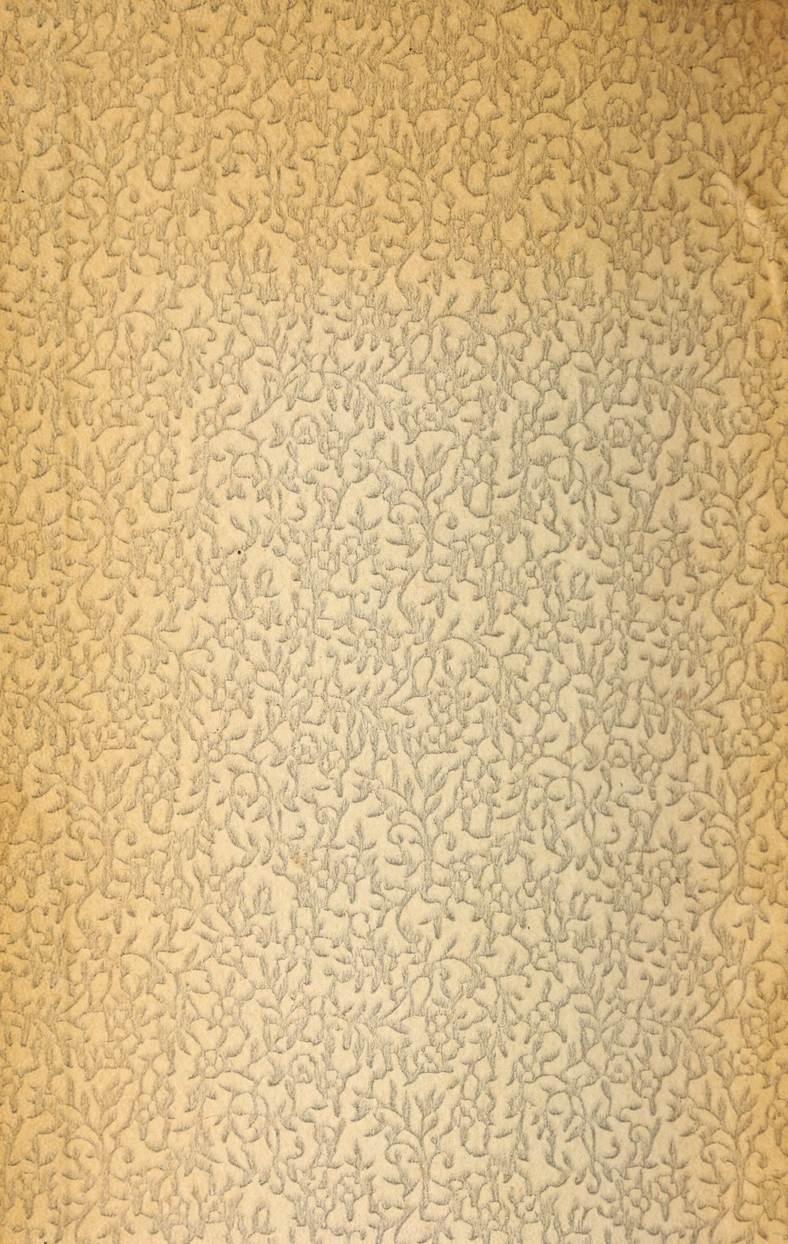


Gabriel y Galán

OBRAS COMPLETAS

Fé, Librero





OBRAS COMPLETAS

DE

GABRIEL Y GALAN

JOSÉ MARÍA

GABRIEL Y GALÁN

OBRAS COMPLETAS

TOMO II

RELIGIOSAS

CAMPESINAS

FRAGMENTOS

Segunda edición.

MADRID
LIBR. DE FERNANDO FÉ
15, Puerta del Sol, 15

SEVILLA
LIBR. DE J. ANTONIO FÉ
89, Sierpes, 89

1912

MADRID.—Imprenta Española, calle del Olivar, núm. 8



RELIGIOSAS

INMACULADA

I

Dime coplas, musa mía.
¿Me las niegas por vulgares?
¿Me reprendes la osadía
de que en coplas populares
quiera cantar á María?

¿Murmuras avergonzada
porque en la ruda tonada
de esta mortal criatura
no cabe la gran figura
de María Inmaculada?

¡Bien lo sé yo, musa mía!
El gran himno de María
no lo rima ni lo canta
miel de humana poesía
ni voz de humana garganta.

Ni tú, porque eres tan ruda
que vives con la desnuda
Naturaleza en amores,
amante extática y muda
de encinas, piedras y flores,

ni esotra sutil y grave
musa de rica realeza
que dicen que tanto sabe,
daréis jamás con la clave
del himno de la pureza.

Ese gran himno bendito
ya está en los cielos escrito
por Dios con cifras de estrellas...
¿Qué no sabrán decir ellas,
letras de un libro infinito?

Pero escucha, musa mía:
la música reverente
del poema de María
es la total armonía
del Universo viviente,

y todo lo que es cantar,
y todo lo que es bullir,
entero se le ha de dar,
porque cantar es amar,
porque agitarse es sentir.

Y yo, corazón de arcilla,
que adoro tanta grandeza,
le debo mi tonadilla...
Negársela por sencilla
fuera negar mi pobreza.

II

Yo he cantado cosas puras:
Radiosas noches serenas,
empapadas de dulzuras,
de castos silencios llenas
y henchidas de hondas ternuras.

Hele rimado cantares
al candor de las palomas
de mis blancos palomares
y á la miel de los aromas
de mis ricos tomillares.

He cantado la blancura
de la azucena sencilla,
la purísima tersura
de la nieve de la altura,
que es la nieve sin mancilla.

He cantado la pureza
de las fuentes naturales,
la gentil delicadeza
que en los blancos recentales
expresó Naturaleza;

la sonrisa matutina
de los días abrileños,
la disuelta purpurina
con que tiñen la colina
los crepúsculos risueños;

los arrullos guturales
y los ósculos caídos
en las caras celestiales
de los niñitos dormidos
en los brazos maternales...

Cosas puras he cantado,
cosas puras he sentido,
y con ellas embriagado,
como un niño me he dormido,
como un ángel he soñado...

Mas ni en mis noches divinas
con estrellas diamantinas,
ni en mis caseras palomas,
ni en la miel de los aromas
de mis natales colinas,

ni en las puras azucenas
ni en las fuentes de la umbría,
ni en las auroras serenas,
ni en las dulces tardes llenas
de profunda melodía,

ni en los besos ideales,
ni en las mieles musicales
de las madres cuando cantan,
ni en las risas celestiales
de los niños que amamantan,

encontró la musa mía
pobre símbolo siquiera
que con miel de poesía,
interpretarme pudiera
la pureza de María...

III

¿Qué nombre darte hechicero?
Nada me dice el grosero
decir del humano idioma,
ni cuando dice paloma,
ni cuando dice lucero.

¿Cómo bosquejar tu alteza
con pobre imagen obscura
que ofrezca Naturaleza,
si no hizo Dios criatura
gemela tuya en pureza?

Fuente de aguas celestiales,
crisol de amores humanos
que tus ojos virginales
depuran de los livianos
sedimentos mundanales;

sol del más dichoso día;
vaso de Dios, puro y fiel;
¡Por Ti pasó Dios, María!
¡Cuán pura el Señor te haría
para hacerte digna de Él!

Manantial de los consuelos,
plenitud de los anhelos,
luz que toda luz encierra,
embeleso de los Cielos,
alegría de la tierra...

¿Qué más decirse podría
en tu alabanza y loor,
después de decir que un día
fuiste sin mancha, ¡oh, María!
la Madre del Redentor?

Corazón que ante tu planta
no adore grandeza tanta
¡muerto ó podrido ha de estar!
Garganta que no te canta
¡muda debiera quedar!

IV

Musa mía campesina,
que vives enamorada
de la fuente y de la encina,
de la luz de la alborada,
de la paz de la colina,

del vivir de mis pastores,
del vibrar de sus sentires,
del pudor de sus amores,
del vigor de sus decires
y el callar de sus dolores...

¿No me has dicho, musa mía,
que te placen cosas bellas?
¡Pues viértete en armonía,
que es centro de todas ellas
la belleza de María!

¿No me dices, cuando cantas
el candor y la humildad,
que te placen cosas santas?
¡Pues María es entre tantas
la más grande santidad!

¿No tienes para la alteza
de cosas puras tonada?
¡Pues la esencia, la riqueza,
el sol de toda pureza
es María Inmaculada!

¡Rima y canta, musa adusta!
¡Canta el Misterio insondable
cuya grandeza te asusta!...
¡La Divina Madre Augusta
con los pobres es amable!

Yo la he visto sonriente
escuchando el balbuciente
decir de rudos cantares
que ante míseros altares
le rimaba ruda gente...

Gente de sano vivir
que al sentirla Inmaculada
le cantaba su sentir.
¡El del alma enamorada
es el más bello decir!

¡Madre mía! ¡Madre mía!
¡Que beba mi poesía
pureza de tu pureza!
¡Que aprenda á tomar belleza
de tu belleza, María!

¡Que suba tu amor ardiente
del corazón del creyente
á la mente del poeta
y oirás el himno ferviente
que el gran Misterio interpreta!

¡Que el mundo pura te adore!
¡Que te cante y que te implore!
¡Que tú le mires amante
cuando rece, cuando llore,
cuando bregue, cuando cante!

Y que á una voz concertada
diga ante tanta grandeza
la humanidad prosternada:
¡Gloria á Dios en la pureza
de María Inmaculada!

ADORACIÓN

I

Estaba amaneciendo. En los espacios
del mundo sideral ya se borraban
las últimas estrellas que aún brillaban
como débiles chispas de topacios.
Nada alteraba el general reposo
del mundo en la extensión de sombras llena,
ni turbaba un acento rumoroso
el solemne silencio religioso
de la noche serena...
Mansa, indecisa, vaga todavía,
la luz matutinal ya despuntaba,
y en trémulos fulgores envolvía
un paisaje de Abril que se esfumaba
en la vaga y borrosa lejanía.

Iba á salir el sol. El horizonte
de luz amarillenta se teñía,
y de rumores se llenaba el monte
y el valle se poblaba de armonía;
y en el obscuro monte rumoroso,
surgiendo acompasada,
se iniciaba la intensa melodía
del sublime y grandioso
preludio musical de la alborada.
Iba á salir el sol. Lo presentía
la gran Naturaleza
que en el sereno despertar del día,
espléndida, sublime en su grandeza,
y henchida de vigor se estremecía.
El soberano toque misterioso
de la mano de Dios la despertaba,
y á su sereno despertar grandioso,
cón vigor portentoso,
la vida universal se reanimaba.
De su jugo vital iban á henchirse
los gérmenes hundidos en la sombra;
al beso de la luz iban á abrirse
los cálices plegados de las flores
que al valle dan alfombra
y á las brisas suavísimos olores;
la tropa peregrina
de pájaros cantores, aún dormidos,
iba á cantar su estrofa matutina

al posarse en los bordes de sus nidos
la del radiante sol, luz argentina,
y las errantes brisas olorosas,
las frondas rumorosas,
las aguas transparentes
de los ríos, los lagos y las fuentes,
los cerros de la sierra...
¡Todo cuanto en la tierra
produce, con acentos diferentes,
trino, ruido, voz, eco ó lamento,
al sentir ya cercana
la luz del astro, que preside el día,
preludiaba con gárrula armonía
el himno anunciador de la mañana!

II

Y el sol salió. Sus vivos resplandores
se esparcieron en franjas ambarinas
y explosiones de luz y de colores,
de acentos y rumores,
palpitaron por valles y colinas.
El coro de los pájaros cantores,
desatando sus lenguas peregrinas,
inundó de armonías el ambiente;
y para el gran concierto que á la aurora
dedicaba la gran Naturaleza,

el bosque dió su voz, honda y sonora,
su aroma dieron las gentiles flores,
la alondra dió cantares,
el rocío del valle dió colores,
el aura dió rumores,
soñoliento gemir los anchos mares,
vapores las cañadas,
la flauta del pastor dulces tonadas,
y el Oriente bellísimos celajes
y el éter vibraciones irisadas.
Y aquella voz magnífica, una y varia,
que en sus senos encierra,
con toda la armonía de los cielos,
los rumores que vibran en la tierra,
al cantar á la aurora sonriente
su himno de amor magnífico y ardiente,
parece que decía:
¡Gloria al Dios cuya voz omnipotente
del caos hizo el día!...

III

En medio del alegre y peregrino
concierto musical de la mañana,
un eco grave, dulce y argentino
se dilata en el valle... ¡Es la campana
de la ermita cercana!

Impío, ven conmigo; y tú, cristiano,
ven conmigo también. Dadme la mano,
y entremos juntos en la pobre ermita
solitaria, pacífica, bendita...
Ante el ara inclinado
ved allí al Sacerdote... Ya es llegado
el sublime momento...
¡Elevad un instante el pensamiento!
El dueño de esa gran Naturaleza
que admirabais conmigo hace un instante,
el Soberano Dios de la grandeza,
el Dios del infinito poderío
¡es Aquel que levanta el Sacerdote
en su trémula mano!
¡De rodillas ante El! ¡Témele, impío!
¡De rodillas! ¡Adórale, cristiano!
Yo también me arrodillo reverente,
y hundo en el polvo, ante mi Dios, la frente.

LA PEDRADA

I

Cuando pasa el Nazareno
de la túnica morada,
con la frente ensangrentada,
la mirada del Dios bueno
y la soga al cuello echada,

el pecado me tortura,
las entrañas se me anegan
en torrentes de amargura,
y las lágrimas me ciegan,
y me hiere la ternura...

. . . .

Yo he nacido en esos llanos
de la estepa castellana,
cuando había unos cristianos
que vivían como hermanos
en república cristiana.

Me enseñaron á rezar,
enseñáronme á sentir
y me enseñaron á amar;
y como amar es sufrir,
también aprendí á llorar.

Cuando esta fecha caía
sobre los pobres lugares,
la vida se entristecía,
cerrábanse los hogares
y el pobre templo se abría.

Y detrás del Nazareno
de la frente coronada,
por aquel de espigas lleno
campo dulce, campo ameno
de la aldea sosegada,

los clamores escuchando
de dolientes *Misereres*,
iban los hombres rezando,
sollozando las mujeres
y los niños observando...

¡Oh, qué dulce, qué sereno
caminaba el Nazareno
por el campo solitario,
de verdura menos lleno
que de abrojos el Calvario!

¡Cuán süave, cuán paciente
caminaba y cuán doliente
con la cruz al hombro echada,
el dolor sobre la frente
y el amor en la mirada!

Y los hombres, abstraídos,
en hileras extendidos,
iban todos encapados,
con hachones encendidos
y semblantes apagados.

Y enlutadas, apiñadas,
doloridas, angustiadas,
enjugando en las mantillas
las pupilas empañadas
y las húmedas mejillas,

viejecitas y doncellas,
de la imagen por las huellas
santo llanto iban vertiendo...
¡Como aquellas, como aquellas
que á Jesús iban siguiendo!

Y los niños, admirados,
silenciosos, apenados,
presintiendo vagamente
dramas hondos no alcanzados
por el vuelo de la mente,

caminábamos sombríos
junto al dulce Nazareno,
maldiciendo á los Judíos,
«que eran Judas y unos tíos,
que mataron al Dios bueno!

II

¡Cuántas veces he llorado
recordando la grandeza
de aquel hecho inusitado
que una sublime nobleza
inspiróle á un pecho honrado!

La procesión se movía
con honda calma doliente.
¡Qué triste el sol se ponía!
¡Cómo lloraba la gente!
¡Cómo Jesús se afligía...!

¡Qué voces tan plañideras
el *Miserere* cantaban!
¡Qué luces, que no alumbraban,
tras las verdes vidrïeras
de los faroles brillaban!

Y aquel sayón inhumano,
que al dulce Jesús seguía
con el látigo en la mano,
¡qué feroz cara tenía!
¡qué corazón tan villano!

¡La escena á un tigre ablandara!
Iba á caer el Cordero,
y aquel negro monstruo fiero
iba á cruzarle la cara
con el látigo de acero...

Mas un travieso aldeano,
una precoz criatura
de corazón noble y sano
y alma tan grande y tan pura
como el cielo castellano,

rapazuelo generoso
que al mirarla, silencioso,
sintió la trágica escena,
que le dejó el alma llena
de hondo rencor doloroso,

se sublimó de repente,
se separó de la gente,
cogió un guijarro redondo,
miróle al sayón la frente
con ojos de odio muy hondo,

paróse ante la escultura,
apretó la dentadura,
aseguróse en los pies,
midió con tino la altura,
tendió el brazo de través,

zumbó el proyectil terrible,
sonó un golpe indefinible,
y del infame sayón
cayó botando la horrible
cabezota de cartón.

Los fieles, alborotados
por el terrible suceso,
cercaron al niño airados,
preguntándole admirados:
—¿Por qué, por qué has hecho eso?...

Y él contestaba, agresivo,
con voz de aquellas que llegan
de un alma justa á lo vivo:
—«¡Porque sí; porque le pegan
sin hacer ningún motivo!»

III

Hoy, que con los hombres voy,
viendo á Jesús padecer,
interrogándome estoy:
¿Somos los hombres de hoy
aquellos niños de ayer?

DESDE EL CAMPO

Luz ingrávida, hija blanca de la nada
que te ciernes en los ámbitos del cielo;
ancho círculo de brumas taciturnas,
horizonte de los días cenicientos;
negra sierra de grandeza inmensurable
que te elevas como monstruo gigantesco
con peana de boscosas montañuelas
y corona de pináculos de hielo;
valle ameno, rico nido de quietudes,
melancólica vivienda del sosiego,
donde apenas de la muerte y de la vida
vagamente se perciben los linderos,
que se borran en los diáfanos ambientes
del reposo, de la paz y del silencio;
sol que enciendes y dibujas con tu lumbre
los ardientes mediodías somnolentos,
las auroras con crepúsculos de nácar
y las tardes con crepúsculos de fuego;

soledades taciturnas de los páramos;
compañía rumorosa de los pueblos...
por beber entre vosotros la existencia
ha ya mucho que á estos sitios vine huyendo
de la mágica ciudad artificiosa
donde flota el oro puro junto al cieno,
donde todo se discute con audacia,
donde todo se ejecuta con estrépito.
Tal vez bulla entre vosotros todavía
una turba de sofistas embusteros
que negaban á mi Dios con artificios
fabricados en sus débiles cerebros.
Con el agua de la charca á la cintura
y en el alma la soberbia del infierno,
revolvían los minúsculos tentáculos
de sus mentes enfermizas en el cieno
y buscaban... ¡lo que encuentran tantos hombres
que con limpio corazón miran al cielo!
¡Qué grandeza la del Dios de mi creencia!
y los hombres que lo niegan ¡qué pequeños!
Solamente por amarle yo en sus obras
he corrido á todas partes siempre inquieto.
Yo he pasado largas noches en la selva,
cabe el tronco perfumado del abeto,
escuchando los rumores del torrente,
y los trémulos bramidos de los ciervos,
y el aullido plañidero de la loba,
y las músicas errátiles del viento,

y el insólito graznido de los cárabos
que parece carcajada del infierno.
Yo he gozado en la salvaje serranía
la frescura deleitante de los céfiros,
y he dormido junto al tajo del abismo
la embriaguez que le producen al cerebro
los olores resinosos de las jaras
los selváticos aromas de los brezos
y la hipnótica visión de las alturas
que me hundía en las regiones de los vértigos.
Yo he bebido en los recónditos aguajes
de las corzas amarillas y los ciervos,
y he matado á puñaladas en el coto
al arisco jabalí sañudo y fiero.
Yo he bogado en un madero por el río,
y he corrido con un potro por los cerros,
y he plantado en el peñasco la buitrera
y he arrojado los harpones en el piélago.
Contemplando la armonía de la vida
bajo el ancho cortinaje de los cielos,
yo he pasado las de Agosto noches puras
y las negras noches lóbregas de invierno
en la cumbre de colinas virgilianas
ó en la choza de lentiscos del cabrero,
ó en las húmedas umbrías de los montes
bajo el palio de follaje de los quéjigos.
Y han henchido mis pulmones con sus ráfagas
el de Mayo, delicioso ambiente fresco,

el solano bochornoso del estío
y el de Enero flagelante duro cierzo.
A las puertas de los antros de las fieras
los impulsos violentísimos del miedo
me han llevado á guarecerme, acobardado
por la ronca fragorosa voz del trueno
que brotaba en las gargantas de la sierra
y mugía en los abismos de los cielos.
Y encajado como mísera alimaña
en la grieta del peñasce gigantesco,
he sentido la grandeza de lo grande
y he llorado la ruindad de lo pequeño.
Y en la sierra, y en el monte, y en el valle,
y en el río, y en el antro, y en el piélago,
dondequiera que mis ojos se posaron,
dondequiera que mis pies me condujeron,
me decían—¿Ves á Dios?—todas las cosas,
y mi espíritu decía:—Sí, le veo.
—¿Y confiesas?—Y confieso.—¿Y amas?—Y amo.
—¿Y en tu Dios esperarás?—En El espero.

¡Cuántas veces he llorado la miseria
de la turba dislocada de perversos
que en la mágica ciudad artificiosa
injuriaban á mi Dios sin conocerlo!
Si es verdad que no lo encuentran, aturdidos,
de la mágica ciudad por el estruendo,
que se vengan á admirarlo aquí en sus obras,

que se vengan á adorarle en sus efectos,
en el seno de esta gran naturaleza
donde es grande por su esencia lo pequeño;
donde, hablándonos de Dios todas las cosas,
al revés de la ciudad de los estruendos,
lo soberbio dice menos que lo humilde,
el reposo dice más que el movimiento,
las palabras hablan menos que los ruidos,
y los ruidos dicen menos que el silencio...

DEL CHARRETE AL BATURRICO

Baturrico, baturrico,
yo te digo la verdad,
que soy también un baturro
de castellano lugar
y los hermanos no engañan
á sus hermanos jamás.
No apartes nunca tus ojos
de ese adorable Pilar,
que si los tiempos que corren
no hubiesen medido ya
lo fuerte que es una Reina
que tiene un pueblo leal,
ya hubieran ido royendo
con diente frío y tenaz
los basamentos inmobles
del bendito pedestal
donde la madre de España
quiso su trono asentar.

¡Bien en el cielo sabían
que en esta Patria inmortal
vivir con aragoneses
es vivir con la lealtad!
Pero, mira, baturrico,
mira que el genio del mal
anda agotando las fuentes
que quedan sin agotar;
las fuentecitas que manan
agüicas como cristal
para que puedan los hombres
la sed del alma apagar.
Y si estas fuentes se agotan,
los frutos se secarán
y va á quedarse la vida
como infructífero erial...
Mira, mira, baturrico,
cómo quitándole van
á muchos hermanos nuestros
lo que ellos amaban más:
su rica fe vigorosa,
su instinto del ideal,
sus viejas virtudes sanas,
sus amores... ¡su Pilar!...
En ese de Zaragoza
bien sé que se estrellarán
con ira estéril las alas
del negro espíritu audaz;

que es la savia de ese árbol
sangre de gente leal,
y la red de sus raíces
tan lejos llega á arraigar,
que no es sólo red de arterias
del corazón nacional,
sino de toda la Patria,
que vive de él á compás.
¡Pobre español, si lo hubiese,
que de su infancia en la edad
no oyó en su casa plegarias
á la Virgen del Pilar!
Baturrico, baturrico,
yo te diré la verdad,
que á mis hermanos los charros
se la he predicado ya,
¡y ay de mis charros queridos
si la llegan á olvidar!
De todo aquel patrimonio,
de todo el rico caudal
de nuestros tesoros viejos
nos queda uno solo ya:
nos queda la fe en el alma,
la savia del ideal;
¡nos queda Dios en el cielo,
y en Zaragoza, el Pilar!
¡Y quíteme Dios la vida
antes del día fatal

en que con tristes clamores
tuviera yo que clamar:
—¡Ay de mis charros queridos,
que al cielo no miran ya!
¡Ay de mis buenos baturros,
que ya no tienen Pilar!...

LA VIRGEN DE LA MONTAÑA

Á MI QUERIDO AMIGO EL VIRTUOSO SACERDOTE
DON GERMÁN FERNÁNDEZ

I

Era un día quejumbroso de Diciembre ceniciento
cuando yo subí la cuesta de la mística mansión:
el que aquella cuesta sube con angustias de sediento
baja rico de frescuras el ardiente corazón.

Era un día de Diciembre. La ciudad estaba muerta
sobre el árido repecho calvo y frío del erial;
la ciudad estaba muda, la ciudad estaba yerta
sobre el yermo fustigado por el hálito invernal.

Los palacios y las torres de los viejos hombres idos
en el carro de los tiempos de las glorias y el honor,
dormitaban indolentes, indolentemente hundidos
de seniles impotencias en el lánguido sopor.

Era un día de infinitas y secretas amarguras
que á las almas resignadas se complacen en probar;
me apretaban las entrañas melancólicas ternuras
y membranzas dolorosas de los hijos y el hogar.
Me caían en la frente doloridos pensamientos
de esta trágica y oculta mansa pena de vivir;
me pesaban en el alma los mortales desalientos
de las pobres almas mudas, fatigadas de sentir.
Arrancaban de mi pecho melancólicas piedades
y santísimos desdenes de confeso pecador,
la grotesca danza loca de las locas vanidades
que los hombres arrastramos de la fama en derredor.
Las ridículas miserias del orgullo pendenciero,
las efímeras victorias de los hombres del placer,
las groseras presunciones de los hombres del dinero,
las grotescas arrogancias de los hombres del poder...
Todo el mundo de las grandes epilépticas demencias,
todo el mundo de infortunios de la pobre humanidad,
todo el mundo quejumbroso de mis íntimas dolencias,
me pesaban en el alma con gigante gravedad.
Era un día de amarguras cuando yo subí la cuesta
de la alegre montañuela que veía yo á mis pies
desde aquella blanca ermita que asentaron en su cresta
como nido de palomas en pimpollo de ciprés.
Como sábanas inmensas de luenguísimos desiertos
se extendían, dominados por los brazos de la Cruz,
horizontes infinitos, infinitamente abiertos
al abrazo de los cielos y á los besos de la luz;

horizontes que pusieron en las niñas de mis ojos
la visión de la desnuda muda tierra en que nací;
tierras verdes de las siembras, tierras blancas de rastro-
tierras grises de barbechos... ¡Patria mía, yo te ví! [jos,
Me trajeron tu memoria las espléndidas anchuras
de las tierras y los cielos que se llegan á besar;
las severas desnudeces de las áridas llanuras,
las gigantes majestades de su grave reposar...
Y una pena que atraviesa por la médula del alma,
una pena que mi lengua nunca supo definir,
me invadió para robarme la serena augusta calma
que refrena, que preside los espasmos del sentir.
Pero á mí cuando la pena con su látigo me azota
no me arranca ni un lamento de grosera indignación;
por la misma herida abierta que caliente sangre brota,
brota el bálsamo tranquilo de la fe del corazón.
Y por eso cuando siento que rugiendo se adelanta
la borrasca detonante que me quiere aniquilar,
ni su rayo me acobarda, ni su estrépito me espanta
porque sé dónde arriarme, porque sé dónde mirar.
¡Madre mía, madre mía! Cuando aquella tarde brava
yo subía por la cuesta de tu mística mansión,
como el látigo del viento que la cara me cruzaba,
flagelaba el de la pena mi sensible corazón,
y por eso te miraba con aquella que conoces
tan recóndita mirada que te sé yo dirigir
cuando inician en mi pecho sus asaltos más feroces
las nostalgias taciturnas que me suelen afligir.

¡Madre mía!... Me contaron unos buenos caballeros,
moradores de tu hidalga y amadísima ciudad,
que son tuyos sus amores, y son suyos tus veneros
copiosísimos y santos de graciosa caridad;
me contaron episodios de la bella historia tuya
dulcemente convivida con tu amante pueblo fiel;
me dijeron que era tuyo; me dijeron que eras suya,
que te daban bellas flores, que les dabas rica miel; [vios,
que el que suba aquella cuesta y en el pecho lleve agra-
turbias aguas en los ojos y en los hombros dura cruz,
baja alegre sin la carga con dulzuras en los labios,
con amores en el pecho y en los ojos mucha luz.
¡Madre mía, lo he gozado! Los dulcísimos instantes
que mis penas me tuvieron de rodillas ante Ti
fueron siglos de exquisitas dulcedumbres deleitantes
que los ríos de tus gracias derramaron sobre mí.
Y el obscuro peregrino que la cuesta de tu ermita
como cuesta de un calvario rendidísimo subió
con la carga de miserias que en los hombros deposita
la ceguera de una vida que entre polvo se vivió,
descendió de tu montaña con los ojos empapados
en aquella luz que hiende las negruras del morir,
y el espíritu sereno de los hombres resignados
que sonríen santamente con la pena de vivir.
¡Madre mía! si esas mieles has tenido en tus veneros
para el labio de un andante caballero de la fe,
¿qué tendrás en tu tesoro para aquellos caballeros
del hidalgo pueblo noble que es alfombra de tu pie?

II

Bellísima cacereña,
hija del sol que te baña:
¡la Virgen de la Montaña
te guarde, niña trigueña!
Te habrán dicho los espejos
que son tus labios muy rojos,
que son muy negros tus ojos,
que fuego son sus reflejos,
que son tus trenzas dos lindas
cadenas de amor ardientes,
que son perlitas tus dientes
y tus mejillas son guindas.
Te habrá dicho ese indiscreto
cortesano de mujeres
todo lo hermosa que eres,
porque él no guarda un secreto.
Y un funesto genio alado
sátiro, flaco y viscoso,
murciélago tenebroso,
tras los espejos posado,
te habrá cantado: «¡Oh, mujer!
¿qué reina Venus mejor
para la corte de amor
donde el rey es el placer?»

Y yo, que te adoro tanto;
yo, que te quiero más bella
que la loca reina aquella,
de esta manera te canto:

¡Qué angelical ermitaña
tuviera en ti, cacereña,
para su ermita risueña
la Virgen de la Montaña!

¿Ves la poética ermita
que irradia blancos reflejos?
Pues no la busques más lejos,
que allí la Belleza habita.

Linda, garza y ribereña:
levanta el gallardo vuelo,
que estás más cerca del cielo
posada en aquella peña.

Vive tu propio vivir,
deja del valle la hondura,
que si alas te dió Natura,
te las dió para subir.

Sube á la mística loma,
que no hay mansión deleitable
más llena de paz amable
que el nido de una paloma.

Sube, que yo cuando subes
por ese atajo risueño,
gentil alondra te sueño,
que va á cantar á las nubes.

Sube, preciosa ermitaña,
que algo que no da Natura
se lo dará á tu hermosura
la Virgen de la Montaña.
Que aunque el espejo te cuente
que son tus labios muy rojos,
que son muy negros tus ojos
y que es divina tu frente,
nunca, con ruda franqueza
de amigo que se delata,
te dirá que él no retrata
lo mejor de la belleza.
Yo puedo darte un consejo,
pues digo verdad si digo
que soy más honrado amigo
que el sátiro y el espejo
y sé mejor que los dos
cuáles son las más graciosas,
cuáles las más bellas cosas
que puso en el mundo Dios.
¿No sabes que los poetas
vivimos siempre cantando,
de la belleza buscando
siempre las claves secretas?
¿Y no sabes tú, paloma,
que no nos placen las flores
ricas en vivos colores
y pobres en rico aroma?

¡Pues, sube, linda ermitaña,
que algo que no da Natura
se lo dará á tu hermosura
la Virgen de la Montaña!
Todos los años, estrella,
sé que subís á su ermita
y le hacéis una visita
tú y la primavera bella.
Y yo, que vivo buscando
bellas cosas que cantar,
tal visita al recordar,
suelo decir suspirando:
¡Será un cielo aquella sierra
cuando, levantando el vuelo,
visiten á la del cielo
las vírgenes de la tierra!...

ALMAS

(EN LA MUERTE DEL PADRE CÁMARA)

Yo de un alma de luz estuve asido,
luz de su luz para mi fe tomando;
pero el Dios que la estaba iluminando
veló la luz bajo crespón tupido.
Tanto sentí, que sollocé dormido,
y dentro de mi sueño despertando,
vi que el alma del justo iba bogando
por el espacio ante el Señor tendido.
Y, faro bienhechor, polar estrella,
la mística doctora del Carmelo,
desde una celosía de la Gloria,
—¡Ven! ¡Ven!—le dijo, ¡y la elevó hasta ella!
Entraron las dos almas en el cielo
y un nuevo sol brilló en el de la Historia.

SOLEDAD

I

Ciego que ayer no lo fuera
sufre más negra ceguera
que el que en la sombra ha nacido.
Triste que ayer no lo era,
dos veces hondo ha caído.

Yo un día—¡lejano día!—
gocé de la compañía
de mis placeres mejores;
yo bebí de la ambrosía
del amor de mis amores;

yo gusté la miel sabrosa
de un vivir feliz, sereno,
lleno de fe substanciosa...
¡puro vivir todo lleno
de grandeza religiosa!...

Pan el trabajo me daba,
la paz me lo equilibraba,
la fe me lo dirigía,
el amor me lo alegraba
y Dios me lo bendecía...

¡Santo vivir cuya historia
como una reliquia encierra
la llave de mi memoria...!
¡Era lo que hay en la tierra
más parecido á la gloria!

Y otro día—¡turbio día!—
la misma mano que el cielo
de mis ventanas teñía
con luz de rosa que un velo
de eterna aurora fingía,

trajo nubes por Oriente,
vibró el relámpago ardiente
con cárdenos resplandores...
¡y el rayo cayó en la frente
del amor de mis amores!

Y he sentido en torno mío
las tinieblas del vacío
con sus hondas ansiedades,
y he sentido todo el frío
de las grandes soledades...

Y he gritado en la arenosa
solitaria inmensidad
con ronca voz clamorosa:
—¡No hay soledad dolorosa
como esta mi soledad!

II

Una noche, una doliente
noche de angustia empapada,
noche de místico ambiente
que tenía el peso ingente
de la culpa consumada...

una noche religiosa,
fúnebremente sentida,
místicamente radiosa,
hondamente entristecida
y ardientemente amorosa...

muchedumbres de creyentes
doloridos, reverentes,
apiñados, silenciosos,
bajas las pálidas frentes,
turbios los ojos llorosos,

llevaban, triste, delante
del cortejo entristecido,
la imagen interesante
de la Madre más amante
del Hijo más dolorido.

La miré con alma llena
de luz y calor de fe;
la vi sola, la vi buena,
y al abismo de su pena
con el alma me asomé.

¡Gran Dios! Tan honda y obscura
la sima de la amargura
mi sentimiento entrevió
que el vértigo de la hondura
mi mente desvaneció.

Y así me dijo el sentido:
—Esa no es entraña humana
que humano amor ha perdido:
¡es la Virgen Soberana
que Madre de un Dios ha sido!

Lo dió por la pecadora,
loca y ciega Humanidad...
El Mártir ha muerto ahora...
¡la Madre de Cristo llora,
sin Cristo, su soledad!

Si siempre ha sido el amor
la medida del dolor,
di, pecador, ¿dónde has visto
duelo de madre mayor
que el de la Madre de Cristo?

III

¡Madre mía, débil fuí!
Por no ver el hondo abismo
de tu dolor ante mí,
miré dentro de mí mismo
y ante otro abismo me vi.

¡El abismo hondo y obscuro
del pecado más odioso
de este corazón impuro,
que es ingrato y veleidoso,
loco y ciego, torpe y duro.

¡Dulce estrella matutina!
¡Virgen de la Soledad!
¡Yo también puse una espina
sobre la frente divina
del Sol de la Humanidad!

Si Madre de Dios no fueras,
¿cómo el crimen perdonaras,
cómo mis trenos oyeras,
ni en mis lágrimas creyeras,
ni al Hijo por mí rogaras?

¡Madre mía, madre mía!
Llorando yo soledades
que eran como una agonía,
dije que nadie sufría
tan horrendas ansiedades.

Y hoy, que al ver tu duelo santo,
vislumbré, anegado en llanto,
un punto de su grandeza,
me han causado igual espanto
tu dolor y mi flaqueza.

¡Dolorida gran Señora!
tu Soledad ¡ay! ha sido
la segunda Redentora
de este corazón herido
que en tu Soledad te adora.

FE

I

Señor! ¡Mi Patria llora!
La apartaron ¡oh Dios! de tus caminos
y ciega hacia el abismo corre ahora
la del mundo de ayer reina y señora
de gloriosos destinos.
Hijos desatentados,
que ya la vieron sin pudor vencida,
la arrastran por atajos ignorados...
¡Señor, que va perdida!
¡Que no lleva en su pecho la encendida
luz de tu Fe que alumbre su carrera!
¡Que no lleva el apoyo de tu mano!
¡Que no lleva la Cruz en la bandera
ni en los labios tu nombre soberano!
¡Señor! ¡Mi patria llora!
Y ¿quién no llorará, como ella ahora,
tremendas desventuras,

si fuera de tus vías
sólo hay horribles soledades frías,
lágrimas y negruras?
¿Quién que de Ti se aleje
camina en derechura á la grandeza?
¿Ni quién que á Ti te deje
su brazo puede armar de fortaleza?
Solamente unos pocos pervertidos
hijos envanecidos
de esta Madre fecunda de creyentes,
pretenden, imprudentes,
alejarla de Tí: son insensatos;
olvidan tus favores: son ingratos;
desprecian tu poder: están dementes!
Pero la Patria mía,
Por Ti feliz y poderosa un día,
siempre te ve, Señor, como á quien eres,
y en Ti, gran Dios, en Ti sólo confía;
que es grande quien Tú quieres,
fuerte quien tiene tu segura guía,
sabio quien te conoce
¡y feliz quien te sirva y quien te goce!
¡Señor! ¡Mi Patria llora!
Ebria, desoladora,
la frenética turba parricida
la lleva á los abismos arrastrada,
la lleva empobrecida...
¡la lleva deshonrada!...

¡Alza, Señor, tu brazo justiciero
y sobre ellos descarga el golpe fiero,
vengador de sus ciegos desvaríos!...
¡No son hermanos míos
ni hijos tuyos, Señor! ¡Son gente impía!
¡Son asesinos de la Patria mía!

II

¡Señor, Señor: detente!
¡No hagas caer sobre la impura gente
el rudo golpe grave
de la iracunda mano justiciera,
sino al toque süave
de la mano que funde y regenera!
y á Ti ya convertidos
los hijos ciegos, á tu amor perdidos,
aplaca tus enojos,
la noche ahuyenta, enciéndonos el día
y pon de nuevo tus divinos ojos
en los destinos de la Patria mía.
¿No es ella la que hiciera
con los lemas sagrados
de la Cruz y el honor una bandera?
¿La que tantos á Ti restituyera
pueblos ignotos, de tu Fe apartados,

que con sangre de intrépidos soldados
y con sangre de santos redimiera?
¿Y tú no eres el Dios Omnipotente
que quitas ó derramas con largueza
gloria y poder entre la humana gente?
¿No eres pristina fuente
de donde ha de venir toda grandeza?
¿No eres origen, pedestal ingente
de toda fortaleza?
¿No es toda humana gloria
dádiva generosa de tu mano?
¿No viene la victoria
del lado de tu soplo soberano?
¡Señor! oye los ruegos
que ya Te elevan los hermanos míos!
¡Ya ven, ya ven los ciegos!
¡Ya rezan los impíos!
¡Ya el soberbio impotente
hunde en el polvo, ante tus pies, la frente!
¡Ya el demente blasfemo, arrepentido,
cubre su rostro, el pecho se golpea
y clama compungido:
«¡Alabado el Señor; bendito sea!»
Y los justos Te aclaman,
alzando á Ti los brazos y Te llaman;
y porque España sólo en Ti confía,
al unísono claman
todos los hijos de la Patria mía:

«¡Salva á España, Señor! ¡Enciende el día
que ponga fin á abatimiento tanto!
¡Tú, Señor de la vida ó de la muerte!
¡Tú, Dios de Sabahot, tres veces Santo,
tres veces Inmortal, tres veces Fuerte!...

¡CIEGOS!

I

No le dieron el cetro la intriga,
ni la torpe ambición, ni el engaño,
ni la sangre que vierten los hombres
que se roban el oro y el mando.
Dios lo puso de todos los tronos
en el trono más puro y más alto,
y subió como siervo que sube
con la cruz del deber al Calvario.
¡Y subió con el santo derecho
del Príncipe santo,
sin la náusea del odio en el alma,
sin la mueca del triunfo en los labios,
sin mancha en la frente,
sin sangre en las manos...

Era el trono, entre Dios y los hombres,
dulcísimo lazo,
pararrayos divino del mundo,
concordia entre hermanos,
faro en las tinieblas,
orden en el caos.

Y el Ungido miraba á sus hijos,
y lloraba de amor al mirarlos...
¡tan débiles todos!...
¡todos tan amados!...
Y tornaba los ojos al cielo,
y alzaba los brazos,
y del cielo á raudales caían,
al subir la oración de sus labios,
luces en su mente,
bienes en sus manos...
y en la grada más alta del trono,
mirando hacia abajo,
temblando de amores,
de amores llorando...
soberano, radiante, divino,
sublime, inspirado,
como blanca visión de los cielos,
como Padre de amores avaro,
que á sus hijos quisiera traerles
la gloria en pedazos...
dulce, generoso,

solemne, magnánimo,
derramaba la luz de su mente
y el bien de sus manos,
inundando de efluvios de cielo
del mundo los ámbitos.

II

¡Se resiste la mente á creerlo!
¡se resiste la lira á cantarlo!
la legión de los hombres impíos,
la legión de los hijos ingratos,
ante el trono del Príncipe justo,
del Príncipe sabio,
ante el trono del Padre amoroso,
del Padre injuriado,
congregados por vientos de abismo,
rugieron, gritaron...
¡Lo mismo que aquellos
que escuchaba el cobarbe Pilatos!
Y rodó la corona del justo,
y á la cárcel al justo llevaron,
¡y vive en la cárcel, por ellos gimiendo,
por todos orando!

¡Se resiste á creerlo la mente!
¡Se resiste la lira á cantarlo!

y una sola cuerda,
que responde al pulsarla mi mano,
sólo quiere cantar esta estrofa,
que repite con ecos airados:
«¡Ay de los impíos!
¡ay de los ingratos
que coronan de agudas espinas
las sienes de un santo,
la frente de un Padre,
la cabeza de un débil anciano!...

LAS SEQUÍAS

Después de larga sequía
que atormentara los campos,
copiosas y frescas lluvias
los bañaron.

Y agua tomaron las fuentes,
y agua embebieron los surcos,
y se alegraron las flores
y los frutos.

Y esta oración insensata
mis labios al Cielo alzaron,
¡torpe rosario imprudente
de mis labios!

«¡Señor, que riges el mundo
con paternal providencia,
que abarca los anchos cielos
y la tierra!

¡Señor, que pintas los lirios,
y haces puras las palomas,
y los ocasos serenos
arrebolas,

y vivificas los gérmenes,
y cuidas los libres pájaros,
y llenas de luz radiosa
los espacios!

Eres, Señor, más piadoso
con esta tierra agostada
que con los secos eriales
de las almas.

Cuando la tierra que hollamos
los rayos del sol calcinan,
con lluvias consoladoras
la reanimas.

Pero jamás á las almas
que se marchitan sedientas
con rocíos de ideales
las refrescas.

¡Señor! ¿Por qué más piadoso
con esta tierra liviana,
que con los páramos muertos
de las almas?»

Y dentro de mi conciencia,
que oyó mi clamor impío,
sonó una voz poderosa
que me dijo:

«Al beso del sol fecundo,
la tierra hacia el Cielo exhala
los ricos jugos que encierran
sus entrañas;

y el Cielo que los absorbe,
los cuaja en frescos rocíos
y en lluvias se los devuelve
convertidos.

Pero las almas ingratas
que en hálitos de oraciones
al alto Cielo no elevan
Fe y amores,

no esperen que el alto Cielo
la sed que las mata apague
con amorosos rocíos
de ideales...»

ALEGÓRICA

Pajarillos con alas doradas,
que en las ramas del árbol bendito,
suspendidos de hilillos de oro,
tenéis vuestros nidos...
¡mirad hacia abajo,
mirad con cariño!

Pajarillos con alas de pluma,
que debajo del árbol bendito
vuestros nidos tenéis en el suelo
cuajados de frío...
¡mirad hacia arriba
y esperad tranquilos!

Pajarillos dorados de arriba:
de las plumas calientes del nido,
de los frutos del Arbol sagrado
cargad los piquillos!,
tended esas alas,
cortad esos hilos...

Pajarillos humildes del suelo
ya va el sol á templar vuestros nidos,
ya el Amor va á bajar á buscaros,
abrid los piquitos,
tended las alillas,
estad prevenidos...

Descended ya vosotros del Arbol,
elevaos vosotros y uníos
y en los aires os dais un abrazo,
juntáis los piquitos,
rozáis vuestras alas,
unís los pechillos...

Y bajaron amables los unos,
y subieron los otros sumisos,
y después de besarse en los aires
volaron unidos...
¡Todos eran unos!
¡Todos pajarillos!

. . . .

¡Que se calle ese sabio parlante,
que los males del mundo afligido
no se curan con esos discursos
hinchados y fríos...
¡se curan con besos,
con besos de niño!

Los que nazcan en camas de oro,
que se acuerden de sus hermanitos.
Los que nazcan en cunas de paja,
que sufran sumisos
porque Aquel que nació en el pesebre
también tuvo frío...

VAMOS Á ESPERARLOS (1)

Dichosos los niños
que tienen caballo,
que es tener la dicha
de ser Reyes Magos!
¡Dichosos vosotros
que vais á esperarlos,
pues por tantos Reyes
seréis visitados!

Ya vienen, ya llegan...
¡Y cuántos! ¡Y cuántos!...
¿Cómo habrá en Oriente
tierras y vasallos,
mantos y coronas,
tronos para tantos?

---

(1) Escrita para la fiesta de Reyes organizada por el Círculo Católico de Obreros de Salamanca.

¡Qué trajes tan ricos!
¡Qué hermosos caballos!
¡Y qué pequeñuelos
estos Reyes Magos!
¿Pequeños he dicho?
pues dije un pecado;
¡nó hay Reyes más grandes
que esos de ocho años!
No traen escuadrones
de bravos soldados,
ni orgullo en el pecho,
ni sangre en las manos,
ni órdenes terribles
brotan de sus labios,
ni al de la victoria
trepidante carro
míseros vencidos
traen encadenados.
Soldados de plomo,
risas en los labios,
amor en el pecho,
dulces en las manos...
¡eso es lo que traen
estos Reyes Magos
que se dieron cita
para conquistarnos!
De Oriente vinieron,
vinieron mandados

por aquel Rey Niño
que á los hombres malos
con el arma sola
de Amor ha ganado.
¡Esos son los Reyes
que tendrán vasallos
como el mar arenas,
y la selva ramos,
y estrellas los cielos
y espigas los campos!
¡Vamos con vosotros,
vamos á esperarlos!
Todos esos Reyes
de otro son vasallos,
de otro que les manda
que vengan á daros
dulces, y juguetes,
y besos y abrazos.
¡Que vengan, que vengan,
que van á enseñaros
que ellos y vosotros
de Amor sois vasallos,
¡vasallos del Cristo
que es de Amor dechado!

¡Dichosos los ricos
que tienen caballo,
que es tener la dicha

de ser Reyes Magos!
¡Dichosos vosotros
que vais á esperarlos,
que es ir á un convite
de dulces y abrazos!

EL CATECISMO [1]

La fiesta de la Doctrina
no es una efímera fiesta;
es una hermosa protesta
de la piedad salmantina.

La Salamanca de ahora
infunde en la de mañana
la rica savia cristiana,
del mundo liberadora.

Recíbela en su conciencia
la Salamanca futura,
que al sol de la fe más pura
toma briosa existencia;

y á la lucha del abismo
con la luz, acude armada,
pero no con una espada,
sino con un Catecismo,

(1) Escrita para la fiesta de los niños de la Catequesis.

con una Ley redentora
que ha de ser el estandarte
que corone el baluarte
de nuestra Fe salvadora.

¡Ley de Cristo: tú fecundas,
fortaleces, purificas,
acrisolas, glorificas
y de paz el mundo inundas!

¡Ley de Cristo, tú ennobleces,
sanas los entendimientos,
sublimas los sentimientos
y la Patria robusteces!

De tu luz divina en pos
seguro va el que camina,
porque todo se ilumina
con el Código de Dios.

En ti por Cristo nacimos
y á Cristo en ti confesamos.
¡Ley de Cristo: te acatamos!
¡Ley de Cristo: te seguimos!

Nuestro cristiano nacer
traiga el cristiano vivir:
nuestro cristiano morir
como el vivir ha de ser.

Tal será nuestra existencia,
¡divino Código viejo!:
tu letra, en la inteligencia;
tu sentido, en la conciencia,
y en las obras tu reflejo.

EN TODAS PARTES

En los montes de encinas seculares
donde toda raíz profunda arraiga,
todo tronco es columna inconmovible
y brazo de gigante toda rama;
allí, donde en la vida se suceden,
cual recordando lo que nunca acaba,
el estallido de la yema nueva
y el caer funeral de la hojarasca,
allí, Señor del tiempo,
te siente Eterno el alma.

Con las pupilas y la mente hundidas
en los espacios de las noches claras;
en las orillas de los mares hondos
con el oído abierto á la borrasca;
junto á la base de la obscura sierra,
mirando el risco de las crestas ásperas;

sobre el perfil de la montaña ingente,
mirando el mundo de las tierras bajas,
allí, Señor del mundo
te siente Grande el alma.
De la pradera en el riente suelo
pintado de violetas y gamarzas;
en el fogoso amanecer de oro
y en el sereno amanecer de plata;
oyendo al ave que cantando sube
y al regatuelo que rezando baja;
con una rosa cerca de los ojos
y un ruido de aire que entre frondas pasa,
así, por el sentido,
te siente Bueno el alma.

Y de ese insecto en los flexibles élitros,
y de esa fiera en las agudas garras,
y en esa escarcha que la tierra hiela,
y en ese rayo que el ambiente abrasa,
en ese sol incubador de vida,
en esa lluvia que mis surcos baña,
en esa brisa que fecundo polen
lleva en las puntas de sus leves alas,
te siente Providente,
te siente Sabio el alma.

Sobre la peña del erial hirsuto
paladeando hieles las entrañas;

bajo la hiedra de heredado huerto
saboreando amores ó esperanzas;
Revolcando mis carnes sobre abrojos
cuando me acusa la conciencia airada
ó en mi lecho campestre de tomillos
cantando paz de honrado patriarca,
allí, Padre del hombre,
te siente Bueno el alma.

Y no en los ruidos de los bellos días
ni en los silencios de las noches diáfanas;
y no en lo grande de tus grandes mundos
ni en lo pequeño que en sus senos guardan;
no en esas cumbres de la vida eterna
ni en estos valles de la vida humana
es donde el alma que con sed te busca
bebe y se baña en tu visión más clara...
¡Mejor que fuera de ella
te siente dentro de su abismo el alma!

VOCACIÓN

¡Quién fuera como él! Su edad primera,
gentil proemio de su vida entera,
fué un idilio inocente
de místicos amores
que á la virtud abrieron su alma ardiente
como á la luz del sol se abren las flores.
¡Hermosa infancia aquella!
Canto sublime de la fe naciente,
áureo reinado de la Aurora bella
del alma de un creyente
que en la noche del mundo es una estrella.
Como otros niños, con afán distinto,
amenizan sus juegos y recreos
con guerreros trofeos
y empresas militares
que les enseña á fabricar su instinto,

el niño aquel, sincero, de seguro,
construía minúsculos altares
de su pobre casita en el recinto.
Y en el silencio del rincón obscuro,
pobre templo que abría la inocencia
al culto mudo del amor más puro,
vagamente sentido en la conciencia,
pasaba el niño las mejores horas
de la edad más feliz de la existencia.
Aquel era su juego, su alegría,
su gloria, su poema, su tesoro,
el deleite más hondo que sentía
y el más hermoso de los sueños de oro
que le pudo fingir la fantasía.
Dios era bueno, y grande, y poderoso,
y de los niños huérfanos el Padre
más tierno y amoroso...
¡Se lo oía decir él á su madre
cuando ésta hablaba del perdido esposo!
Dios había hecho el mundo
con todas las grandezas que tenía
por amor á los hombres solamente:
Un amor tan inmenso, tan profundo
que, sobre el mundo que creado había,
pidió cosa más bella,
no fugaz, como aquel, no transitoria...
¡Y creó Dios la gloria
tan sólo porque el hombre fuera á ella!

En ella estaba Dios, de bondad lleno,
y había que adorarle por ser bueno.
A esto se reducía
la incompleta, la noble Teología
del pequeño creyente
que á solas en su *templo* meditando,
más que un niño que piensa, parecía
un extático orando...

La honda emoción ardiente y misteriosa,
de su precoz adoración piadosa,
dulcemente le ataba
al altar de cartón de sus amores,
que á falta de riquísimos primores,
el pobre *sacerdote* engalanaba
con las del prado pequeñuelas flores.
Allí adoraba á Dios, allí soñaba
con vagas efusiones inefables
que el alma entreveía
en una misteriosa lejanía
de dulzuras sin fin inenarrables...
La emoción religiosa
de su infantil contemplación piadosa,
algo difusa aún, algo incoherente,
en momentos de dicha misteriosa
llegaba á herir su corazón ardiente;
y entonces abstraído, arrebatado;
cual sublime vidente

que oye la voz con que el Señor le ha hablado,
como una estatua del Amor que espera
la total plenitud del bien amado;
cual tierna alegoría refulgente
del alma enamorada
que su vuelo al tender buscaba oriente
para lanzarse recta y de repente
á la región de la feliz morada;
como el Santo que en éxtasis adora,
como asceta que ora,
como un arcángel que tendiera el vuelo
desde la tierra á la mansión del cielo,
así el niño quedaba
en sus raros momentos de desmayo;
y cuando el puro, el encendido rayo
de aquel Amor de fuego se alejaba,
su alma sensible se quedaba fría,
muda, yerta, vacía...
y el pobre niño, sin querer, lloraba
con hondo sentimiento
que su pobre razón no definía...
¡La nostalgia del bien es gran tormento!

Vagas como la pálida neblina
que empaña un rato la gentil mañana
hasta que en breve la disipa luego
tez del ardiente sol, luz argentina
que el mundo inunda con su luz de fuego,

así su caridad, su fe pristina,
sus vagas concepciones religiosas
iban cristalizando
en regiones más puras y radiosas
que Dios iba delante despejando.
Y así como el imán busca el acero,
cual van los ríos á la mar, buscando
su alma, su corazón, su ser entero
se alzó sobre su fe buscando oriente,
y sereno después partió ligero
hacia su centro natural, preciso:
á la Iglesia de Dios, al sacerdocio,
y al martirio tras él, si era preciso.

Honra y consuelo de su madre amante
que jamás concibió dichas mayores;
espejo de modestia y santo celo,
orgullo de sus sabios profesores,
gloria de su Colegio, fiel modelo
de sencilla humildad, noble y sincera...
todo eso, y algo más, el joven era.
Ya entonces meditaba, preocupado
de más seria manera,
que si por él fué un Dios crucificado
morir él por su Dios bien poco era.
Y en el santo delirio
de su fiebre de amor que era una hoguera

soñaba que el final de su carrera
iba á ser el principio del martirio.

Yo no sé si lo fué. Por vez postrera
vile el solemne día
de su misa primera,
que yo á su lado oía...
El niño soñador era ya hombre:
un hombre que tenía
la fe tan pura y tan serena el alma
como si fuera niño todavía.
Ya estaba allí lo que anhelaba tanto;
lo que asustaba á su humildad ahora;
ya estaba ungido con el óleo santo;
¡que viniera el martirio á cualquier hora.
Centenares de luces titilaban,
el oro del altar resplandecía,
las trompetas del órgano arrojaban
raudales de armonía,
y los fieles oraban
y el humo del incienso transcendía,
y una tropa de arcángeles dorados,
bellísimos, magníficos, alados,
que el Divino tesoro
del rico tabernáculo guardaban,
al fulgor de las luces que oscilaban
parecían batir sus alas de oro.

Con el santo temor de alma creyente
que el hálito de Dios siente cercano,
subió el misacantano
las gradas del altar resplandeciente.
«¡Ese sí que es altar!», dijo á mi oído
el eco amortiguado
de la voz de un recuerdo no perdido...
Y al ver al Sacerdote allí postrado,
con su rica, sagrada vestidura
de la propia blancura del armiño,
me acordé con tristísima dulzura
de su altar de cartón cuando era niño,
y me hirió en las entrañas la ternura
del idilio inocente recordado
que yo mismo veía
en poema magnífico trocado.

Llegó al fin el momento
del sublime Misterio: el celebrante
se inclinó y consagró, fijo y atento:
los ojos de su fe vieron delante
el divino portento
que ofuscó, que cegó su pensamiento;
y pálido, con miedo, vacilante,
con toda el alma en el Misterio hundida,
con el santo terror de criatura
que ve su pequeñez engrandecida
y elevada por Dios á aquella altura;

como rendido al infinito peso
de aquel divino y amoroso exceso;
con el alma anegada
en un mar de ternura dolorosa
é implorando la ayuda poderosa
de la bondad de Dios, nunca agotada,
pudo elevar, con mano temblorosa
la Hostia consagrada...

. . . .

. . . .

Yo la adoré de hinojos
con el pueblo postrado:
y el solemne momento ya pasado,
al levantar los ojos
y ver al Sacerdote reposado
y en tranquila actitud, como si orara,
vi también otra cosa...
vi caer una lágrima amorosa
sobre el paño blanquísimo del ara...

LAS SUBLIMES

La conoces, musa mía?
Es modelo soberano
bosquejado por la mano
de la Gran Sabiduría.
  Es el más dulce buen ver
de tus visiones risueñas;
es la mujer que tú sueñas
cuando sueñas la mujer.
  La discreta, la prudente,
la letrada, la piadosa,
la noble, la generosa,
la sencilla, la indulgente,
  la süave, la severa,
la fuerte, la bienhechora,
la sabia, la previsora,
la grande, la justiciera...

la que crea y fortalece,
la que ordena y pacifica,
la que ablanda y dulcifica...
¡la que todo lo engrandece!
La que es esclava y señora,
la que gobierna y vigila,
la que labra y la que hila,
la que vela y la que ora...
¡Hela, hela, musa ruda!
¿No la cantas?
—No la canto;
—¿Por qué, si la admiras tanto?
—Porque si admiro, soy muda.
—¿Y cuál es la maravilla
que así admiras muda y queda?
—¡O es Teresa de Cepeda,
ó es Isabel de Castilla!

A SOLAS

¡Qué bien se vive así! Pasan los días
sin dejar en el alma sedimentos
de insanas alegrías
ni de amargos tormentos...
Ni el placer emborracha los sentidos
con falsos espejismos, revestidos
de engañosa apariencia,
ni el dolor de vivir en este mundo
nos hace maldecir nuestra existencia.
¡Qué bien se vive así! Pasan las horas
tranquilas y serenas
cual ondas de arroyuelo bullidoras
que ruedan mansamente sobre arenas.
Ni mis pasos acecha un enemigo,
ni la calumnia sobre mí se ensaña,
ni me hiere á traición el falso amigo
que cuanto más me abraza, más me engaña.

¡Qué bien se vive así, sin ser testigo
de ese culto idolátrico del oro
que convierte en mercado la existencia
y nos hace vivir en la presencia
de miserias que ofenden el decoro
y escándalos que alarman la conciencia!
¡Qué bien se vive así; qué bien, Dios mío!
Ni me roba la farsa el albedrío,
ni tiene que estrechar mi honrada mano
la mano del ladrón y del impío
al par que la del hombre honrado y sano.
¡Qué bien se vive solo, á Dios amando,
en Dios viviendo y para Dios obrando!

La atmósfera serena
de esta amorosa soledad amena
de los ruidos del mundo está vacía,
pero Dios está en ella y Dios la llena
con hálitos de amor y pöesía.
El alma no acongojan
las diarias mundanales tentaciones
que en los abismos del pecado arrojan
tantos flacos vencidos corazones.
Jamás conturban tan augusta calma
los fantasmas del odio y la perfidia,
ni la codicia ruin que seca el alma,
ni el espectro amarillo de la envidia;
jamás se oye rodar por el vacío

la maldecida voz, hija insolente
de la boca podrida del impío
y la boca soez del maldiciente.
¡Qué bien se vive así! La vida entera
se desvanece en Dios, su Sumo Dueño,
y nos abrasa de su amor la hoguera,
y el bien es fácil, el vivir risueño,
sabroso el pan, reparador el sueño
y dulce el esperar para el que espera.
Y en este grato estado
el espíritu está de Dios más lleno,
y el dolor suele ser más resignado,
y el placer es más puro y más sereno...
Calientan las entrañas
generosos deseos de ser bueno;
ansiedades extrañas
á que antes era el corazón ajeno;
misteriosas y nuevas impresiones
que tienen escondido
del alma en los más íntimos rincones
su delicioso nido;
sublimes explosiones
de amor universal, nunca sentido;
deseos de morirse resignado
á la Cruz abrazado;
Infinita ternura
que hace llorar con llanto de dulzura;
fuego que el alma abrasa...

santo desdén de la mundana escoria...
¡El hálito de Dios, que cuando pasa,
nos deja la nostalgia de la gloria!

¡Qué bien así se vive, á Dios amando,
en Dios viviendo, y para Dios obrando!

. . . .
. . . .

Mas ¡ay!, cómo me olvido,
en estos pensamientos embebido,
de que este hermoso estado
del vivir «ni envidioso ni envidiado»,
es para mí tan breve
que, pronto, sí, desvanecerse debe!
Este no es para mí perenne estado;
es, no más, un momento de reposo
al cuerpo y al espíritu cansado:
un descanso en un puerto
de este mar de la vida borrascoso;
¡un oasis en medio del desierto!
Después... ¡después lo mismo!
¡A luchar otra vez por ese mundo!
¡A saltar de un abismo en otro abismo
con riesgo de rodar á lo profundo!...

Pero... ¿y si no rodara?
¿Y si Dios de la mano me llevara,

y humilde tras El fuera,
y entre tantos abismos no cayera
y á la cumbre llegara?
¿Será más meritoria
la victoria sin lucha, así lograda,
que la santa victoria
con lágrimas y sangre conquistada?

. . . .

. . . .

¡Oh, no; no vale tanto!
No se llega hasta el Dios tres veces Santo,
no se llega hasta Vos, ¡oh, Dios Divino!
por caminos de flores alfombrados.
¡Se llega con los pies ensangrentados
por las duras espinas del camino!

BODAS DE ORO

AL EXCMO. É ILMO. SR. DR. D. PEDRO CASAS Y SOUTO
OBISPO DE PLASENCIA

Que cante al virtuoso
sabio varón de corazón piadoso?
No es mi musa la musa cortesana
de palabra de miel y áureo ropaje
que quema incienso á la grandeza humana;
es la ruda aldeana
que va vestida con honesto traje,
cantando la virtud en el lenguaje
que le enseñó Naturaleza sana.
Y porque ella es así, porque es sincera,
porque no es lisonjera,
porque es del bien la enamorada ruda,
cantando la virtud es vocinglera,
mas delante de héroe es hosca y muda.
Ni mi musa acaricia los sentidos
de los hombres henchidos
del viento de la gloria inmerecida,

ni desgarra con épicos sonidos
los austeros oídos
de los grandes humildes de la vida.
  Es de almas sin decoro
plegar las alas ante el trono de oro
donde se asienta la soberbia humana,
y pulsando el laúd, rodilla en tierra,
quemar inciensos y cantar á coro
con las legiones de la gente vana.
  Pero es mayor pecado
cantarle al justo la canción sonora,
que su virtud celebra,
en lengua seductora
de melíflua serpiente tentadora
á quien sólo humildad su diente quiebra.
  Arrullen los juglares
el trono del soberbio con cantares,
y la turba servil de aduladores
queme todo su incienso en los altares
donde honor y virtud no son señores.
  Pero la musa honrada,
cuando penetre en el desnudo templo
del alma de un humilde, ore callada
y escuche en las honduras del ejemplo
la armonía del bien, allí guardada.
  Y luego de aprendida
la música de Dios, que á gloria suena,
requiera el arpa que á cantar convida

y ensaye en ella la canción serena
del alma recta, de virtud nutrida.
  Mas no hiera el oído de los justos
con ditirambos de clamor liviano,
que en los senos de espíritus robustos
suenan á ruido vano.
  ¿Qué le place á los grandes corazones
un decir halagüeño,
si ellos moran en diáfanas regiones
donde el ídolo humano es muy pequeño,
la voz de la lisonja desabrida,
la trompa de la fama ronca y hueca,
pobre la falsa vida
y el mundo frágil como caña seca?
  Las alas de la fama presurosa,
esta vez no engañosa,
también trajeron á mi abierto oído,
que lo oyó con deleite inenarrable,
el nombre esclarecido
del justo patriarca venerable.
Y así como el idólatra del oro
guarda siempre el tesoro
de su morada en el rincón obscuro,
yo de ese justo la adorable historia
escondí en el rincón de la memoria
donde suelo guardar todo lo puro.
Y en el silencio donde culto he dado
á su santa humildad, nunca he clamado:

«¡Si supiera cantar almas tan santas!...»
pero siempre muy quedo he murmurado:
«¡Si supiera imitar virtudes tantas!..»
Palabras indiscretas,
qué hermosas habéis sido
mientras fuisteis sencillas y secretas:
si osáis llegar al delicado oído
del venerable anciano
que sabe perdonar flaquezas tales,
decidle que sois hijas de un cristiano
y que amores filiales
os arrancaron del rincón arcano
donde estabais mejor que en las venales
alas del viento charlatán y vano.
Bien sé que la armonía
que el justo oyera de la lira mía,
fuera gárrula música liviana,
hueca trompetería
que no conmueve la muralla ingente
de la humildad cristiana
que escuda el alma del varón prudente.
Pero más que la estrofa detonante
con que el hijo leal celebre y cante
las altas prendas de su padre amado,
le place al padre amante
oir la apasionada melodía
del hijo enamorado
de la virtud de que nutrirlo ansía.

Venerable Pastor, que has conducido
tu rebaño querido,
hollando con tus plantas los abrojos,
por las ásperas cuestas de la vida:
tú, que ya ves con anhelantes ojos
la tierra prometida,
desde las cumbres del dorado ocaso
que ganas paso á paso
con santa majestad de alma elegida,
alza tus manos al clemente cielo
y alcánzale á tus hijos el consuelo
de dilatar tu triste despedida.
¿No ves cómo te aman?
¿No escuchas cómo á coro
todos padre te llaman?
¿Oyes cómo te aclaman
celebrando tus puras bodas de oro?
¿No ves cómo á tus puertas,
siempre á la santa Caridad abiertas,
se agolpan rumorosas,
las turbas de tus pobres numerosas,
que pan y bendiciones
reciben de tus manos amorosas?
Ese rumor opaco y elocuente
que tu nombre amadísimo murmura
es el himno amoroso más ardiente
que de la humana gente
puede escuchar una conciencia pura.

El otro canto, el de la gloria humana,
ya sonará vibrante
cuando entres por las puertas de la Historia;
y otro más dulce, que tu triunfo cante,
cuando te abra el Señor las de su gloria!

DOLOR

I

Débil corazón humano
que fuiste de dichas nido
y hoy te lamentas herido
por un destino tirano:

corazón que en viejos días
viste un mundo todo amores,
una tierra toda flores
y un cielo todo alegrías:

corazón que ayer cantabas
con musicales dulzuras
la canción de las venturas
que feliz paladeabas,

y hoy en doliente clamor
dices que estás afligido,
que estás mortalmente herido
por el puñal del dolor;

corazón de fe dormida
que gritas mirando al Cielo:
«No hay duelo como mi duelo,
ni herida como mi herida»;

ruin corazón pecador
que miras sólo á ti mismo:
¿has medido tú el abismo
del más inmenso dolor?

II

Corazón poco paciente:
¿ves la imagen dolorosa
que en procesión lacrimosa
conduce piadosa gente?

Abre el alma á los fulgores
de aquella enlutada estrella:
¿tú sabes quién es aquélla?
¡La Virgen de los Dolores!

¿Sabes la divina historia
de aquella que ės Madre tuya?
Hízola Dios Madre suya;
¿pudo Dios darla más gloria?

¿Habrá semejante amor
al que con hondas ternuras
sintió en sus entrañas puras
la Madre del Redentor?

¿Puede tu mente alcanzar,
ni en sueños puede haber visto,
lo que la Madre de Cristo
pudo á Cristo Dios amar?

Entonces, ¿cómo medir
la inmensa hondura insondable
del dolor inenarrable
de ver al Hijo morir?

Verlo vilmente azotado,
horriblemente escupido,
despiadadamente herido,
bárbaramente enclavado;

verlo Mártir del Amor
de la ruin humanidad
y ver nuestra iniquidad,
¿cabe tormento mayor?

Pues esos desgarradores
duelos jamás bien contados,
sufrió por nuestros pecados
la Virgen de los Dolores.

Corazón de fe dormida
que á Dios, gritando, mostrabas
la sangre que derramabas
de tu levísima herida:

mira esos siete raudales
que de esas entrañas puras
derraman las puntas duras
de siete agudos puñales.

Bebe la santa ambrosía
que en ese abismo se encierra
y adora, rodilla en tierra,
¡los dolores de María!

MENSAJE

El geniecillo riente
que mis tonadas me inspira
oyó complacidamente
la ruda música ardiente
de una canción de mi lira.

Su última nota bebió,
subió á la cumbre del monte
que el canto con él oyó,
y en el lejano horizonte
sagaz mirada fijó...

Las alas apresurado
batió en derechura al cielo,
quedó en la altura parado,
y, apenas se hubo orientado,
tendió hacia el Norte su vuelo;

Cruzó las llanuras anchas
de la desierta Castilla,
manchas de mies amarilla,
grises y estériles manchas
de muerta, mísera arcilla...

Viejas villas y lugares,
ciudades y caseríos,
verdes, pomposos pinares,
apretados encinares,
luengos parajes baldíos...

Y atrás el erial quedaba,
y atrás dejando la brava
soledad de pardas sierras,
ya volaba, ya volaba
por aragonesas tierras.

Y atrás quedaban los blancos,
los cabezos eminentes,
protegidos en sus flancos
por las rápidas pendientes
de abismáticos barrancos...

Y atrás quedaba la vega
con el río que la riega,
con la gente que la cuida,
con las casas en que anida
la rural legión labriega...

Y atrás las viejas ciudades
que despiertan las memorias
de los tiempos de las glorias
y las heroicas edades
que nos pintan las historias...

Y amainando mansamente,
como amaina la corriente
junto al borde de la posa,
plegó el vuelo de repente
sobre la gran Zaragoza.

Y bajando disparado,
como blanca culebrina
desprendida del nublado,
con caída repentina
de avión aliquebrado;

como cosa que al bajar
precipita su correr
sin poderlo remediar,
raudo el genio fué á caer
sobre el templo del Pilar.

Traspasó la vidriera
de una artística tronera,
y ante la Virgen, de hinojos,
humillados alas y ojos,
exclamó de esta manera:

—«¡Señora! de la lejana
noble tierra castellana
donde se os rinden loores,
traigo un mensaje de amores
á tierra zaragozana.

»Para ante Vos presentarlo
debiera dulcificarlo,
ponerlo en habla divina;
pero es más bello dejarlo
con su rudeza pristina.

»Ved de qué modo os venera
y os ama el alma sincera
de un rimador de Castilla,
que en habla ruda y sencilla
lo canta de esta manera:

»¡Virgen santa del Pilar!
Desde este rincón querido
donde he escondido mi hogar
quiero mandarte prendido
mi espíritu en un cantar.

»En esta tierra de hermanos
estuve hace pocos meses
bebiendo aromas cristianos
y estrechando honradas manos
de hidalgos aragoneses.

»¡Nunca podré bien pagarte
la dicha de visitarte
que quiso darle el destino
á este pobre peregino
de la piedad y del arte!

»A Ti el amor me llevó
¡y estuve cerca de Ti!
mi espíritu te sintió,
pero verte no te ví,
porque tu luz me cegó.

»Ojos que tanta belleza
sorprenden en los arcanos
que incuba Naturaleza
pequeños son y profanos
para admirar tu grandeza.

»Perdona si al visitarte
ciego, mudo y aturdido,
no supe ni saludarte,
que yo solo puedo hablarte
desde lejos y escondido.

»Escondido en las serenas
tranquilidades amenas
de estas húmedas sombrías,
que están de ruidos vacías,
que de amores están llenas.

»¡Aquí ya sé yo cantar!
Aquí ya puedo sentir
las grandezas del Pilar!
¡Aquí ya acierto á decir
sabrosas cosas de amar!

»Si esa ciudad vencedora
no fuera merecedora
de tu regia rica silla
yo te dijera: ¡Señora!
¡Vente á morar en Castilla!

»Y si este suelo querido
se hubiese al peso rendido
del Pilar abrumador,
¡tendrémoslo suspendido
con el imán del amor!

»Yo no soy más que un poeta
que toscamente interpreta
las tonadas del lugar...
Permíteme que prometa
tu gloria no profanar.

»Porque el himno de tu gloria,
para la humana memoria,
sólo se concibe escrito
por el dedo de la Historia
sobre el espacio infinito.

»Pero yo sé hacer cantares
con decires populares
y sentires del amar,
que en estos pobres lugares
saben á pan del hogar.

»Y ya que endechas sutiles
no te canten tus poetas,
oirás coplillas viriles
al són de las panderetas
y al són de los tamboriles.

»Y yo haré que de dulzores
te den su rico tesoro
las gaitas de mis pastores,
que saben decir amores
mejor que las arpas de oro.

»Los campos registraremos,
y en el valle más tranquilo,
sencilla ermita te haremos,
y en ella amoroso asilo
y adoración te daremos.

»A pobre mansión te invita
mi celo, Virgen bendita;
mas tu ruda grey leal
sabe rezarte en la ermita
mejor que en la Catedral.

»Y allí, en el campo, á tus plantas,
cantan mejor tu grandeza
los hombres con sus gargantas
y Dios con músicas santas
que sabe Naturaleza.

»Mi gente no te daría
coronas ni tocas de oro,
ni mantos de pedrería;
mas ¡cuán henchido tesoro
de amores te rendiría!

»Alegrando estos caminos
vieras venir á millares
los rústicos peregrinos
de los lugares vecinos
y los lejanos lugares.

»¡Vieras venir las doncellas
por estas campiñas bellas,
del dulce reposo amigas,
cortando flores y espigas
para adornarte con ellas!

»Grupos de mozos forzudos
y de zagales talludos
con danzas te festejaran,
donde sus cuerpos membrudos
bravos vigores mostraran.

»Y á lomos de sus asnillas,
vinieran las viejecillas,
á darte con fe leal,
velas de cera amarillas,
roscas de pan candeal...

»Si hay en la ofrenda pureza,
¿qué añadirá á su grandeza
la pompa y el esplendor?
¡Qué sublime es la pobreza
cuando festeja el amor!»

II

«Perdona, Reina gloriosa,
si acaso á ofenderte llega
mi invitación amorosa;
y tú, Zaragoza hermosa,
perdone á mi fe que es ciega.

»No ha visto que formular
su amorosa petición
es torpemente olvidar
que una misma cosa son
Zaragoza y el Pilar.

»No ha visto que era robarte
la más envidiable gloria
que el cielo quiso donarte.
¡No ha visto que era arrancarte
las entrañas de tu Historia!

»Sigue pueblo venturoso,
sigue ostentando el hermoso
diamante de tu presea,
y ese Pilar suntuoso
tu hogar, Zaragoza, sea.

»¡Y sea en mi tierra bendita
cada alma una lucecita,
y cada pecho un altar,
y cada hogar una ermita
de la Virgen del Pilar!»

DEUDA

ALMAS grandes, que pudierais remontaros
poderosas, majestáticas, serenas,
por encima de las águilas rëales,
á purísimas atmósferas etéreas
donde el oro de las alas no se mancha,
ni obscurecen las pupilas vagas nieblas,
ni desgarran el oído los estrépitos
de los hombres que se hieren y se quejan...
Almas sabias que en las cimas de la vida
como nubes protectoras la envolvieran,
desgarrándose en relámpagos de oro
y lloviendo lluvias ricas y benéficas
para darnos á los ciegos de los valles
luz que rasgue las negruras que nos ciegan
y caudales de rocíos salutíferos
que á las almas enfermitas regeneran...
Almas fuertes que pudierais desligaros
del mortífero dogal de las miserias

y llevarnos de la mano por la vida,
guarneciéndonos de santas fortalezas,
saturándonos de amores generosos,
regalándonos magnánimas ideas.
Almas buenas que sabéis de las torturas
de las pobres almas rudas y sinceras
que al querer de la miseria levantarse
desde arriba las azotan y envenenan
con el látigo estallante del escándalo
que repugna, que deprime, que avergüenza...
Almas grandes, almas sabias,
almas fuertes, almas buenas...
¡Nos debéis á las humildes,
nos debéis á las pequeñas
la limosna del ejemplo,
que es la deuda más sagrada de las deudas!...

EL CRISTO DE VELÁZQUEZ

Lo amaba, lo amaba!
¡No fué sólo milagro del genio!

Lo intuyó cuando estaba dormido,
porque sólo en las sombras del sueño
se nos dan las sublimes visiones,
se nos dan los divinos conceptos,
la luz de lo grande,
la miel de lo bello...
¡Lo amaba, lo amaba!
¡Nacióle en el pecho!
No se puede soñar sin amores
no se puede crear sin su fuego,
no se puede sentir sin sus dardos,
no se puede vibrar sin sus ecos,
volar sin sus alas,
vivir sin su aliento...
El sublime vidente dormía

del Amor y del arte los sueños
—¡los sueños divinos
que duermen los genios!
¡los que ven llamaradas de gloria
por hermosos resquicios de cielo!—
Y el amor, el imán de las almas,
le acercó la visión del Cordero,
la visión del dulcísimo Mártir
clavado en el leño,
con su frente de Dios dolorida
con sus ojos de Dios entreabiertos,
con sus labios de Dios amargados
con su boca de Dios sin aliento...
¡muerto por los hombres!
¡por amarlos muerto!
Y el artista lo vió como era,
lo sintió Dios y Mártir á un tiempo,
lo amó con entrañas
cargadas de fuego,
y en la santa visión empapado,
con divinos arrobos angélicos,
con magnéticos éxtasis líricos,
con sabrosos deliquios ascéticos,
con el ascua del fuego dramático,
con la fiebre de artísticos vértigos,
la memoria tornando á los hombres
ingratos y ciegos,
débiles ó locos,

ruines ó perversos,
invocó á la Divina Belleza
donde beben bellezas los genios,
los justos, los santos,
los limpios, los buenos...
Y al conjuro bajaron los ángeles,
y al artista inspirado asistieron,
su paleta cargaron de sombras
y luces de cielo,
alzaron el trípode,
tendieron el lienzo,
y arrancándose plumas de raso
de las alas, pinceles le hicieron.
Y el mago del Arte,
el sublime elegido, entreabriendo
los extáticos ojos cargados
de penumbras de místico ensueño,
tomó los pinceles
sonámbulo, trémulo...
De rodillas cayeron los ángeles,
y en el aire solemnes cayeron
todas las tristezas,
todos los silencios...
¡Y el genio del Arte
se posó sobre el borde del lienzo!
Con fiebre en la frente,
con fuego en el pecho,
con miradas de Dios en los ojos

y en la mente arrebatos de genio,
el artista empapaba de sombras
y de luces de sombras el lienzo...
No eran tintas que copian inertes,
eran vivos dolientes tormentos,
eran sangre caliente de Mártir,
eran huellas de crimen de réprobos,
eran voces justicia clamando,
y suspiros clemencia pidiendo...
¡era el Drama del mundo deicida
y el grito del Cielo!...

. . . .

¡Y el sueño del hombre
quedó sobre el lienzo!

. . . .

¡Lo amaba, lo amaba!
¡El Amor es un ala del genio!

A LA DEFINICIÓN DOGMATICA

DE LA

INMACULADA CONCEPCIÓN

ERA venido el suspirado día,
por el dedo divino señalado,
para que el Cielo oyera la armonía
del himno más sublime que ha cantado
el mundo, enamorado de María.
La mano augusta que grabó indelebles
en el seno de todo lo creado
las sabias leyes que la vida rigen,
la que movió el abismo de la nada,
la que del tiempo señaló el origen,
la que la vida conoció increada,
la que en el caos derramó armonías
y en el vacío modeló grandezas,
y en los abismos encendió los días
y con su luz iluminó bellezas;

la que en los días del vivir primeros
selló los hechiceros
secretos de las grandes maravillas,
la que en el cielo derramó luceros
como en la tierra derramó semillas;
la que en los montes despeñó torrentes;
la que en los valles ocultó palomas
y desató las brisas y las fuentes,
pintó los lirios y esenció las pomas;
la que endulzó el sonoro
de aves cantoras incontable coro;
la que á los ojos de belleza avaros
les mostró de los días el tesoro
con ocasos teñidos de escarlata,
bellas auroras de oro
y mediodías de bruñida plata...
La mano omnipotente
que hizo de limo la gentil figura
de la primera humana criatura,
carne hermosa con alma inteligente...
aquella sabia mano,
providente, magnánima, divina,
quiso en un ser, por bello soberano,
compendiar la hermosura peregrina
que vertió en lo divino y en lo humano,
y con la luz de todas las blancuras,
con la clave de todas las grandezas,
con el fuego de todas las ternuras,

con la esencia de todas las purezas,
con las mieles de todas las dulzuras
y la cifra de todas las bellezas,
grandiosa, exuberante,
casta, ideal, magnífica y triunfante,
más sencilla y gentil que las palomas,
más hermosa que el día,
más pura que la luz y los aromas,
más hermosa que el sol... ¡hizo á María!
Y ¿cómo no crearla pura y bella,
si morada de Dios iba á ser ella?
Y fué limpia morada
del que pasó por Ella, Cristo vivo,
puras dejando sus entrañas puras...
¿Mancha el beso del sol la inmaculada
nieve de las alturas?
El Dios que la creó quiso que el mundo
sin su mandato Pura la sintiera...
Y el mundo bueno, con amor profundo,
la sintió como era...
Ancianos patriarcas venerables,
videntes y profetas,
mártires incontables,
teólogos y poetas,
cenobitas y santos adorables,
filósofos y extáticos ascetas...
mundo meditador, mundo creyente...
¡todos en santa universal porfía

tuvisteis en el pecho y en la mente
la fe de la Pureza de Maria!
Pero faltaba el eco soberano
de la voz del Señor, nota primera
del divino Poema marïano...
¡Indigno de Ella fuera,
sin preludio de Dios, un canto humano!
Y aquel sublime y venerable anciano
que el místico rebaño dirigiera
con luces celestiales en la mente,
con llaves áureas en la augusta mano
y corona de espinas en la frente;
el mártir generoso
de alma de fuego y corazón piadoso
que vivió sangre santa derramando
y pasó por la vida bendiciendo
y descendió al sepulcro perdonando;
el justo, el perseguido,
el del ardiente corazón herido
que en santa Caridad se derretía,
¡aquél fué el elegido
para exaltar la gloria de María,
para apagar el infernal rugido
con el preludio santo
del más sublime canto
que de boca del hombre el Cielo ha oído!
Oraba el justo con fervor profundo,
callaba el Cielo y esperaba el mundo...

Arrobado en coloquios divinales
con el más grande amor de los amores,
paladeando mieles edeniales,
bálsamo de agudísimos dolores,
en los ojos el fuego de los llantos
y el del amor dulcísimo delirio,
en las sienes el nimbo de los santos
y en la mano la palma del martirio,
extático, magnífico, sereno,
ebrio de Caridad, de gracia lleno,
cuando del Cielo descendió el torrente
de la divina inspiración gigante,
tornó á sus hijos la mirada amante
llena de amor ardiente,
y grande, majestático, triunfante,
con las mieles de todos los consuelos,
en una voz que resonó en la anchura
del ancho mundo y de los anchos cielos,
llorando de alegría y de ternura,
clamó radiante:—¡Inmaculada y Pura!
—¡Inmaculada y Pura!—repitieron
los ángeles que asisten á María;
y la creyente muchedumbre humana
con voz de amores, honda y soberana
—¡Inmaculada y Pura!—repetía.
Y toda la armonía
con que sabe latir Naturaleza,
se derramó en la inmensa sinfonía;

y del aire en el ámbito profundo
y de las almas en la fresca hondura,
flotó un ambiente de ideal pureza,
segundo redentor de todo un mundo
puesto á las plantas de la Virgen Pura!
Y herida nuevamente
con honda herida la infernal serpiente,
silbó blasfemias con su lengua impura
moviendo al Cielo guerra,
y su chata cabeza ensangrentada
golpeó sobre el polvo de la tierra,
con rabia loca de soberbia hollada,
y sus fauces cargadas de veneno,
polvo amasaron con su baba horrible,
y el cuerpo innoble, en convulsión terrible,
se retorció sobre su propio cieno...
¡Gloria á Ti, Madre mía,
que con tus plantas el abismo huellas
y con tu luz disipas las negruras,
áurea alborada del dichoso día
de quien un rayo son las cosas bellas,
de quien un rayo son las cosas puras.
Gloria canto á tus plantas,
sol del Edén, de perfección dechado,
de quien átomos son las cosas santas,
que el Señor en la vida ha derramado;
de quien son un reflejo peregrino
las estrellas de luz resplandeciente

y el coro de querubes refulgente
que forman el divino
nimbo de luz de tu divina frente!
¡Dios te salve, María Inmaculada,
de la gracia de Dios favorecida,
y con todo el poder de Dios creada,
y con todo el favor de Dios henchida,
y con todo el amor de Dios amada,
la sin pecado original nacida,
la sin mácula Virgen coronada!
Flor de las flores, adorable encanto,
gloria del mundo, celestial hechizo...
¡Dios no pudo hacer más cuando te hizo!
¡Yo no sé decir más cuando te canto!



CAMPESINAS

FECUNDIDAD

I

Mucho más alto que los anchos valles,
honda vivienda de la grey humana;
mucho más alto que las altas torres
con que los hombres á los siglos hablan;
mucho más alto que la cumbre arbórea
llena de luz de la colina plácida;
mucho más alto que la alondra alegre
cuando en los aires la alborada canta;
mucho más alto que la línea obscura
que hay de la sierra en la fragosa falda,
donde empieza el imperio de las fieras
y las conquistas del trabajo acaban...
allá, en las cumbres de las sierras hoscas;
allá, en las cimas de las sierras bravas;
en la mansión de las quietudes grandes,
en la región de las silbantes águilas,

donde se borra del vivir la idea,
donde se posa la absoluta calma,
su nido asientan los silencios grandes,
el tiempo pliega sus gigantes alas
y el espíritu atento
siente flotar en derredor la nada...;
allá, en las crestas de los riscos negros,
cerca del vientre de las nubes pardas,
donde la mano que los rayos forja
las detonantes tempestades fragua,
allí vivía el montaraz cabrero
su tenebrosa vida solitaria,
melancólico Adán de un paraíso
sin Eva y sin manzanas...
Las sierras imponentes
le dieron á su alma
la terrible dureza de sus rocas,
la intensa lobreguez de sus gargantas,
las sombras tristes de sus noches negras,
la inclemencia feroz de sus borrascas,
los ceños de sus días cenicientos,
las asperezas de sus breñas bravas,
la indolencia brutal de sus reposos
y el eterno callar de sus entrañas.
Jamás movió la risa
los músculos de acero de su cara,
ni ver dejaron sus hirsutos labios
unos dientes de tigre que guardaban.

Un traje de pellejo,
que hiede á ubre de cabras
y suena á seco ruido
de frágil hojarasca,
cubre aquel cuerpo que parece un diente
del risco roto de la sierra parda.
¡Oh! cuando tenue en las rocosas cumbres
la aurora se derrama
sus ámbitos tiñendo
de dulce luz violácea,
ya el solitario en el peñón la espera
mirando á Oriente con quietud de estatua;
viva estatua musgosa
que siempre á solas con el tiempo habla;
esfinge viva que plegó su ceño
porque la vida le negó sus gracias,
porque azotó la soledad sus carnes,
porque el reposo congeló su alma...
Y luego, cuando abajo
se muere el día de tristeza lánguida
y se ponen las peñas de las cimas
tristemente doradas,
y luego grises, y borrosas luego,
y al cabo negras con negruras trágicas,
mirando hacia Occidente
desde aguda granítica atalaya
recibe inmóvil el Adán salvaje
la noche negra que la sierra escala...

¿No habrá creado Dios un sol que rompa
la noche de aquel alma
y en luz de aurora fructuosa y bella
le bañe las entrañas?

II

Bajó una tarde de las altas cumbres,
vagó errabundo por las anchas faldas
y se asomó á la vida de los hombres
desde la orilla de las breñas agrias.
Subió otra vez á su salvaje nido,
tornó á bajar á la vivienda humana
y ya movió la risa
los músculos de acero de su cara,
y sus dientes de tigre, descubiertos,
dieron reflejos de marfil y nácar,
y el hosco ceño despejó la frente,
y se hizo dulce y mansa
la dureza feroz, brava y sañuda
de aquel mirar de sus pupilas de ágata...;
cortó un lentisco y horadó su tallo,
pulió sus nudos y tocó la gaita,
y oyó por vez primera
la sierra solitaria
música ingenua, balbuciente idioma
que al hombre niño le nació en el alma.

¡Cantó la estatua al declinar la tarde!
¡Cantó la esfinge al apuntar el alba!
Y una que trajo de color de oro
Mayo gentil espléndida mañana,
con sol de fuego que arrancó resinas
de las olientes montaraces jaras,
é hizo bramar al encelado ciervo
junto al aguaje en que su sed templaba,
é hizo gruñir al jabalí espantoso,
é hizo silbar á las celosas águilas
que por encima de los altos riscos
persiguiéndose locas volteaban...;
una mañana que vertió en la sierra
toda la luz que de los cielos baja,
todas las auras que la sangre encienden,
todos los ruidos que el oir regalan,
todas las pomas que el sentido enervan,
todos los fuegos que la vida inflaman...;
por entre ciegas madroñeras húmedas,
por entre redes de revueltas jaras,
por laberintos de lentiscos vírgenes,
y de opulentas madreselvas pálidas,
y de bravíos vigorosos brezos,
y de romeros cuyo aroma embriaga,
el solitario montaraz subía
rompiendo el monte con segura planta
y abriendo paso á la cabrera ruda
que vió del monte en la fragosa falda

y fué á buscar á la vecina aldea
cual lobo hambriento que al aprisco baja.
En derechura al nido de la cumbre
radiante de alegría la llevaba.
Eva morena, de las breñas hija
y de ellas locamente enamorada,
iba á la cumbre á coronarse sola
reina de la montaña.

Como membrudo corredor venado,
rompe el cabrero las breñosas mallas;
como ligera vigorosa corza,
de peña en peña la cabrera salta.
Corren así, temblando de alegría,
cuantas parejas por la sierra vagan,
pero ninguna tan gentil y noble
subiendo va cual la pareja humana,
que Amor le dice que la altura es suya
porque es del rey el elevado alcázar,
y es para el lobo la maraña negra
de la húmeda garganta,
y es para el feo jabalí el pantano
donde el camastro enfanga,
y es para el chato culebrón la grieta
de ambiente frío y tenebrosa entrada...

III

Y vi una tarde el amoroso idilio
sobre la cima de la azul montaña:
un sol que se ponía,
una limpia caseta que humeaba,
una cuna de helechos á la puerta
y una mujer que ante la cuna canta...
Y el hombre en un peñasco
tañendo dulce gaita
que va atrayendo hacia el dorado aprisco
los chivos y las cabras...

UNA NUBE

No hay posibles hogaño pa eso—
dijo el padre de ella,
y el del mozo exclamó pensativo:
—Pues entonces hogaño se deja,
porque yo también ando atrasao
con tantas gabelas...
Que se casen al año que viene,
dispués de cosecha,
y hogaño entre dambos
le daremos tierra
pa que el mozo ya siembre pa ellos
esta sementera.—
Y el mozo y la moza,
rojos de vergüenza,
lo escucharon humildes y mudos,
sin osar levantar la cabeza.

Y el mozo labraba,
derramaba las siete fanegas,
regaba su trigo
con sudor de la frente morena,
y en sus sueños lo vió muchas veces
maduro en las tierras,
cargado en el carro,
junto ya en las eras,
limpio ya en las trojes,
blanqueadas tres veces por ella...
¡Agosto lejano:
¿no vienes? ¿no llegas?

Agosto ya vino;
su sol ya platea
los inmensos tablares de espigas
que doblándose henchidas revientan...
¡Qué hermosa la hoja!
¡Contento da verla!
¡Qué ondear tan suave á los ojos!
¡Qué música aquella,
la del choque de tantas espigas
que la brisa á compás balancea!
¡La brisa!... ¡La brisa!...
Una tarde radiante y serena
sopló más caliente,
sopló con más fuerza,

humilló las espigas al suelo
revolvió la tranquila alameda,
levantó remolinos de polvo,
trajo nubes negras
que azotaron al suelo con gotas
calientes y gruesas...
Se pusieron los valles obscuros,
se pusieron violáceas las sierras,
y fatídica, ronca, iracunda,
vengadora, cercana, tremenda,
zumbó la amenaza,
vibró la centella,
que rayó con su látigo el vientre
de la nube cargada de piedra...
¡Y la nube en los campos inermes
derrumbó aquella carga siniestra!...

¡Qué triste la hoja!
¡Pena daba verla!
¡Ya no pueden los mozos casarse
cuando ellos quisieran!
¡Qué triste está el mozo!
¡Cómo llora ella!...
¡Y es bueno que esperen,
que no es firme el amor que no espera!

LA ESPIGADORA

VAS á espigar, Isabel?
¡Cuánto siento, criatura,
que bese el sol esa piel
que tiene jugo y frescura
de pétalos de clavel!

Sé que espigar necesitas,
porque, aunque al sol te marchitas,
no es bueno que huelgue y duerma
quien tiene cuatro hermanitas
y tiene á su madre enferma.

Mas, díganme humanos ojos
si te hizo Naturaleza
para que en esos rastrojos
hieran tus pies los abrojos
y abrase el sol tu cabeza.

Entre pintados cristales
de alcázares ideales
hay cien reinas poderosas...
¡Para las más bellas cosas
no tiene el mundo fanales!

Isabel: no puedo amar;
no puedo abrirte la puerta
de mi pecho y de mi hogar
porque á otra Isabel, ya muerta,
se los juré consagrar.

Y eres tan bella, Isabel,
que tengo duda cruel
de si serás sombra bella
de aquella eclipsada estrella
que viene á ver si soy fiel.

Lo digo por tus miradas,
que parecen oleadas
del piélago de la gloria
y no pobres llamaradas
de bella mortal escoria;

lo digo porque me suena
tu voz á salmo cristiano;
lo digo porque eres buena,
porque eres casta y serena
como noche de verano.

¡Isabel: no puedo amar!
Dios sabe que si pudiera
partir contigo mi hogar
ahora mismo te dijera:
—No vayas, niña, á espigar,

que cerca de ese desierto
tengo una casa y un huerto
que entolda un viejo parral
donde estarás á cubierto
del beso de mi rival,

y si espigar necesitas...
¡descanse mi reina y duerma!
que está en mis trojes benditas
el pan de sus hermanitas
y el pan de su madre enferma!

Mas ni estas puras y sanas
consolaciones cristianas
puedo pedir al amor...
¡Dijeran lenguas villanas
que andaba en ello tu honor!

Vete á espigar, moza mía,
que si el mundo fuese honrado,
como tu honor merecía,
contigo á espigar iría
quien sabe lo que es sagrado;

contigo se fuera, hermosa,
por el desierto ardoroso,
quien tiene por cierta cosa
que nadie mancha una rosa
si no es un reptil baboso.

En el riñón de ese ardiente
desierto que el sol calcina
tengo yo un prado riente
con una pomposa encina
y una purísima fuente,

y bajo el palio frondoso
que apaga el fuego del cielo,
yo te dejara gozoso
oyendo el decir copioso
del agua del regatuelo,

y yo, afrontando fatigas
bajo ese cielo que arde,
diera envidia á las hormigas
para llevarte á la tarde
rubias manadas de espigas.

¡No puedo, sol de mis ojos!
Tendrás que ir sola, Isabel,
para que en esos rastrojos
hieran tus pies los abrojos
y el sol mancille tu piel.

Tendré que verte á la vuelta,
cuando á tu pobre hogar vayas,
la trenza del jubón suelta,
rotas las pulidas sayas,
la cabellera revuelta,

con polvo y sudor pegado
sobre tus sienes el pelo,
y hundido el seno abultado,
y el alto dorso encorvado,
y el casto mirar al suelo.

Y fuerza será que vea
cómo el sol de los rastrojos
tu piel de rosa broncea
y cómo escalda y orea
tus húmedos labios rojos.

Mas, vete sola, Isabel,
que, aunque me cause dolor
que el sol mancille tu piel,
es más injusto y cruel
que el mundo empañe tu honor.

Mejor que un decir artero
mil veces llorar prefiero
bellezas que el sol se lleve...
¡Virgen de bronce te quiero
mejor que Venus de nieve!

LA ROMERÍA DEL AMOR

I

DECLINABA la tarde lentamente.
El sol enrojecido trasponía
las cumbres solitarias del poniente
tras un radiante y bochornoso día
de sol sin nubes y de siesta ardiente.
A medida que el astro moribundo
sola dejaba la extensión del mundo,
la tierra, adormecida
de la pereza en el sopor profundo,
resucitaba espléndida á la vida;
y cual mujer hermosa
que de los sueños de enervante siesta
despierta triste, de vivir ansiosa,
y se dispone á la nocturna fiesta,
así Naturaleza, despertando

del hondo sueño incubador del día,
empezaba á moverse, preludiando
la inmensa rumorosa sinfonía
de una noche serena
de brisas mansas y de luna llena.
La tarde se moría,
y á medida que el fuego se apagaba
del sol fecundador, que ya se hundía,
el monte melodioso se animaba,
la vega se reía,
se cargaban los aires de rumores,
y temblaban las hojas de alegría,
y en la atmósfera azul, rica en fulgores
la luz crepuscular se derretía...
¡Sólo la de la tarde hay en el mundo
que se pueda llamar bella agonía!
El campo abrió sus pomas,
y en las alas del céfiro movido,
subieron y bajaron de las lomas
y entraron por las puertas del sentido
riquísimos aromas
de ya agostada manzanilla enana,
rosillas de gabanzos,
toronjil, hierbabuena y mejorana,
madreselvas, poleos y mastranzos...
Innominada pajarita albina
entonó su cantata vespertina
posada en los pimpollos del saúco,

arrulló la paloma montesina,
chilló el avejaruco
clavado en la verruga de la encina,
la atmósfera caliente saturaron
de frescas humedades las riberas,
las mieses ondearon,
gimieron las choperas...
y todo el gran paisaje
teñido del misterio de la hora,
moviendo el verde mar de su follaje,
inició la canción susurradora
que canta por las tardes su oleaje.
  Las sombras del crepúsculo amoroso,
velos de muerte de la tarde quieta,
cayeron sobre el valle misterioso,
cayeron sobre el alma del poeta...
  Y del dulce, del grato
seno profundo de la obscura fronda
de fresnos y mimbreras del regato,
romántica, alta y honda,
purísima y vibrante,
bizarra, magistral, insinuante,
más cargada que nunca de dulzura,
más henchida que nunca de armonía,
más llena de frescura,
más rica en poesía,
más intensa y sonora,
más que nunca feliz, más habladora,

surgió la incomparable,
surgió la peregrina
primorosa canción inimitable
que brota de la lengua cristalina
del pájaro cantor de los cantores,
cuando sabe que escucha sus primores
en la rama vecina
una enferma de fiebre incubadora
que extática reposa sobre el nido
donde el hondo misterio se elabora...
¡Sólo estando en amores
saben cantar así los ruiseñores!

II

El riente lucero vespertino,
el hijo del Crepúsculo y del Día,
ya en el cielo lucía
circundado de un nimbo diamantino.
Delante de la ermita un valle había,
y en él alegremente
bailaba todavía
gran multitud de campesina gente.
¡Sones de tamboril, toques sentidos
de la gaita dulcísima caídos,

alegre repicar de castañuelas!...
¡Qué bien debéis sonar en los oídos
de todas las mozuelas!
Tocó á su fin la alegre romería;
y tomando caminos y senderos,
se dispersó con loca algarabía,
la feliz multitud de los romeros.
Mansa luna redonda,
surgiendo del perfil del horizonte,
tiñó de blanco la movida fronda,
y una dulzura honda
se derramó por la extensión del monte.
La alegre juventud con sus cantares
llenó los encinares,
y en amantes parejas separados,
caminaban por valles y cañadas,
ellos enamorados
y ellas enamoradas...
¡Dichosos ellos y dichosas ellas
que unirse saben y decirse amores
debajo de una bóveda de estrellas
y encima de una sábana de flores!
Sólo el pobre poeta, el visionario,
el hongo de los valles de la aldea,
por los cuales pasea
un dolor siempre igual y siempre vario,
no tiene un alma amiga,
un alma de mujer hermosa y pura

que por él sienta amor y se lo diga
con la voz empañada de ternura.
La luz de plata de la luna llena,
tibia, elegíaca, mística y serena,
llenaba el mundo de apacible calma:
la sangre hervía, se quejaba el alma,
y el pobre rimador lloró de pena.
¿De qué le servirán al visionario
los sueños de la loca fantasía,
si al tornar de la alegre romería
nadie más que él camina solitario,
mendigo del amor y la alegría?
¿Qué le vale la musa soñadora
que le inspira sutiles creaciones?
¿Qué le vale la cítara sonora,
si sus vagas románticas canciones
son errabundas melodías muertas
cuyo ritmo ideal, desvanecido,
no llega enamorado ante las puertas
de amante corazón y amante oído?
¡Qué artificio tan ruin le parecían
sus doradas cantatas amorosas,
muertas flores pomposas
con senos de papel que no tenían
polen fecundador ni olor de rosas!
¡Qué falsas vió pasar, qué mentirosas,
sus legiones de vírgenes sutiles,
sus engendros de gasas y vapores,

dislocadas bellezas femeniles
que brindaban estériles amores!
¡Cuán pobre poesía,
cuán helada, cuán pálida y vacía
aquella que brotaba
del cerebro genial que la creaba
y en estrofas de mármol la vertía!
¡Oh! por eso al romántico ingenioso,
aéreo soñador artificioso,
de otro vivir enamorado ahora
le invadió la nostalgia tentadora
del amor fructuoso,
nutrimiento del alma soñadora,
savia pujante del vivir brioso.
El amor que en el monte se reía,
y en la ermita rezaba agradecido,
y en el valle bailaba de alegría,
y al fuego del placer enardecido,
en ansias de vivir se derretía...
un amor fuerte y sano,
tan fecundo en promesas, tan humano
como el que en alas de esperanza ciega
iba cantando por aquel camino
la canción de la vida que se entrega
en los brazos fecundos del destino.
Si aquel amor su espíritu tocara,
sus entrañas de hombre sacudiera
y su mente de artista caldeara,

¡qué rica, qué sincera,
qué llena de vigor su poesía!
¡La helada realidad qué poco fría!
¡Qué sabrosa y feliz la vida fuera!
La música briosa sonaría
de sus nuevas canciones
á murmullos de plática vehemente,
y á fogoso latir de corazones,
y á rítmico alentar de pecho ardiente...
—¡Más, más! ¡Más todavía!
—gimió el poeta con doliente brío—:
¡Seré de una mujer, será ella mía
y aún no seré feliz!... ¡Más, más, Dios mío!...

III

¡El poeta era yo! Sentíme fuerte,
llena mi carne se sintió de vida,
lleno de fe mi corazón inerte,
llena de luz mi mente obscurecida...
¡Me alcé en la tumba y sacudí la muerte!
Y tornando á la ermita abandonada,
ya envuelta en la callada
tranquila y santa soledad serena
de la noche ideal de luna llena,

ante sus muros me postré de hinojos,
al alto ventanal iluminado
alcé mi corazón, alcé mis ojos,
y del fondo del pecho enamorado
me salió esta oración: «¡Virgen bendita!
no volveré á tu ermita
á rendirte misérrimos cantares,
á poner con los hielos de la mente
ofrendas de artificio en tus altares,
coronas de oropel sobre tu frente.
¡Volveré cuando traiga de la mano,
para rendirlo ante tus pies de hinojos,
un angelillo humano
que tenga azules, como Tú, los ojos...!»

LA VELA

I

La moza murió á la aurora
y el mozo no sabe nada,
que más temprano que el día
se levantó esta mañana,
y alma blanda y cuerpo recio
bregando están en la arada
con una pena muy honda,
con una tierra muy áspera.
  A ratos desmaya el cuerpo
y el alma á ratos desmaya,
y ya cuando al surco caen
aquellas gotas de agua,
no sabe el mozo de fijo
si son sudores ó lágrimas,
que si el alma mucho sufre
y el cuerpo mucho se afana,
ruedan en uno fundidos
jugos del cuerpo y del alma.

¡Qué tarde aquella más triste!
¡Las nubes son tan opacas!...
¡Están los campos tan mudos!...
¡Están las tierras tan pardas!...
Y la idea de la vida
¡es tan borrosa y tan vaga!
Parece que Dios se ha ido
del yermo que antes llenaba
y el alma se siente sola
en el centro de la nada.
¡Señor, que todo lo llenas!
¡Señor, que todo lo abarcas!
no dejes solo el terruño
y á tus edenes te vayas,
que en el terruño vivimos
con el pan de la esperanza
aquel gañán que perdiera
sus dichas esta mañana
y este hijo fiel que en el surco
con las alondras te canta!

II

¡Qué pobremente la entierran!
La llevan en unas andas
cuatro viejos que en el campo
por viejos ya no trabajan

y sólo siete mujeres
han podido acompañarla,
que al yugo de sus trabajos
están las gentes atadas.
  La marcha á veces suspenden
porque los viejos se cansan
y en el suelo depositan
la pesadísima carga
mientras el sudor se enjugan
de sus venerables calvas.
  Llegaron al camposanto
cuando aquel gañán llegaba
ya con el último surco
del camposanto á la tapia,
que araba el muchacho en tierras
al cementerio rayanas
porque en vida y en amores
piensa no más el que ama.
  Los bueyes humedecieron
la pobre musgosa tapia
con el largo resoplido
de la postrera parada;
y el mozo extático y mudo,
con ojos llenos de lágrimas,
vió turbiamente las luces,
vió turbiamente las andas,
y oyó el caer de la tierra,
y vió que se arrodillaban

los viejos y las mujeres
murmurando una plegaria...
Cayó el mozo de rodillas,
una mano en la aguijada,
otra mano en la mancera,
un dogal en la garganta,
y en el corazón un nudo,
y un mar de hiel en el alma.
—¡Ni una velita siquiera
que tengo para alumbrarla!—
así, con honda ironía,
dijo el gañán sin palabras.
Si hubiese alzado á los cielos
la triste turbia mirada
viera mansamente ardiendo
con trémula luz opaca
el aguijón que guarnece
la enhiesta recta aguijada...

MI VAQUERILLO

He dormido esta noche en el monte
con el niño que cuida mis vacas.
En el valle tendió para ambos
el rapaz su raquítica manta
¡y se quiso quitar—¡pobrecito!—
su blusilla y hacerme almohada!
Una noche solemne de Junio,
una noche de Junio muy clara!...
Los valles dormían,
los buhos cantaban,
sonaba un cencerro,
rumiaban las vacas...
y una luna de luz amorosa,
presidiendo la atmósfera diáfana,
inundaba los cielos tranquilos
de dulzuras sedantes y cálidas.

¡Qué noches, qué noches!
¡Qué horas, qué auras!
¡Para hacerse de acero los cuerpos!
¡Para hacerse de oro las almas!
Pero el niño ¡qué solo vivía!
¡Me daba una lástima
recordar que en los campos desiertos
tan solo pasaba
las noches de Junio
rutilantes, medrosas, calladas,
y las húmedas noches de Octubre,
cuando el aire menea las ramas,
y las noches del turbio Febrero,
tan negras, tan bravas,
con lobos y cárabos,
con vientos y aguas!...
¡Recordar que dormido pudieran
pisarlo las vacas,
morderle en los labios
horrendas tarántulas,
matarlo los lobos,
comerlo las águilas!...
¡Vaquerito mío!
¡Cuán amargo era el pan que te daba!
Yo tenía un hijito pequeño
—¡hijo de mi alma,
que jamás te dejé si tu madre
sobre ti no tendía sus alas!—

y si un hombre duro
le vendiera las cosas tan caras!...
Pero ¿qué van á hablar mis amores,
si el niñito que cuida mis vacas
también tiene padres
con tiernas entrañas?
He pasado con él esta noche,
y en las horas de más honda calma
me habló la conciencia
muy duras palabras...
Y le dije que sí, que era horrible...
que llorándolo el alma ya estaba.
El niño dormía
cara al cielo con plácida calma;
la luz de la luna
puro beso de madre le daba,
y el beso del padre
se lo puso mi boca en su cara!
Y le dije con voz de cariño
cuando vi clarear la mañana:
—¡Despierte mi mozo,
que ya viene el alba
y hay que hacer una lumbre muy grande
y un almuerzo muy rico... ¡levanta!
Tú te quedas luego
guardando las vacas
y á la noche te vas y las dejas...
¡San Antonio bendito las guarda!...

Y á tu madre á la noche la dices
que vaya á mi casa
porque ya eres grande
y te quiero aumentar la soldada...

¡ARA Y CANTA...!

I

LABRIEGO: ¿vas á la arada?
Pues dudo que haya otoñada
más grata y más placentera
para cantar la tonada
de la dulce sementera.

¿Qué has dicho? ¿Que el desgraciado
que pasa el eterno día
bregando tras un arado
jamás cantó de alegría
si alguna vez ha cantado?

Es una queja embustera
la que me acabas de dar.
¿No sabes que yo sé arar?
Pues déjame la mancera
y oye, que voy á cantar:

II

«Labriego poco paciente:
si crees que sólo tu frente
vierte copioso sudor
que sorbe innúmera gente,
sal de tu error, labrador.

Lo dice quien es tu hermano,
quien canta tu lucha brava,
lo dice quien por su mano
siega la mies en verano
y el huerto en invierno cava.

¿Qué sabes tú del tributo
que el mundo al trabajo rinde,
ni qué sabes de su fruto,
si no has traspuesto la linde
del terruño diminuto?

Si el mundo aquel te impusiera
yugos que impone al mejor,
pensaras que tu mancera,
si no es la más llevadera,
tampoco es la cruz mayor.

Te quema el sol del estío,
te azota el viento de Enero
y aguantas en el baldío
los hálitos del rocío
y el golpe del aguacero.

Dura y perenne es la brega,
que pide riegos la vega,
que pide rejas la arada,
que pide gentes la siega,
que el huerto espera la azada,

y es trabajoso el descuajo,
y abrumador el destajo,
y á veces nulo el afán...
¡Y tal vez es el trabajo
más duro que blando el pan

Todo es verdad, labrador;
pero en esos horizontes,
y en esas siembras en flor,
y en estos alegres montes,
¿no hay nada consolador?

¿Todo negro es tu destino?
¿Todo el vivir te envenena?
¿De abrojos horribles llena
todo el árido camino?
¿Toda ingrata es la faena?

¿No sabes tú, labrador,
que hay frente que el tiempo arruga
escaldada en un sudor
que sana brisa no enjuga
con soplo consolador?

¿Sabes que hay ojos que ciegan
laborando en la penumbra
mientras los tuyos se entregan
al piélago en que se anegan
de la luz que nos alumbra?

¿Sabes que ambientes malsanos,
si no venenos letales,
marchitan pechos humanos
con corazones leales
del tuyo dignos hermanos,

mientras tu pecho sanean,
y equilibran tus sentidos,
y tus sudores orean
ricas brisas que pasean
por estos campos floridos?

¿Quieres en un mundo verte
con bravas agitaciones,
con injurias de la suerte,
con bárbaras tentaciones
y duelos, sin sangre, á muerte?

¿Qué sirena engañadora
hasta aquí á decirte llega
que en la ciudad bullidora
ni se reza, ni se llora,
ni se sufre, ni se brega?

¿Qué espíritu engañador
ó torpe decirte quiso:
«¡Llora y suda, labrador,
que el mundo es un paraíso
regado con tu sudor?»

Fuera más útil y honrado
decirte quién ha arrancado
de las entrañas de un cerro
este pedazo de hierro
de la reja de tu arado.

Decirte que hornos ardientes
fundieron humanas frentes
cuando este hierro ablandaron
y que en su masa cuajaron
sudores de hermanas gentes.

Ara tranquilo, labriego,
y piensa que no tan ciego
fué tu destino contigo,
que el campo es un buen amigo
y es dulce miel su sosiego,

y es salud el puro día,
y estas bregas son vigor,
y este ambiente es armonía,
y esta lùz es alegría...
¡Ara y canta, labrador!»

LA CIEGA

I

Los ojazos más llenos de amores
eran los de Rosa,
que irradiaban envuelta en fulgores
honda sed de vivir querenciosa.

Yo no sé de las dos cuál sería
pena más doliente:
porque Rosa quedó ciega un día,
la dejó de querer su Vicente.

No fué objeto el galán que olvidaba
de extraños enojos,
porque el mundo entendió que adoraba
la negrura y la luz de unos ojos,

y los soles que él viera tan francos
al amor abiertos,
se quedaron inertes y blancos,
como siempre se quedan los muertos.

Al rincón de lo inútil de casa
sentóse la ciega,
á esperar una muerte que pasa
si el dolor con la vida le ruega;

que en dejar se complace sangrando
y á medias su obra,
el consuelo mejor alejando
del rincón donde está lo que sobra.

Y en lugar de la muerte, entró un día
una voz humana,
que en la calle de Rosa decía:
—Pues Vicente se casa con Juana.—

Y la ciega sintió más intensa
la triste negrura,
porque no hay nube negra más densa
que una nube de horrible amargura.

II

—¡Hermanito! ¡Clemente! ¡Clemente!
—¿Qué quieres, hermana?
—Yo te juro que adoro á Vicente
y que no quiero mal á la Juana...

¡Que me creas!...
—Que sí te lo creo;
mas... deja esas cosas...
—Yo te juro no es mi deseo
recrearme en venganzas odiosas...

¡Que me creas, Clemente!
—Sí, hija;
¡si sé que eres buena!
pero no quiero yo que te aflija
semejante recuerdo de pena.

—No es venganza; mas, óyeme, hijo...
—¿Qué quieres, hermana?
—Ven más cerca, más cerca...
—y le dijo—:
¡Que le saques los ojos á Juana!...

EL RAMO

Y qué quieres, Sebastián?
—Pues unos cantares, amo.
—¿Para Luciana serán?...
—Son para cantarle el ramo
de la noche de San Juan.

—Bueno; pues dile á Luciana
que atienda y se ponga ufana
si en la canción se conoce,
y aquella noche, á las doce,
le cantas á la ventana:

«Te traigo un ramo de flores
del huerto de mis amores
para adornarte la reja,
del huerto de mis mayores
te traigo mieles de abeja;

y amor y trabajo unidos,
cantando regalarán,
tus oídos
en la noche de San Juan.»

«¡Si tú supieras, Luciana,
qué triste he pasado el día!...
Fué tan larga la mañana,
tan larga la tarde vana,
que yo á las dos las decía:
—Si no acabáis de esconderos,
¿cuándo su luz me darán
los luceros
de la noche de San Juan?»

«Me dice nuestro querer
que aquel gozar de mañana
más hondo que éste ha de ser...
Perdone el amor, Luciana,
que no lo pudo creer.
¿Quién midió la dicha honda
que inspira al pobre galán
esta ronda
de la noche de San Juan?»

—«Casta cual noche de estío;
cual la hormiga, vividora;
pura, cual puro rocío;

risueña, como la aurora...
¡Así ha de ser, hijo mío!...
Y se oían concertadas
—olas que vienen y van—
las tonadas
de la noche de San Juan.»

«Antes que amores sintiera
cantaba yo el esquileo,
cantaba la barbechera,
la plácida sementera
y el codicioso acarreo.
Y nunca aprendí estos sones,
porque no eran las del pan
las canciones
de la noche de San Juan.»

«Tranquilo te vi crecer,
mas no sé con qué ilusión
te pude más tarde ver,
que díjome el corazon:
—¡Es la soñada mujer!
Y á un lado viejos pensares,
dime á aprender con afán
los cantares
de la noche de San Juan.»

«Te dije triste y sincero:
—Soy un pobre jornalero,

pero te tengo un querer!...
—También soy pobre y te quiero,—
me hubiste de responder.
Y aquel año de alegrías
ya cantó el pobre gañán
melodías
de la noche de San Juan.»

«Si te pudiera pintar
unas ansias de querer
en que ahora me siento ahogar
y unas ganas de llorar
que tengo al amanecer...
¡Ay! á encenderlas volvieras,
cuando apagándose van
las hogueras
de la noche de San Juan.»

«Mas oye: vengan los días
de nuevas felicidades
y de nuevas alegrías.
Si amor promete ambrosías,
juremos fidelidades,
que cuantos años vivamos
las hojas revivirán
de estos ramos
de la noche de San Juan.»

II

—Pero ¿lloras? Sebastián.
—Yo no sé qué es esto, amo...
—Pues lágrimas que se van...
¡Sé muy bien lo que es el ramo
de la noche de San Juan!...

LA FLOR DEL ESPINO

I

El padre es un tosco
labriego fornido,
áspero y belludo
gigante broncíneo.
¡La madre, una hembra
con hombrunos bríos,
desgarradas formas,
groseros aliños.
¡Y ved el misterio!...
La niña ha nacido
pequeñita y blanca
como flor de espino.
¡La teta es tan grande
como el angelito!
Parecen el bronce
y el mármol unidos.
Me da mucha pena
que aquel hociquillo

tan tierno, tan puro,
tan fresco, tan rico,
toque el pezón negro
del pechazo henchido.
  Y siento una lástima
y un miedo y un frío
cuando el gigantesco
labriego fornido
coge en sus manazas
aquel cuerpecito
blanco como el mármol,
tierno como un lirio!...
  Como es tan pequeño,
tan blando, tan fino,
temo que las zarpas
del león broncíneo
lo hieran, lo quiebren...
¡Me da miedo y frío!
  Y luego, qué ira
cuando le hace mimos
con aquellos dedos
callosos y heridos
y cuando le pone
con brutal cariño
los labiazos ásperos
sobre el hociquillo
que parece un fresco
clavel con rocío!...

II

¡Eran aprensiones!
después lo he sabido.
El pezón negruzco
del pechazo henchido
no mancha los labios
de los angelitos.
Es moreno y tosco,
¡pero está tan tibio!...
¡Tan tibia y tan pura
derrama en hilillos
la leche purísima
del pechazo henchido,
que ¡pobre de aquella
flor blanca de espino
sin ese venero
de vida tan rico!
Por eso aquel ángel
lo quiere tantísimo
que, cuando se aparta
cansado y ahito
del pezón moreno
rebosante y tibio,
lo mira y sonríe,
le quiere hacer mimos,

lo dobla y lo estruja
con el hociquillo,
lo coge y lo suelta,
le da golpecitos
y poquito á poco
se queda dormido
de hartura y de gusto
junto al calorcillo!...
  Ni aquellas manazas
del padre sombrío
lastiman al ángel...
¡Ya lo he comprendido!
¿Qué es lo que no torna
suave el cariño?
  Cogerá á su hija
como yo á mi hijo,
que dice su madre
cuando se lo quito
desnudo del halda
para hacerle mimos:
  —Me da gusto verte
levantar al niño,
porque lo levantas
lo mismo, lo mismo
que los sacerdotes
el Cuerpo de Cristo!

III

Eran aprensiones
¡ya lo he comprendido!
Mas queda el enigma
recóndito, vivo...
El hombre es velloso,
grosero, cetrino;
la madre es hombruna,
de ceños sombríos;
la débil niñita
¿por qué habrá nacido
blanca como el mármol,
tierna como el lirio?
Pues es un misterio
lo mismo, lo mismo
que el que nos ofrece
la flor del espino...

¡POR QUÉ!...

Aquella flor anónima
de pétalos iguales
que sola está en el páramo
de grises pizarrales,
¿por qué ha nacido allí?
  Y aquella moza rústica
que á ser esclava aspira
de aquel pastor selvático
que huraño y torvo mira,
¿por qué lo adora así?

  ¿Por qué mete el cernícalo
su nido en la hendidura
y el colorín minúsculo
lo guarda en la espesura
del viejo carrascal?

¿Por qué las oropéndolas
lo cuelgan del encino
y aquellos otros pájaros
sotiérranlo en el fino
tapiz del arenal?

¿Por qué á la loba escuálida
creó Naturaleza
vecina de la tórtola
que arrulla en la maleza
la calma del cubil?
¿Por qué son hermosísimos
los blancos recentales,
por qué tan torvos y hórridos,
por qué tan desleales
la hiena y el reptil?

¿Por qué vivirá errático
sin nido el necio cuco;
por qué será el polícromo
vistoso avejaruco
tan áspero cantor?
¿Por qué de dulce música
tesoro tal Dios guarda
para el pardillo mísero,
para la alondra parda
y el pardo ruiseñor?

¿Por qué destila bálsamos
el mísero cantueso
que vive en las estériles
calvicies de aquel teso
paupérrimo vivir?
¿Por qué las pomposísimas
peonías fastuosas
producen esas fétidas
grasientas grandes rosas
de enfático vestir?

¿Por qué vierten las víboras
ponzoñas dañadoras?
¿Por qué las beneméritas
abejas labradoras
producen rica miel?
¿Por qué si bajan límpidas
á un labio que sonría
las gratas puras lágrimas
que arrancan la alegría
también saben á hiel?

¡Por qué!... Curioso espíritu,
no quieras indagarlo,
ni en tristes secas fórmulas
pretendas encerrarlo
si no quieres llorar.

Misterios que sois únicos
divinos bebederos
de encantos sabrosísimos:
¡tocaros es perderos!
¡viviros es gozar!

AMOR

La muerte con sus soplos heladores
apagó unos amores
que fueron viva y rutilante llama;
y la copa de hiel de mis dolores
me hizo decir: «¡Feliz el que no ama!»
Y huí cobardemente,
vertiendo sangre de la abierta herida,
en busca de un rincón—¡pobre demente—
donde no hubiera amor y hubiera vida.

En un repliegue de la sierra brava
la pobre choza del pastor estaba,
y del rústico albergue en los umbrales
una pobre mujer canturreaba
dulcísimas tonadas guturales.
Un angelillo humano,
que estatuilla de bronce parecía,
fruto de sierra vigoroso y sano,

escuchaba el salvaje canto llano
de la ruda mujer y se dormía...
Y un hombre gigantesco, otra escultura
de faz de bronce y de mirada dura,
un solitario de la sierra brava,
un hijo de los riscos,
con traje de pellejo que exhalaba
efluvios de varón y olor de apriscos,
al niño embebecido contemplaba;
y de sus ojos el mirar ceñudo,
á medida que plácido se hundía
en aquel idolillo hermoso y rudo,
se iba quedando ante el amor desnudo
y en caricia ideal se convertía...
¡Era un nido de amores
la choza de los rústicos pastores!

En la cumbre del páramo vacío
vi la fábrica ingente de un convento
y á acogerme corrí dentro el sombrío
grandioso monumento.
Y en las penumbras vanas
de sus místicas cárceles obscuras,
una legión de vírgenes humanas,
blanca bandada de palomas puras,
los ojos elevando á las alturas,
que sus castas miradas atraían,

con plañideras voces temblorosas
cantaban y decían:
—¡Jesús! ¡Jesús!... ¡Te adoran tus Esposas!
¡Tus Esposas te adoran!...—repetían.

Crucé meditabundo
la llanura monótona y desierta...
un pedazo de mundo
donde la vida se imagina muerta.
Era un silencio como el mar profundo,
era un ambiente de infinita calma,
era un dogal para la asfixia hecho,
era una pena que mataba el alma,
era una angustia que mataba el pecho.
Sólo en la lejanía
un minúsculo punto se movía...
tal vez un hombre que escapó al desierto,
cobarde como yo, y allí vivía,
porque todo en redor estaba muerto.
Busqué su compañía,
como un marino derrotado el puerto;
era un gañán que araba
la tierra fértil de la gris llanura
que yo me imaginaba
páramo estéril, infecunda grava,
polvo de sepultura...
Y con una tristísima dulzura
que convidaba á padecer dolores,

vibró la voz del rudo campesino
y este cantar de amores
llevó la brisa hasta el lugar vecino:

«Te quiero más que á mi vida,
más que á mi padre y mi madre,
y si no fuera pecado,
más que á la Virgen del Carmen.»

—¡Aquí no hablan de amor!—dije á las puertas
del de los muertos olvidado asilo:
y por sus calles, frías y desiertas,
triste vagué, pero vagué tranquilo.
Y en losas sepulcrales,
y en coronas, y en urnas funerales,
y en criptas que guardaban los despojos
de olvidados mortales,
«¡Amor, amor, amor!», leían mis ojos.
—¡Mentira!—dije—. ¡Soledad y olvido!
Los vivos, ¿dónde están? ¡Están viviendo!...
Y de allá, del rincón más escondido,
¡trajo el aire un acento dolorido
de humano pecho que se abrió gimiendo!
Era una pobre anciana que tenía
calentura de amor con desvarío,
y ante un sepulcro frío,
temblando de dolor, así decía:
—No estás solo, hijo mío!
¡Te acompaña el dolor del alma mía!

Pasé después por la gentil pradera
y vi las dulces retozonas luchas
del ternero precoz con la ternera,
y en la fría corriente regadera
vi los saltos nerviosos de las truchas,
y rasando los prados amarillos
unidas vi volar dos mariposas,
y de floridas zarzas espinosas,
posados en los móviles arquillos,
abiertos los piquillos
y tendidas las alas temblorosas,
volaban, sin volar, los pajarillos...
y las brisas errantes que pasaban
en sus alas llevaban
ritmos de vida, música de amores,
aromas de salud, polen de flores...
¡Yo me embriagué! Las puertas del sentido
y del alma las puertas,
torné á poner frente al vivir abiertas,
llamé al amor y me entregué rendido.
Y la sombra querida
que en el sepulcro abandoné en mi huída,
surgiendo luminosa,
surgiendo agradecida,
me dijo que el amor era la cosa
más bella de la vida;
me dijo que el amor era más fuerte,
más grande que la muerte;

me dijo que las almas que se adoran
el roto lazo de su unión no lloran,
porque el beso ideal de la constancia
se lo dan á través de los abismos
de la tumba, del tiempo y la distancia;
me dijo que la vida en el desierto
es cobarde vivir de un vivo muerto;
me dijo que á lo largo del camino
de un hondo amor á quien hirió el destino
las penas son ternura,
las nostalgias del bien son poesía,
las lágrimas tranquilas son dulzura,
la soledad del alma es compañía...
  Y me dijo también: «La vida es bella;
si en ella descubrieses, tras mi huella,
la honda belleza de que está nutrida
y me quieres amar... ama la vida,
que á Dios y á mí nos amarás en ella.»

IDILIO

La pulida paverilla
—¡un capullo de amapola!—
huelga con el paverillo
en la linde de la hoja.
La pavada anda buscando
hormiguitas y langosta
en los cercanos baldíos,
que no tienen otra cosa.
Sentada está la pavera
del lindón sobre la alfombra,
y el pavero de rodillas,
como adoran los que adoran.
Ella ha juntado en el halda,
donde los tallos les corta,
un montón de bien cerrados
capullitos de amapola.
Sin romperlo en sus dedillos
uno coge cuidadosa

y se lo muestra al muchacho
preguntando:—¿Fraile ó monja?—
Y esperando se le queda
¡más picaresca y más mona!...
El capullo será fraile
si tiene rojas las hojas,
pero si las tiene blancas,
el capullo será monja.
Y extático el paverillo,
con ojazos que interrogan,
contempla el misterio, y duda,
y se agita, y se emociona,
y mira luego á la niña
que lo apremia, que lo azora,
y lleno del hondo pánico
que presiente la derrota,
se lanza á dar la respuesta
como el que á morir se arroja.
Y apenas ha dicho—¡Fraile!—
con la voz un poco ronca,
rompe la niña el capullo
y exclama entre risas:—¡Monja!—
y apenas ha dicho el niño
—¡Monja!—con voz temblorosa,
—¡Fraile!—le grita riéndose
la paverilla burlona...
¡Está más torpe el muchacho!...
¡La niña tanto lo azora!...

¡Y luego, es tan misterioso
un capullo de amapola!...
¡Como que yo no diría
jamás ni fraile ni monja!...

ELEGIA

I

No fué una reina
de las Españas,
fué la alegría
de una majada.
Trece años cumple
para la Pascua
la cabrerilla
de Casablanca.
Su pobre madre
sola la manda
todas las tardes
á la majada.
Lleva ropillas,
lleva viandas
y trae jugosa
leche de cabras.

Vuelve de noche,
porque es muy larga,
porque es muy dura
la caminada
para un asnillo
que apenas anda.
¡Qué miedo lleva!
Pero lo espanta
con el sonido
de sus tonadas.
Canta con miedo,
de miedo canta.
¡Son tan profundas
las hondonadas
y tan espesas
todas las matas!...
¡Son tan horribles
las noches malas,
cuando errabundas
aullando vagan
lobas paridas
por las cañadas
con unos ojos
como las brasas!...
Son tan medrosas
las noches claras,
cuando en los charcos
cantan las ranas,

cuando los buhos
ocultos graznan,
cuando hacen sombra
todas las matas
y se menean
todas las ramas!...
Los viejos hombres
de la majada
la quieren mucho
porque es tan guapa,
porque es tan buena,
porque es tan sabia.
Pero á un despierto
zagal de cabras,
que cumple trece
para la Pascua,
no sé con ella
lo que le pasa,
que algunas veces,
al contemplarla,
se pone trémula
su barba pálida
y entre sus párpados
tiemblan dos lágrimas...
Nadie ha sabido
que la regala
dijes y cruces
de Alcaravaca

de bien pulido
cuerno de cabra.
Cuando ella viene
con la vianda
¡le da más gusto!...
¡Le da más ansia,
le da más pena
cuando se marcha!...
¡Como que toda
la noche pasa
llorando quedo
sobre la manta
sin que lo sepan
en la majada!

II

¡Ay, pobre madre,
cómo gritaba,
despavorida,
desmelenada!
¡Ay, los cabreros
cómo lloraban,
apostrofando,
ciegos de rabia!

¡Cómo corrían
y golpeaban
con los cayados
peñas y matas!
¡Y eran muy pocas
todas las lágrimas
que de los ojos
se derrumbaran!
¡Y eran pequeñas
todas las ansias
y las torturas
de las entrañas!
¿Quién nunca ha visto
desdicha tanta?
¡La cabrerilla
de Casablanca
por fieros lobos
¡ay! devorada!
Sangre en las peñas,
sangre en las matas,
¡la virgencita,
desbaratada!
todo en pedazos
sobre la grava:
los huesecitos
que blanqueaban,
la cabellera
presa en las matas,

rota en mechones
y ensangrentada...
Los zapatitos,
las pobres sayas
todas revueltas
y desgarradas!...
   Loca la madre,
que miedo daba
de ver los rayos
de sus miradas,
de oir los timbres
de sus palabras,
y el cabrerillo
de la majada
mudo y atónito
tremiendo estaba
con los ojazos
llenos de lágrimas,
despavorido
como zorzala
de un aguilucho
presa en las garras.
¿Cómo los árboles
no se desgajan?
¿Cómo las peñas
no se quebrantan,
y no se enturbian
las fuentes claras

y no ennegrecen
las nubes blancas?
Ya vienen hombres
con unas andas,
con unos paños,
con una sábana;
los despojitos
en ella guardan
y se los llevan
á Casablanca.
  Y al cabrerillo
nadie lo llama,
pero él camina
tras de las andas
mirando á todos
con la mirada
de herido pájaro
que en torno vaga
de los verdugos
que le arrebatan
el dulce nido
donde habitaba.
  ¡Ay, virgencita
de Casablanca!
¡Ay, cabrerillo
de la majada!

III

Su padre silba,
su padre llama,
porque el muchacho
deja las cabras
junto á las siembras
abandonadas
y en los jarales
oculto pasa
tardes enteras,
largas mañanas...
¿Qué es lo que hace?
¿Por qué se guarda?
Pues es que á solas
las horas pasa,
pule que pule,
taja que taja,
llora que llora,
ciego de lágrimas...
que dos veneras
finas prepara
de bien pulido
cuerno de cabra,
porque una noche
quiere llevarlas
al camposanto
de Casablanca...

LOS PASTORES DE MI ABUELO

I

He dormido en la majada sobre un lecho de lentiscos
embriagado por el vaho de los húmedos apriscos
y arrullado por murmullos de mansísimo rumiar;
He comido pan sabroso con entrañas de carnero
que guisaron los pastores en blanquísimo caldero
suspendido de las llares sobre el fuego del hogar.

Y al arrullo soñoliento de monótonos hervores,
he charlado largamente con los rústicos pastores
y he buscado en sus sentires algo bello que decir...
¡Ya se han ido, ya se han ido! Ya no encuentro en la co-
los pastores de mi abuelo, que era un viejo patriarca [marca
con pastores y vaqueros que rimaban el vivir!

Se acabaron para siempre los selváticos juglares
que alegraban las majadas con historias y cantares
y romances peregrinos de muchísimo sabor.
Para siempre se acabaron los ingenuos narradores
de las trágicas leyendas de fantásticos amores
y contiendas fabulosas de los hombres del honor.

¡Ya se han ido, ya se han ido! Los que habitan sus ma-
ya no riman, ya no cantan villancicos y tonadas [jadas
y fantásticas leyendas que encantaban mi niñez.
Han perdido los vigores y las vírgenes frescuras
de los cuerpos y las almas que bebieron aguas puras
de veneros naturales de exquisita limpidez.

¡Ya no riman, ya no cantan! Ya no piden al viajero
que les cuente la leyenda del gentil aventurero,
la princesa encarcelada y el enano encantador.
Ya no piden aquel cuento de la azada y el tesoro,
ni la historia fabulosa de la guerra con el moro,
ni el romance tierno y bello de la Virgen y el pastor.

¡He dormido en la majada! Blasfemaban los pastores
maldiciendo la fortuna de los amos y señores
que habitaban los palacios de la mágica ciudad;
y gruñían rencorosos como perros amarrados
venteando los placeres y blandiendo los cayados
que heredaron de otros hombres como cetros de la paz.

II

Yo quisiera que tornaran á mis chozas y casetas
las estirpes patriarcales de selváticos poetas,
tañedores montesinos de la gaita y el rabel,
que mis campos empapaban en la intensa melodía
de una música primera que en los senos se fundía
de silencios transparentes, más sabrosos que la miel.

Una música tan virgen como el aura de mis montes,
tan serena como el cielo de sus amplios horizontes,
tan ingenua como el alma del artista montaraz,
tan sonora como el viento de las tardes abrileñas,
ten süave como el paso de las aguas ribereñas,
tan tranquila como el curso de las horas de la paz.

Una música fundida con balidos de corderos,
con arrullos de palomas y mugidos de terneros,
con chasquidos de la honda del vaquero silbador,
con rodar de regatillos entre peñas y zarzales,
con zumbidos de cencerros y cantares de zagales
¡de precoces zagalillos que barruntan ya el amor!

Una música que dice cómo suenan en los chozos
las sentencias de los viejos y las risas de los mozos,
y el silencio de las noches en la inmensa soledad,
y el hervir de los calderos en las lumbres pavorosas,
y el llover de los abismos en las noches tenebrosas,
y el ladrar de los mastines en la densa obscuridad.

Yo quisiera que la musa de la gente campesina
no duermiese en las entrañas de la vieja hueca encina
donde, herida por los tiempos, hosca y brava se encerró.
Yo quisiera que las puntas de sus alas vigorosas
nuevamente restallaran en las frentes tenebrosas
de esta raza cuya sangre la codicia envenenó.

Yo quisiera que encubriese las zamarras de pellejo
pechos fuertes con ingenuos corazones de oro viejo
penetrados de la calma de la vida montaraz.
Yo quisiera que en el culto de los montes abrevados,
sacerdotes de los montes, ostentaran sus cayados
como símbolos de un culto, como cetros de la paz.

Yo quisiera que vagase por los rústicos asilos,
no la casta fabulosa de fantásticos Batilos
que jamás en las majadas de mis montes habitó,
sino aquella casta de hombres vigorosos y severos,
más leales que mastines, más sencillos que corderos,
más esquivos que lobatos, ¡más poetas ¡ay! que yo!

¡Más poetas! Los que miran silenciosos hacia Oriente
y saludan á la aurora con la estrofa balbuciente
que derraman, sin saberlo, de la gaita pastoril,
son los hijos naturales de la musa campesina
que les dicta mansamente la tonada matutina
con que sienten las auroras del sereno mes de Abril.

¡Más poetas, más poetas! Los artistas inconscientes
que se sientan por las tardes en las peñas eminentes
y modulan, sin quererlo, melancólico cantar,
son las almas empapadas en la rica poesía
melancólica y süave que destila la agonía
dolorida y perezosa de la luz crepuscular.

¡Más poetas, más poetas! Los que riman sus sentires
cuando dentro de las almas cristalizan en decires
que en los senos de los campos se derraman sin querer,
son los hijos elegidos que desnudos amamanta
la pujante brava musa que al oído sólo canta
las sinceras efusiones del dolor y del placer.

¡Más poetas! Los que viven la feliz monotonía
sin frenéticos espasmos de placer y de alegría
de los cuales las enfermas pobres almas van en pos,
han saltado, sin saberlo, sobre todas las alturas
y serenos van cantando por las plácidas llanuras
de la vida humilde y fuerte que cantando va hacia Dios.

¡Que reviva, que rebulla por mis chozos y casetas
la castiza vieja raza de selváticos poetas
que la vida buena vieron y rimaron el vivir!
¡Que repueblen las campiñas de la clásica comarca
los pastores y vaqueros de mi abuelo el patriarca
que con ellos tuvo un día la fortuna de morir!

TRADICIONAL

El huerto que heredé de mis mayores
no tiene bellas flores
de efímero vivir ni tenues frondas;
tiene hiedra sagrada
de hojas perennes y raíces hondas;
fresca niñez y ancianidad honrada.
Una bíblica higuera
lo llena todo con su copa obscura,
y una fuente con rica regadera,
que música me da, le da frescura.
Lo poco que en el mundo me ha quedado
lo tengo en este huerto,
siempre al estruendo mundanal cerrado,
siempre á la voz de mi sentir abierto.
En medio está enclavado
del árido desierto,

triste vivienda de la grey humana
que duda de la tierra prometida,
cada vez más lejana,
cada vez hacia Oriente más hundida...
Yo, cuando el sol del arenal me ciega
y en fuerza de mirar siento borrosa
la visión luminosa
donde parece que jamás se llega...
cuando el sudor anega
mis doloridos empañados ojos,
cuando me hieren los aceros fríos
de punzantes abrojos,
cuando me azotan los hermanos míos
que me encuentro de frente en el desierto,
vertiendo sangre á ríos
y lágrimas á mares, torno al huerto.
Mi madre se sentaba en esta piedra,
que coronó de hiedra
la mano santa de mi santa madre...
Fué un altar al amor en roca dura
con dosel de verdura,
trono de patriarca con mi padre
y urna de santa con mi madre pura.
Ya está solo el edén. Todo es desierto.
Detrás de mis santísimos ancianos
saliendo han ido del sagrado huerto
mis amantes dulcísimos hermanos...
¡Los he visto morir, y yo no he muerto!

Jamás he comprendido
por qué Dios ha querido
que el vástago más ruin y débil sea
el último habitante de este nido.
Querrá Dios encerrarme
tal vez para ganarme,
porque en estas sagradas espesuras
donde pasos al cielo son los días,
yo no puedo sentir cosas impuras,
yo no puedo soñar cosas impías.
He nacido en amenas
castizas y santísimas comarcas,
y corre por mis venas
sangre de venerables patriarcas
que me legaron enseñanzas buenas,
huerto, escudo solar y oro en sus arcas.
Mas, en mi estéril soledad hundido,
Amor me ha visitado, Amor me ha herido,
y hervor de sangre que mi cuerpo inunda
dice que no he nacido
para morir estéril junto al nido
de una raza fecunda.
Dondequiera que estés, mujer hermosa,
predestinada esposa
que merezcas posar aquí tu planta,
que merezcas sentarte en esa piedra
que coronó de hiedra
la mano de una santa,

ven al huerto querido,
y á la sombra de Dios, Padre del mundo,
pondremos cama nueva al viejo nido
que mi sangre y mi Dios quieren fecundo.
El cielo todavía
no ha otorgado á mis ojos el consuelo
de beber tu hermosura ¡oh, virgen mía!;
pero te adoro en el azul del cielo,
y en el tranquilo resbalar del día,
y en el silencio de la noche obscura,
y en la quietud del huerto sosegado,
y en el recuerdo de la gente pura
que me lo hizo sagrado.
Te adoro en la memoria
de aquella santa de sencilla historia
que la tierra del huerto que he heredado
santificó con su adorable planta
y el dulce ambiente nos dejó inundado
de perfumes de santa.
Ven, casta virgen, al reclamo amigo
de un alma de hombre que te espera ansiosa
porque presiente que vendrán contigo
el pudor de la virgen candorosa,
la gravedad de la mujer cristiana,
el casto amor de la leal esposa
y el pecho maternal que juntos mana
leche y amor para la prole sana
que á Dios le place alegre y numerosa.

¡Dios que lo escuchas! acelera el día,
porque es tu sol incubador y hermoso,
y la noche es estéril y sombría,
la vida breve, el corazón fogoso,
sensible el alma mía,
soberano el Amor y fructuoso
y Tú eres Padre del inmenso mundo
é hijo yo soy del mundo vigoroso
que te plugo crear grande y fecundo.
Alegra mi desierto
con ruido de vivir cuyo concierto
pueda sonarte á coro de angelillos...
Ya ves que entre las hiedras encubierto
hay un nido minúsculo en mi huerto
con siete pajarillos...

AMOR DE MADRE

I

Antes de que el poeta alce su canto
á un santo amor á quien le debe tanto
dejad que el hijo, que lo santo siente,
comience haciendo, con respeto santo,
la señal de la cruz sobre su frente.
Siempre la sello con el signo eterno
cuando al borde me inclino
del mar inmenso del amor divino
ó del torrente del amor materno.
La cuerda del laúd, ruda y bravía,
que los canta con mísera armonía,
debiera ser al llamamiento muda,
porque la mano que la pulsa es mía,
porque la cuerda que responde es ruda,
y el salmo santo de las cosas santas
debe bajar de alturas celestiales
con letra de seráficas gargantas
y acentos de laúdes edeniales.

Por eso, cuando canto,
con pálido decir y acento obscuro,
el amor de aquel Dios, tres veces santo,
ó el de aquella mujer tres veces puro...;
cuando hallar he creído
con mi canción el amoroso emblema
y la recito de esperanza henchido,
me desgarran el alma y el oído
las míseras estrofas del poema;
rompo el laúd, que acompañó mi canto,
y digo con la voz de la amargura:
¡Señor á quien soñé: Tú eres más santo!
¡Mujer de quien nací: tú eres más pura!

II

La he visto arrodillada
junto á la cuna del enfermo hijo,
fija en el ángel la febril mirada
y en Dios cremente el pensamiento fijo.
La carita de nácar y de rosa
era un montón de podredumbre horrendo
que la zarpa asquerosa
de horrible enfermedad iba pudriendo.
Pero la mano valerosa y fuerte

de la amorosa madre dolorida
daba un toque de vida
sobre cada mordisco de la muerte;
y aquella ardiente boca
de la sublime enamorada loca,
que respiraba lumbre
de amorosa materna calentura,
besaba la espantosa podredumbre
con locos arrebatos de ternura...

Sudor vertiendo y devorando hieles,
yo la ví resignada,
al yugo de las bregas más crueles
como una res atada.
La vi en el crudo y frío,
turbio y callado amanecer de Enero,
yerta junto al helado lavadero
en las gélidas márgenes del río.
Hacia el bosque sombrío
la vi subir por los barrancos rojos;
la vi bajar de las agrestes faldas,
desgarrando sus plantas los abrojos,
desgarrando la leña sus espaldas...
y en la espinosa vía
que sube y baja de las agrias cuestas,
yo la he visto caer, como caía
Cristo divino con la cruz á cuestas.

Yo la he visto dejar su pobre casa
cuando Julio cruel ciega los ojos,
bruñe los cielos y la tierra abrasa,
y, en los ardientes áridos rastrojos,
disputando su presa á las hormigas,
yo la he visto buscar unas espigas
perdidas entre sábanas de abrojos.
Yo la he visto cargada,
camino de la vega, con la azada,
delante de un verdugo
que á la humana legión desheredada
disputaba á pellizcos un mendrugo;
y en el hijito el pensamiento fijo,
iba la mártir amarrada al yugo,
pues sólo de su sangre con el jugo
la mártir amasaba el pan del hijo.

Yo la he visto bajar á los fangales
donde el hijo infeliz se revolcaba,
donde las alas de su amor manchaba
con el lodo de amores criminales.
Era una noche brava,
sin luz y brava, como el alma loca
de aquel hijo perdido,
que al antro infame á derramar á ido
baba de impío de la torpe boca,
fango de amor del corazón podrido...

una noche de aquellas
en que, al verse tal vez más ofendido,
vela Dios las estrellas,
y no le queda al hombre
otra luz que el fulgor de las centellas
y el de la fe en el nombre
del Dios que vibra justiciero en ellas...
Noches para el hogar, que nadie sabe
si en una de ellas estará dispuesto
que el mundo frágil espantado acabe,
y, del naufragio en el momento grave,
el que no esté en su hogar no está en su puesto.
Y, en una de esas de terrores llenas,
noches que zumban como el mar airado,
el látigo de acero de las penas
echó á la madre de su hogar honrado.
Al hijo desmandado
iba á llamar con doloroso acento
al antro tenebroso donde, hambriento,
encueva sus miserias el pecado.
Detúvose á la puerta,
muerta de angustias y de espanto muerta;
zumbaba loca la feroz orgía,
botaba la borrasca en las alturas,
y otra más brava, sin rugir, vertía
sobre el alma turbiones de amarguras.
El coro de las bestias blasfemaba,
vibraba el antro, el huracán mugía,

Dios relampagueaba
y la vieja infeliz se estremecía.
   Estaba oyendo en el feroz concierto
del hondo lupanar, negro y abierto,
la loca voz del réprobo querido...
¡Fuera menos dolor llorarlo muerto
que llorarlo perdido!
Y, acurrucada en la calleja obscura,
como una pordiosera,
transida de dolor, con calentura,
con frío de terror y faz de cera,
parecía, velando en la negrura,
la muda estatua del amor que espera
la santa redención de un alma impura.
Salieron de repente
del tenebroso lupanar rugiente
dos hombres ebrios, de mirada loca,
que en la calle pararon frente á frente,
la blasfemia en la boca
y en la mano el cuchillo reluciente...
Una sola embestida,
un opaco rugido maldiciente,
el estruendo mortal de una caída
y un sordo surtidor de sangre hirviente
brotando por la boca de una herida...
   Y otro grito vibrante,
plañidero, feroz, dilacerante,
del pecho débil de la madre fuerte,

detuvo al asesino en el instante
de blandir otra vez el humeante
fino puñal sobre el rival inerte.
Antes ebrio de vino,
antes ebrio de rabia vengadora,
y ebrio de sangre ahora,
el bárbaro asesino,
con la más espantosa de las sañas,
alza el puñal que ensangrentado oprime
y lo hunde en las entrañas
llenas de amor de la mujer sublime,
y, al caer la heroína sobre el hijo,
que en el charco de sangre agonizaba,
—¡Hijo del alma!—dijo,
con voz de mártir que á perdón sonaba.
. . . .

La sangre de la débil ancianita,
cayendo sobre el pecho palpitante
del hijo agonizante,
como lluvia bendita,
corrió caliente hacia la herida abierta,
y el rojo raudalillo desatado
que abierta halló del corazón la puerta,
inundó el corazón del hijo amado.
Las pupilas cuajadas
de la víctima inerte,
cargadas de dolor, de amor cargadas,

hundieron en el cielo sus miradas.
¡Y en él hundidas las dejó la muerte.

. . . .

Brillaban las estrellas cual topacios
en el húmedo azul de los espacios,
que el soplo del Señor limpió de nubes;
la borrasca pasó; reinó la calma,
y, en su augusto callar, oyó mi alma
que una gentil tropilla de querubes
ante las puertas de oro
del alcázar de Dios cantaba á coro:
—¡Señor, Señor! En el humano suelo
de tu amor una chispa aún ha quedado,
que el alma de una madre trae al Cielo
la de un hijo infeliz regenerado...»

. . . .

Más sublime te he visto
cuando salvas ¡oh amor! que cuando creas.
¡Tú sabes ser como el amor de Cristo,
pues sabes redimir! ¡Bendito seas!

DOS PAISAJES

I

Dos paisajes: el uno soñado
y el otro vivido.
¡Cuán amarga, sin sueños, me fuera
la vida que vivo!

. . . .

Era un trozo de tierra jurdana
con una alquería;
era un trozo de mundo sin ruido,
de mundo sin vida.

Era un campo tan solo, tan solo,
como un cementerio,
donde más hondamente se sienten
los hondos silencios.

Madroñeras, lentiscos y jaras,
helechos y piedras,
madreselvas, zarzales y brezos,
retamas escuetas...

¡La maraña revuelta y estéril
que viste los campos
cuando no los fecundan y riegan
sudores humanos!

No tenían trigales las lomas,
ni huertos las vegas,
ni sotillos las frescas umbrías,
ni árboles la sierra...

No tenían las rudas labores
cantores humanos,
ni el sabroso caer de las tardes
cantores alados.

No tenía ni puente el riachuelo,
ni torre la aldea,
ni alegría de vida sus grises
hórridas viviendas.

A sus puertas holgaban desnudos
niñitos hambrientos,
devorando sopores de muerte
del alma y del cuerpo.

Y unas ruines mujeres traían
de pueblos lejanos
miserables mendrugos mohosos
envueltos en trapos...

Y unos hombres huraños y entecos
la tierra arañaban
como ruines raposos sin presa
que el páramo escarban.

Y una sorda quietud imponente,
grabándolo todo,
sobre el muerto vivir descargaba
su losa de plomo...

II

Era un trozo de tierra jurdana
con una alquería;
era un trozo de mundo vibrante,
de ruidos de vida.

Era un campo con flores y frutos,
con hombres y pájaros,
con caricias de sol y aguas puras
de limpios regatos.

Olivares azules que escalan
alegres laderas;
huertecillos con frutas de oro
que engríen las vegas.

Recortados, pequeños trigales;
minúsculos prados,
alamedas pomposas y viñas,
sotos de castaños...

Y la sierra gentil, más arriba,
perdiendo asperezas...
¡sonriendo á medida que sube
la vida por ella!

Colmenares que zumban y labran,
palomares blancos,
majadillas que alegran las cuestas,
sonoros rebaños...

Carboneras humosas que fingen
pequeños volcanes;
leñadores que cortan y cantan,
que llevan y traen...

¡La visión de los campos incultos
qué ricos se tornan
si los baña del sol del trabajo
la luz creadora!

Y tenía ya puente el riachuelo,
y torre la aldea,
y alegría de vida sus blancas
y sanas viviendas.

Y del útil saber en un templo
limpio y diminuto,
y en el templo más grande y más sabio
del campo fecundo,

bando alegre de niños que un hombre
discreto guiaba,
la salud y la vida bebían
del cuerpo y del alma.

Y unas madres con leche en sus pechos
y luz en la mente,
y en las caras morenas, dulzuras
y risas alegres.

Amasaban el pan de los suyos,
rezaban, bullían,
gobernaban la casa cantando,
¡cantando la vida!

Y unos hombres briosos y cultos
labraban los campos
con la sana alegría que infunden
la paz y el trabajo.

Y flotaba en los aires el ritmo
gigante y obscuro
con que alienta la tierra fecunda
preñada de frutos.

. . . .

¡Dos paisajes! El uno soñado
y el otro vivido.
Del vivir al soñar ¿hay distancia?
¡Pues amor cegará tal abismo!

LA JURDANA

I

Era un día crudo y turbio de Febrero
que las sierras azotaba
con el látigo iracundo
de los vientos y las aguas...
Unos vientos que pasaban restallando
las silbantes finas alas...
Unos turbios desatados aguaceros,
cuyas gotas aceradas
descendían de los cielos como flechas
y corrían por la tierra como lágrimas.
Como bajan de las sierras tenebrosas
las famélicas hambrientas alimañas,
por la cuesta del serrucho va bajando
la paupérrima jurdana...
lleva el frío de las fiebres en los huesos,
lleva el frío de las penas en el alma,

lleva el pecho hacia la tierra,
lleva el hijo á las espaldas...
Viene sola, como flaca loba joven
por el látigo del hambre flagelada,
con la fiebre de sus hambres en los ojos,
con la angustia de sus hambres en la entraña.
Es la imagen del serrucho solitario
de misérrimos lentiscos y pizarras;
es el símbolo del barro empedernido
de los álveos de las fuentes agotadas...
Ni sus venas tienen fuego,
ni su carne tiene savia,
ni sus pechos tienen leche,
ni sus ojos tienen lágrimas...
Ha dejado la morada nauseabunda
donde encueva sus tristezas y sus sarnas,
donde roe los mendrugos indigestos,
de dureza despiadada,
cuando torna de la vida vagabunda
con el hijo y los mendrugos á la espalda.
Y ahora viene, y ahora viene de sus sierras
á pedirnos á las gentes sin entrañas
el mendrugo que arrojamos á la calle
si á la puerta no lo pide la jurdana.

II

¡Pobre niño! ¡Pobre niño!
Tú no ríes, tú no juegas, tú no hablas,
porque nunca tu hociquillo codicioso
nutridora leche mama
de la teta flaca y fría,
álveo enjuto de la fuente ya agotada.
Te verías, si te vieras, el más pobre
de los seres de la sierra solitaria.
No envidiaras solamente al pajarillo
que en el nido duerme inerte con la carga
de alimentos regalados
que calientan sus entrañas,
envidiaras del famélico lobezno
los festines que la loba le depara,
si en la noche tormentosa con fortuna
da el asalto á los rediles de las cabras...
Estos días que en la sierra se embravecen
por la sierra nadie vaga...
toda cría se repliega en las honduras
de cubiles ó cabañas,
de calientes blandos nidos
ó de enjutas oquedades subterráneas.

Tú solito, que eres hijo de un humano
maridaje del instinto y la desgracia,
vas á espaldas de tu madre recibiendo
las crueles restallantes bofetadas
de las alas de los ábregos revueltos
que chorrean gotas de agua.
Tú solito vas errante
con el sello de tus hambres en la cara,
con tus fríos en los tuétanos del cuerpo,
con tus nieblas en la mente aletargada
que reposa en los abismos
de una negra noche larga,
sin anuncios de alboradas en los ojos,
orientales horizontes de las almas...

III

Por la cuesta del serrucho pizarroso
va bajando la paupérrima jurdana
con miserias en el alma y en el cuerpo,
con el hijo medio imbécil á la espalda...
Yo les pido dos limosnas para ellos
á los hijos de mi Patria:
¡pan de trigo para el hambre de sus cuerpos!
¡pan de ideas para el hambre de sus almas!...

NOCTURNO MONTAÑÉS

Á J. NEIRA CANCELA

El oro del crepúsculo
se va tornando plata,
y detrás de los abismos que limita
con perfiles ondulantes la montaña,
va acostándose la tarde fatigosa
precursora de una virgen noche cálida,
una noche de opulencias enervantes
y de místicas ternuras abismáticas,
una noche de lujurias de la tierra
por alientos de los cielos depuradas,
una noche de deleites del sentido
depurados por los ósculos del alma...
A ocaso baja el día
rodando en oleadas
y los ruidos de los hombres y las aves,
á medida que el crepúsculo se apaga,

van cayendo mansamente en el abismo
del silencio que de músicas se empapa.
Las penumbras de los valles misteriosos
van en ondas anegando las gargantas,
van en ondas esfumando las colinas,
van en ondas escalando las montañas;
y el errático murciélago nervioso
raudo cruza, raudo sube, raudo baja,
con revuelo laberíntico rayando
las purezas del crepúsculo de plata.
Con regio andar solemne
la noche se adelanta,
y en el lienzo de los cielos infinitos,
y en las selvas de la tierra perfumadas,
van surgiendo las estrellas titilantes,
van surgiendo las luciérnagas fantásticas.
Lentamente, como alientos misteriosos,
de los senos de los bosques se levantan
brisas frescas que estremecen el paisaje
con el roce de las puntas de sus alas,
preludiando rumorosas en las frondas
las nocturnas melancólicas tonadas,
la que vibran los pinares resinosos,
la que zumban las robledas solitarias,
la que hojean los maizales susurrantes,
la que arrullan las olientes pomaradas...
y aquella más poética
que suena en las entrañas,

la que viene sin saber de dónde viene,
la que suena sin sonoras asonancias,
¡la que arranca la divina poesía
de las fibras más vibrantes de las almas!
De los coros rumorosos de la noche,
de los senos de las flores fecundadas,
al sentido vienen músicas que engríen,
al sentido vienen pomas que embriagan...
Es la hora de los grandes embelesos,
es la hora de las dulces remembranzas,
es la hora de los éxtasis sabrosos
que aproximan la visión paradisíaca,
es la hora de los cálidos amores
de los hijos, de la esposa y de la Patria...
¡El momento más fecundo de la carne
y el momento más fecundo de las almas!
Tendido en lecho húmedo
de hierbas aromáticas
he bebido la ambrosía de la noche
sobre el lomo de la céltica montaña...
Más arriba, los luceros de diamante;
más arriba, las estrellas plateadas;
más arriba, las inmensas nebulosas
infinitas, melancólicas, arcanas...
más arriba, Dios y el éter... más arriba,
Dios á solas en la gloria con las almas...
¡con las almas de los buenos que la tierra
fecundaron con regueros de sus lágrimas!

Más abajo, las robledas sonorosas;
más abajo, las luciérnagas fantásticas;
más abajo, los dormidos caseríos;
más abajo, las riberas arrulladas
por el coro de bichuelos estivales,
por el himno ronco y fresco de las aguas,
por el sordo rebullir de los silencios
que parece el alentar de las montañas...
Los hombres todos duermen,
las horas solas pasan,
y ahora salen mis secretos sentimientos
del encierro perenal de mis entrañas,
y ahora salen mis recónditas ideas
á espaciarse en las regiones dilatadas
donde el choque con los hombres no las hiere,
donde el roce con los fangos no las mancha,
donde juegan, donde ríen, donde lloran,
donde sienten, donde estudian, donde aman...
Ellas pueblan los abismos de los cielos
y en efluvios sutilísimos se bañan,
ellas oyen el silencio de los mundos,
ellas miden sus grandezas soberanas,
ellas suben y temblando se aproximan
á las puertas diamantinas de un alcázar,
y algo entienden de una música distante
que estremece, que embelesa, que embriaga,
y algo sienten de una atmósfera sin peso
que parece delicioso lecho de almas...

¡Oh, nostalgias del espíritu que ha visto
los linderos aún sellados de su Patria!
¡Oh, grandezas de las noches religiosas
que aproximan las divinas lontananzas!

. . . .

Se asoma blanca y tímida
la dulce madrugada;
palidecen las estrellas del oriente
y se enfrían los alientos de las auras,
se recogen los misterios de la noche,
las luciérnagas suavísimas se apagan
y los libres sueños amplios de mi mente
se replegan en la cárcel de mi alma...
Y honda y queda en sus arrullos iniciales,
y habladora cuando el mundo se levanta,
y opulenta en las severas plenitudes
de su música de oro, rica y casta,
se derrama por los campos
la canción de la mañana.

SORTILEGIO

Una noche de sibilas y de brujas
y de gnomos y de trasgos y de magas;
una noche de sortílegas diabólicas;
una noche de perversas quirománticas,
y de todos los espasmos,
y de todas las eclampsias,
y de horribles hechiceras epilépticas
y de infames agoreras enigmáticas;
una noche de macabros aquelarres,
y de horrendas infernales algaradas,
y de pactos, y de ritos, y de oráculos
y de todas las diabólicas vesanias,
por horrendos peñascales que blanquean,
á los rayos de una enferma luna pálida,
con la fiebre de la hembra, la celosa
va delante de la vieja nigromántica.
Como sombras del abismo se detienen
á la orilla de rugiente catarata.

Es la hora de los ritos,
es la hora de las cábalas,
es la hora del horrible sortilegio,
es la hora del conjuro de las aguas.
La sortílega se inclina sobre ellas;
la celosa la contempla muda y pálida...
¡No está Dios en la celosa,
no está Dios en la sortílega satánica!

Sobre el lecho de las aguas espumantes
la agorera traza el signo de la cábala
murmurando la diabólica salmodia
con horrendas, con sacrílegas palabras:
—¡Aah!... en las nieblas... ¡Aah! en la espuma...
¡Aah!... en los aires... ¡Aah!... en las aguas...
¡Aah!... en las brumas... ¡Aah!... en el tiempo.
¡Surge pronto!... ¡Surge y habla!
La agorera se detuvo contemplando
la corriente de la linfa como extática
—¿No veis nada?—murmuraba la celosa.
—¡No veo nada... No veo nada!...
¡Aah!... en las nieblas... ¡Aah!... en la espuma...
¡Aah!... en los aires... ¡Aah!... en las aguas...
Y quedóse de repente muda y quieta
la espantosa nigromántica.
—¿No veis nada?—repetía la celosa
con la fiebre de la hembra en la mirada—
¿no veis nada?—repetía.

—Sí... ya veo... Espera... calla...
Una joven en un lecho suspirando
por el hombre á quien espera enamorada.
¡Oh qué hermosa!... Tiene el seno descubierto...
—¿Y sabéis cómo se llama?
—Pues se llama...
¡Aah!... en las nieblas... ¡Aah!... en la espuma...
¡Aah!... su nombre... ¡Marïana!
La celosa dió un gemido horripilante.
—Sigue viendo... sigue viendo...—murmuraba.
—Ahora un hombre enamorado
se le acerca... Ella lo llama...
—¿Con qué nombre?...
—No lo entiendo.
—¿Con qué nombre?
—Espera y calla.
¡Aah!... en las nieblas... ¡Aah!... en la espuma...
¡Aah!... en los aires... ¡Aah!... en las aguas...
Con el nombre de Fernando lo ha llamado
y él le dice que la ama...
—¡Que la ama!
La celosa llenó el aire con los timbres
de una horrenda desgarrante carcajada
y acercándose á los bordes del abismo
se arrojó tras el infierno de las aguas.
Que las brujas la llevaron una noche
las comadres de la aldea murmuraban,
y era cierto... y era cierto.
¡Que lo diga la perversa nigromántica!

LAS CANCIONES DE LA NOCHE

I

Una noche rumorosa y palpitante
de humedades aromáticas cargada;
una noche más hermosa que aquel día
que nació con un crepúsculo de nácar,
y medió con un incendio del espacio
y expiró con un ocaso de oro y grana...
una tibia clara noche melodiosa,
impregnada de dulzuras elegíacas
que caían mansamente de los cielos
en los rayos de la dulce luna blanca,
        por el seno de los montes
        triste y solo yo vagaba
        con el alma más vacía
        que el abismo de la nada.
Y los coros rumorosos de la noche
con sus músicas de oro me cantaban

la canción de la Tristeza
de las almas solitarias.
Yo era un hongo de los valles de la vida,
yo el cadáver de mi raza,
yò una sombra que pasaba por el mundo
sin dejarle ni la huella de mis plantas,
ni los trozos de mi carne redivivos,
ni la imagen de mi alma en otras almas,
ni los nidos de mis goces,
ni los charcos de mis lágrimas...
Yo era sombra, yo era muerte,
yo era estéril movimiento sin sustancia...
y por eso los rumores musicales
de la noche misteriosa me cantaban
la canción de la tristeza
ruin idioma de las almas solitarias.

II

Otra noche, tan hermosa como aquella,
de armonías y de aromas empapada;
otra pura casta noche, rutilante,
presidida por solemne luna diáfana
que inundaba los espacios infinitos
con el polvo de su mansa luz fantástica,
triste y solo, como siempre,
por el seno de los montes yo vagaba,

y á la puerta de la choza de un cabrero
se empaparon mis pupilas fatigadas
en la mística visión de un niño hermoso
    que dormido y solo estaba
    sobre una cama de hierbas
    que tiñó Agosto de plata.
¡Oh, qué hermoso, qué sereno, qué divino!
    Era el ángel, era el alma
    de la choza miserable,
    de la choza solitaria.
    ¡No era mío, no era mío!
era el beso de las almas que se enlazan,
    ¡era el premio merecido
    por los seres que se aman!
¡Cuánto diera por tocarle aquella frente
y besarle la carita sonrosada!
¡Qué tranquilo! Los rumores de los montes
con magnífica armonía le arrullaban,
y las brisas de la noche misteriosa
le tocaban con la punta de las alas,
y los rayos amorosos de la luna
le caían como besos en la cara.
    Yo me puse de rodillas
ante el ángel de la choza solitaria
    cual sediento caminante
    que se inclina sobre el agua,
y alarmado, como hambriento ladronzuelo
que á unos pobres la limosna les robara,

puse el beso más sublime de mi vida
sobre aquella frente blanca.
¡No era mío, no era mío!
pero el beso me quemaba las entrañas,
y la noche se me puso más hermosa,
y al unísono sus coros me cantaban,
con el ritmo de la vida,
la canción de la Esperanza.
¡Yo sentía, yo vivía,
yo quería, yo esperaba!...
Si tuviera el cuerpo herido,
si tuviera muerta el alma,
no sintiera ni los besos de la vida
ni el placer de derramarla...
¡Dios que creas! ¡dame dichas como aquellas
de la choza solitaria!

. . . .

. . . .

Y los coros musicales de la noche
no callaban, no callaban, no callaban...

III

Y otra noche, de seguro tan hermosa
como aquellas ideales noches blancas
arrulladas por el ritmo de los mundos
y pobladas de los sueños de las almas,

á la puerta de la choza miserable
del cabrero cuya dicha yo envidiaba,
se quedaron medio ciegas
mis pupilas espantadas:
muerto estaba el pobre ángel
de la choza solitaria,
y su madre estaba loca,
y su padre mudo estaba,
y los rayos elegíacos de la luna
le caían amorosos en la cara,
su carita transparente,
que era blanca, que era blanca
como el ala de los cisnes del estanque,
como el ampo de la nieve inmaculada,
como el seno de las vírgenes,
como el mármol de las tumbas y las aras.
Yo me puse de rodillas ante el ángel,
é inclinando la cabeza atormentada,
como víctima medrosa y dolorida
que presenta el cuello al hacha,
puse el beso más amargo de mi boca
sobre aquella frente blanca
dura y fría como el mármol
de las rígidas estatuas funerarias.
Yo sentí que de repente
se me helaron las entrañas.
Era el frío del terror á lo futuro
quien me dió la puñalada;

era el miedo á los dolores infinitos
que á los padres de aquel ángel destrozaban...
Y gemí como un cobarde,
y gocé como un perverso sin entrañas
con la muerte repentina
de mi última Esperanza
que dejaba conjurados los peligros
que mi instinto de cobarde presagiaba.
¡Fuga estéril! ¡tú iniciastes
el principio del reguero de mis lágrimas!
Todo el pecho de aquel ancho cielo plúmbeo
gravitó sobre mi alma,
y dejómela el delito como antes,
más vacía que el abismo de la nada.
Y le dije á la armonía de la noche:
«No me cantes la canción de la Esperanza;
canta el himno del dolor inapenable,
que es la carga ineludible de mi alma.»

EN LA MAJADA

CORO DE VAQUEROS [1]

VAQUEROS. La alborada,
la alborada, la alborada va á venir!
No se puede con el frío de la helada
dormir.
¡No se puede dormir!
Se mete hasta los tuétanos
el húmedo relente
y el filo del carámbano
parece que se siente
por la carne dolorida penetrar.
Se hielan en los párpados
las gotas de rocío,
las mantas empandéranse
y no quitan el frío:
este frío que nos hace tiritar.
MAYORAL. ¡Arriba, muchachos!
Que va á amanecer

(1) De una zarzuela que el autor dejó sin terminar.

y al chozo hoy los amos
nos vienen á ver.

VAQUEROS. La alborada,
la alborada por allí despuntará.
Ya la luna, melancólica, borrada,
se va;
¡ya la luna se va!
Pusiéronse ya pálidos
el *carro* y las *cabrillas*;
ya cantan en los árboles
las tontas abubillas
la temprana monorrítmica canción.
Calláronse los cárabos,
y braman los becerros,
las vacas levantándose
sacuden los cencerros
que resuenan como notas de un bordón.
¡Dolón! ¡Dolón!
¡Dolón! ¡Dolón!

MAYORAL. ¡Aprisa muchachos,
que va á clarear,
y ya están las vacas
queriendo marchar!

VAQUEROS. La alborada,
la alborada por allí ya despuntó.
Su venida la alegría en la majada
vertió.
¡La alegría vertió!

Las vacas, relamiéndolos,
sus chotos amamantan;
allá, en las vegas húmedas,
las nieblas se levantan
y trasponen de las cúspides á ras:
la escarcha de los árboles
el sol va derritiendo,
y al suelo, en puras lágrimas
deshecha, va cayendo
con monótono dulcísimo compás:
¡Tas! ¡Tas!
¡Tas! ¡Tas!

. . . .
. . . .

Y á la vaca más lechera,
que llamándonos espera
desde que al chozo se acercó,
asaltamos de costado,
el becerro por un lado,
por el otro lado yo.
Y espumosa,
mantecosa,
bien oliente,
sabrosa,
bullente,
jugosa,
caliente,

cual finísimo riel,
de la ubre va fluyendo
y en la cuerna va cayendo
espumando,
chispeando,
humeando,
leche dulce como miel...

LA PRESEA

Al Señor de Salvatierra,
don Diego Alvar de León,
mancebo en la paz prudente
como en guerra lidiador,
requiere con estas letras,
que honor de sangre dictó,
la que es hija bien nacida
del Señor de Monleón.

De aquella ciudad de Baza
que el moro há tiempo ocupó
asaz tristes nuevas vienen
para el castellano honor
que así puro siempre ha sido
como la llama del sol.
Cabe aquellos fuertes muros
que en vano abatir trató
la nuestra aguerrida hueste
con asaltos de león,

defiéndese la morisma
tal como tigre feroz
que entre las garras oprime
la corza que aprisionó.
El nuestro Rey don Fernando,
el grande, el conqueridor,
el que la Cruz lleva enhiesta
sobre el morado pendón,
desde Medina del Campo
para Jaén se partió
con la nuestra amada Reina,
la del noble corazón;
y haciendo alarde de gente
que al llamamiento acudió,
allega al cerco de Baza
gente de cuenta y valor,
que no es bien que aquella joya
deste solar español
captiva en manos de infieles
Castilla la pierda y Dios.
Yo vos requiero por ésta,
don Diego Alvar de León,
porque siendovos tan caro
como decís el mi amor,
á los sus requerimientos
esquivo no seréis vos.
Y ya que al mi amor queréis
que le ponga precio yo,

decirvos he, buen mancebo,
que vale más su valor
que la vuestra Salvatierra
y el mi fuerte Monleón:
que vale un joyel que quiero
en mis bodas lucir yo,
hecho de piedras preciosas
que arranque vuestro valor
del puño del rico alfanje
de algún árabe feroz
de aquellos que en Baza fincan
con mengua del nuestro honor.
  Esto tan sólo vos digo,
don Diego Alvar de León:
¡En Baza está la presea
y en el mi castillo yo!»—
  Así Doña Luz, la hija
del Señor de Monleón,
escribe y manda sus letras
con un jinete veloz
al Señor de Salvatierra,
que arde por ella en amor.

II

Por los campos castellanos,
cargada de majestad,
pasando va dulcemente
la tarde primaveral;
una tarde tibia y pura
que infunde al ánimo paz
con los amables silencios
de su dulce resbalar,
con las tristezas que embeben
y las tristezas que dan
los montes rubios teñidos
en oro crepuscular.
Allá, por aquel camino
que viene del Endrinal
y va las fuertes murallas
de Monleón á rasar,
cabalgan á media rienda
con apostura marcial
hasta cuarenta lanceros
formando apretado haz
cuyo avanzar vigoroso
la tierra hace trepidar.

Al frente del haz guerrero
cabalga firme y audaz
el Señor de Salvatierra
sobre alterado alazán
de rica sangre española
tan fiera como leal,
negras pupilas de toro
que radian ferocidad,
eréctil musculatura
que treme al manotear,
relincho de agudo timbre,
clarín de guerra en la paz,
crines blondas que lo ciegan,
curvas que gracia le dan,
casco duro, piel nerviosa
y amplia traza escultural;
con un alentar de fuego
con hálito de volcán,
con un marchar armonioso
que encanto á los ojos da,
con un galopar hermano
del más veloz huracán.

Cabe los muros se paran
de la mansión señorial,
dorada con oro viejo
del cielo crepuscular.
Alza don Diego los ojos,
que avaros de luz están,

y déjalos casi ciegos
la luz de aquella beldad.
Tal como imagen hermosa
compuesta en dorado altar,
en un ajimez dorado
la hermosa doncella está
—¡En Baza está la presea!—
Gritó la dama al galán;
y así contestó el mancebo:
—¡Y en Baza mi honor está!—
Y saludando rendido
con apostura marcial,
al frente de sus lanceros
partió el gentil capitán.
Cerró el ajimez la dama
y el sol ocultó su faz...
y como todo obscurece
cuando los soles se van,
sobre el alma del guerrero
cayó una noche ideal
y sobre el campo tranquilo
cayó una noche de paz...
¡Plegue á Dios que dos auroras
las tornen pronto á ahuyentar!

III

Es sangrienta la defensa,
sangriento el asalto es,
que están adentro los tigres
de ágil cuerpo y alma infiel
y afuera están los leones
que asaltan con altivez;
y adentro batirse saben,
y afuera saben vencer;
y á aquéllos la rabia enciende,
y á aquéstos la intrepidez...
¡Hermosa ciudad de Baza:
caro tu rescate es!
Acosados una tarde
por nuestro ejército fiel
salieron los defensores
á sucumbir ó á vencer,
ardiendo en rabia de locos,
ardiendo en sangrienta sed.
Ante los mismos reales
se traba el combate aquel
en que el oído ensordece,
los turbios ojos no ven,
y la cólera es demencia,
y es el ardor embriaguez,

y es la sangre lava roja
que quema hasta enloquecer,
y es un rayo cada ataque,
y un bloque cada hombre es,
y el herir es siempre hondo
y es mortal siempre el caer...
Espanto pone á los ojos
y al alma pena cruel
ver tantos mozos gentiles
en tierra muertos yacer;
tantos nobles caballeros,
dechados de intrepidez,
luchando tan mal heridos
que pronto habrán de caer,
cristianos, por Dios muriendo;
y españoles, por el Rey;
caballeros, por su dama;
guerreros, por honra y prez.
¡Morir de muerte gloriosa
nacer en la Historia es!
En lo recio de la lucha
combate un moro cruel
que por sus ricos arreos
y su bravura también
capitán el más famoso
de los de Baza ha de ser.
Al punto viólo don Diego
y así se dirige á él

como león que de pronto
la presa buscada ve.
Correr el moro lo ha visto
y entre su gente romper
así como si rompiera
por bosques de frágil mies.
  Tal como dos bravos toros
que antes del duelo cruel
de hito en hito se contemplan
con ojos que apenas ven
y como nubes preñadas
de rayos chocan después,
así los dos capitanes
viniéronse á acometer
astillas hechas dejando
las lanzas bajo sus pies
y mal por don Diego herido
del bravo moro el corcel.
  Alfanje y espada vibran
sobre crujidos de arnés,
truenos éstos de la nube
y aquéllos rayo cruel,
combate don Diego herido
y herido el moro también,
y éste no quiere rendirse,
y aquél no sabe ceder
y muertos ya los caballos
prosiguen la lucha á pie.

De pronto el bravo don Diego,
cual si en su mente al caer
alguna amante memoria
doblara su intrepidez,
así como un torbellino
de incontrastable poder
cayó sobre el bravo moro,
que herido rodó á sus pies
gimiendo: —¡Noble cristiano!
¡Sólo es vencer tu vencer!
¡Toma el alfanje de un hombre
vencido sólo una vez!

IV

Sobre las torres de Baza
que alumbra radiante sol,
tremola al beso del viento
nuestro morado pendón.
En un salón del castillo
donde el Rey lo aposentó
cabe el Rey está expirando
don Diego Alvar de León
de las sangrientas heridas
que en el combate ganó.
El Rey ha escrito una carta
que don Diego le dictó

y con estas sus palabras
entrégala á un servidor:
—A los lanceros que trajo
don Diego Alvar de León
dais este alfanje, que todos
custodiarán con amor,
y estas letras, y que cumplan
lo que en ellas se ordenó.

. . . .

Y una tarde, una doliente
tarde de invierno sin sol,
obscura como el que llevan
de luto enhiesto pendón,
aquellos veinte lanceros
que de B za el Rey mandó
llegando van al famoso
castillo de Monleón.
Desde un ajimez al verlos
la dama que lo cerró
la tarde aquella de Mayo
que tuvo radiante sol,
al interior del castillo
llorando se retiró,
y al poco rato, enlutada,
del castillo en un salón
una joya y estas letras
de sus manos recogió:

«A doña Luz de Mendoza,
el mi más amable amor,
desde el castillo de Baza,
que ya la Cruz coronó,
por la misma mano escrita
de nuestro Rey y Señor
esta carta vos envía
don Diego Alvar de León,
que en duro trance de muerte
decirvos pretende adiós.
   Con estas letras, señora,
lleva un leal servidor
   venturosa presea
que hubiese prendido yo
sobre el vuestro noble pecho,
del lado del corazón,
para que vieran mis ojos
sobre tal cielo tal sol.
Dios y el vuestro amor, señora,
hanme dado el grande honor
de que mi vida al tablero
por Él pusiera y por vos;
y fuera yo mal nacido
y mal caballero yo
si desta merced no fuese
rendido conocedor.
   Mi feudo de Salvatierra
queda, doña Luz, por vos,

que así á nuestro Rey placióle
cuando dispúselo yo,
y ya que á Dios no pluguiera
á nuestra feliz unión,
luzcan en la misma piedra,
por siempre juntos los dos,
el vuestro blasón honrado
y el mi preciado blasón.
No derraméis de los ojos
llanto que no empuje amor,
porque si sólo lo empuja
tristeza del corazón
que en el honor no repara
del que por éste finó,
fuera un llorar muy menguado
que lastimase el honor.
Magüer la memoria mía
rompa el vuestro corazón
así verteréis el llanto
que vos arranque el dolor
como yo vierto mi sangre,
sin plañir lamentación,
porque firmeza y no cuitas
nos piden Dios y el amor.
¡Adiós, y guardad el mío
donde el vuestro llevo yo,
que así os lo pide expirando
don Diego Alvar de León!»

De esta manera muy triste
la hermosa dama leyó
ante los veinte lanceros,
ante su padre y señor.
Prendióse el joyel precioso
del lado del corazón,
guardó en el seno la carta
y así diciendo acabó:
—¡Lanceros de Salvatierra!
Esta noche en Monleón,
y á Salvatierra conmigo
mañana, al salir el sol.
Al salir el sol mañana
vos dejo, buen padre, á vos.
Labrad pronto cabe el nuestro
de Salvatierra el blasón.
Eso vos manda, Leales,
y esto vos ruega, señor,
la vïuda del valiente
don Diego Alvar de León.

FRAGMENTOS

EN VERSO Y PROSA

SÓLO PARA MI LUGAR [1]

El Guijo tiene otro hijo
desde este grato momento:
¡yo soy el hijo que al Guijo
le da vuestro Ayuntamiento!
  Pueblo que obsequia á un poeta
es pueblo con intuiciones,
con instinto que interpreta
del Arte las creaciones;
  pueblo que sabe pensar,
pueblo que sabe sentir,
pueblo que se sabe honrar,
pueblo que aspira á vivir;
  pueblo discreto que advierte
que sin cultura es suicida,
porque la ignorancia es muerte,
porque la cultura es vida.

---

(1) Versos leídos por sú autor ante el pueblo de Guijo de Granadilla al recibir el honroso título de hijo adoptivo del mismo.—13 de Abril de 1903.

Pueblo que ama la belleza
es pueblo con ideales,
con instintos de nobleza,
con jugos sentimentales;
pueblo con orientaciones,
pueblo con ricos alientos,
pueblo donde hay corazones
y donde hay entendimientos;
pueblo que el alma conquista
de quien la suya interpreta;
pueblo que es también artista,
¡pueblo que es también poeta!

Ese es el Guijo, señores;
pueblo que, el pan conquistando,
va entre ríos de sudores
trabajando, trabajando;
pueblo que brega y se afana
con esfuerzos singulares
para que el pan de mañana
no falte de sus hogares;
y holgando alegre este día
después de la brega dura,
celebra con alegría
una fiesta que es cultura;
fiesta que me ha dedicado
un celoso Ayuntamiento

para quien tengo guardado
profundo agradecimiento.
Una fiesta que es más bella
porque en ella no hay pasiones,
ni hay ruines miras en ella,
ni luchas, ni divisiones.
Veros hoy aquí reunidos
me causa el mayor placer.
¡Siempre en paz y siempre unidos
os quisiera á todos ver!
¡Odiad esas luchas ruines
y esos empeños mezquinos
que llevan á malos fines
por detestables caminos!
¡Odiad esas divisiones
que á los pueblos desbaratan,
porque encienden las pasiones
y toda obra buena matan!
Seguid mi honrado consejo,
porque pueblos divididos
dice un adagio muy viejo
que serán pueblos perdidos.
La guerra abate y quebranta,
la paz eleva é ilumina.
¡Todo la paz lo levanta!
¡Todo la guerra lo arruina!
Odiad á todo enemigo
de la paz y de la unión,

porque la guerra es castigo,
principio de perdición.
Lejos del Guijo, muy lejos,
un mal enemigo habita
que da perversos consejos
cuando los pueblos visita.
Nunca semilla bendita
viene su mano sembrando:
torpe cizaña maldita
suele venir derramando.
¿Extrañaréis si no digo
por vuestro bien é interés
el nombre de ese enemigo?
¡Pues *la Política* es!
La Política de ahora,
que al bien ajeno no aspira;
la Política traidora,
que es una inmensa mentira.
Viene promesas haciendo
que nunca piensa cumplir;
favores viene pidiendo,
mentiras viene á decir.
Y cuando triunfa y se aleja
para hundirse en la ciudad,
la guerra en los pueblos deja
y ella se lleva la paz.
Que venga, sí, cuando quiera,
servidla como queráis;

pero por una embustera
jamás vuestra unión rompáis,
porque pueblos bien unidos
son pueblos bien gobernados,
pueblos al bien dirigidos,
pueblos bien administrados;
y está en la paz la riqueza,
y está la fuerza en la unión,
y en la guerra la pobreza,
la ruina y la perdición.

Siempre hacia el Guijo he sentido
amor de alma agradecida:
mis hijos aquí han nacido
y aquí vivo yo mi vida.
Y no habéis imaginado
lo mucho que os agradezco
que todos me habéis tratado
tal vez mejor que merezco.
Yo he procurado también
vivir con todos leal,
siempre aconsejando el bien,
siempre detestando el mal;
y si en mi mano estuviera,
sabed que yo no dejara
discordia que no rompiera
ni rencor que no acabara.

Por eso orgulloso creo
que digo verdad si digo
que entre vosotros no veo
nadie que sea mi enemigo.
Siempre el Guijo me ha inspirado
sincera y gran simpatía;
pero sabed que ha aumentado
notablemente este día.
El Guijo tiene otro hijo
desde este grato momento,
¡Yo soy el hijo que al Guijo
le da vuestro Ayuntamiento!
¿Me recibís desde hoy
por vuestro adoptivo hermano?
Pues bien, ya sabéis que soy
desde ahora vuestro paisano.
¡Gracias al Ayuntamento!
¡Gracias al pueblo del Guijo!
No hay en mí merecimiento
para adoptarme por hijo;
mas esta Corporación
lo manda así, y obedezco;
acepto la distinción,
mas sé que no la merezco.
Yo no soy más que un poeta
que vuestros hondos sentires
enamorado interpreta
con vuestros propios decires.

Yo no hago más que cantares
que pintan vuestros amores,
la paz de vuestros hogares,
la hiel de vuestros dolores.
Canto ese cielo divino
donde con Dios viviremos
si de la vida el camino
con honradez recorremos.
Canto esos campos en calma,
donde el Señor ha vertido
soledades para el alma,
deleites para el sentido;
campos de donde han tomado
dulzuras mis canturías;
campos que han dulcificado
mis tristes melancolías;
campos que han sido testigos
de mis dolores secretos;
campos que son mis amigos
más leales y discretos;
campos de donde esperamos
el pan que nos alimente;
campos que todos regamos
con sudor de nuestra frente;
campos donde, agradecido,
debe todo hombre exclamar:
¡Bendito el Dios que ha podido
tantas grandezas crear!

Eso entre vosotros vi,
y eso en mis versos canté.
¡Que sepan lejos de aquí
lo que en el Guijo encontré!
Seguid vosotros marchando
del bien por las anchas huellas,
que yo seguiré cantando
vuestras virtudes más bellas.
Yo haré que lejos, muy lejos,
todos seais admirados;
pero seguid mis consejos,
que son consejos honrados.
Vosotros, graves varones
que jefes sois de un hogar,
mirad que vuestras acciones
los hijos han de imitar.
Mirad que el jefe que mande,
entero al cargo se ofrece,
y tiene un deber más grande
que el súbdito que obedece.
Y rey que ha de gobernar,
si respetado ha de ser,
debe á los suyos guiar
por la senda del deber.
Se debe al hijo querido
algo que al alma alimenta,
algo que es más que el vestido
y el pan que el cuerpo sustenta.

Hijo sin Dios educado
no es hijo respetuoso,
ni puede ser hombre honrado,
padre amante y buen esposo
Hijo que no ha recibido
cultura de racional,
es un salvaje vestido
con traje de hombre social.
Primero es niño insolente,
groseramente procaz,
dañino y desobediente,
desvergonzado y audaz.
Mas tarde será un mozuelo
de esos sin Dios y sin padre,
de esos que escupen al cielo
y escupirán á su madre.
Y luego un mozo perdido,
provocativo y vicioso,
con un corazón podrido
y un cerebro tenebroso.
Los hijos que ahora criáis
no son esos, á fe mía,
pero, si no vigiláis,
ya lo serán algún día.

Vosotras, fieles y honradas
esposas de alma ejemplar,

las que vivís consagradas
al gobierno del hogar;
las que al esposo adoráis;
las que mitigáis sus penas
las que á llevar le ayudáis
la carga de sus faenas;
las que en sus horas sombrías
sois su consuelo mejor;
las que de sus alegrías
sois la alegría mayor;
las que, si enfermo le veis,
junto á su lecho veláis,
y el sueño por el perdéis,
y al cielo por el rogáis,
y al ver su salud perdida
sois, con afán generoso,
capaces de dar la vida
por la salud del esposo...
vosotras, que compañeras
sois suyas tan diligentes,
sed también sus consejeras
benévolas y prudentes.
Dadle con vuestros amores
luz que le sirva de guía
y perdonad sus errores
si alguna vez se extravía.
Dejad que gobierne y mande
porque él es rey del hogar

y fuera un pecado grande
derecho tal usurpar.
  Dadle consejos de amiga
con amoroso decir,
pues lo que amor no consiga
¿quién lo podrá conseguir?
  La paz en casa sembrad
y reine en ella ese nombre,
porque una casa sin paz
es el infierno del hombre.
  Brindadle paz al esposo;
sed su perenne consuelo
y ese infierno tenebroso
convertiréis en un cielo.

  Vosotras, madres del Guijo,
fuente de obscuras hazañas,
las que tuvisteis un hijo
dentro de vuestras entrañas;
  las que supisteis cuidarlo
entre desvelos y penas;
las que supisteis criarlo
con sangre de vuestras venas;
  las que debéis siempre ser
el ángel de vuestro hogar;
las que enseñáis á creer;
las que enseñáis á rezar;

las que vivís suspirando
con afanes infinitos,
noche y día trajinando
por el pan de los hijitos
y con semblante risueño
su mitad les entregáis,
y si el pedazo es pequeño
también el vuestro le dais;
vosotras, madres amantes,
fuentes de amores benditos,
¡vivid siempre vigilantes
por el bien de los hijitos!
Quien tanto los sabe amar,
¿ha de tener corazón
para dejarlos marchar
por sendas de perdición?
Prendas que son tan queridas
y cuestan mil sacrificios,
¿quien querrá verlas hundidas
en el fangal de los vicios?
¿De qué servirá criarlos
con cariño maternal,
si logra el vicio arrojarlos
á los abismos del mal?
¡Ay de la madre que olvida
lo que Dios le ha confiado!
¡Ay de la que trae á la vida
un blasfemo ó un malvado!

Porque si esa madre ha sido
culpable de tanto mal,
de Dios le caerá en su oído
esta sentencia fatal:
«¡No fuiste mujer bendita
que al mundo dió un hijo bueno,
fuiste víbora maldita
que al mundo distes veneno!»
Madres amantes del Guijo,
madres celosas y buenas,
las que dierais por un hijo
la sangre de vuestras venas;
las que lucháis por criarlos
como azucenas lozanas,
¡no os olvidéis de educarlos
con enseñanzas cristianas!
En nombre del Poderoso
que quiso el mundo crear
y de un soplo portentoso
pudiera el mundo arrasar;
en nombre del Dios clemente,
del Padre de los mortales,
cuya mano providente
derrama el bien á raudales;
en nombre del que amoroso
salud y pan nos envía
y desde ese Cielo hermoso
nos manda la luz del día;

en nombre del que las plantas
hace en los campos crecer
y en ellos bellezas tantas
pródigo sabe verter;
en nombre del Dios eterno,
del que del Cielo es la llave,
del que arroja en el infierno
lo que en el Cielo no cabe...
yo os pido, madres cristianas,
que no entreguéis los hijitos
á libertades insanas,
fuentes de vicios malditos;
yo os pido, madres amantes,
que á los hijos protejáis,
que siempre estéis vigilantes
porque si en ellos fiáis,
en los abismos abiertos
del mal los veréis caídos,
y es menor mal verlos muertos
que conocerlos perdidos.
No me digáis que ninguna
verlos perdidos quisiera,
pues sé que no hay madre alguna
que tenga entrañas de fiera;
pero alguna puede haber
que no se pare á pensar
que hay un modo de querer
que es un modo de matar.

Cariños mal entendidos
y locamente otorgados
hacen más hombres perdidos
que hombres juiciosos y honrados.
No quiere bien quien halaga
pasiones que en otro viere:
¡el que mayor bien nos haga,
aquel es quien más nos quiere!
Y siendo un bien singular
la educación que nos den,
querer bien es educar,
porque es hacernos gran bien.
Sólido bien verdadero
que al hijo que lo comprenda
le valdrá más que el dinero,
le valdrá más que la hacienda.
Honradas madres del Guijo:
si amáis al pueblo también,
no le deis un solo hijo
que no sea hombre de bien.
Vivid, vivid educando;
vivid, vivid reprendiendo;
noche y día vigilando,
noche y día corrigiendo.
Poned el alma en la empresa
de dar buena educación,
que precisamente es esa
vuestra principal misión.

¿Reglas queréis y lecciones
para ese fin conseguir?
Pues solo en cuatro renglones
se pueden todas reunir:
El hijo en casa ha de ver
ejemplos de bien obrar,
ejemplos de bien hacer
y ejemplos de bien hablar.
Y basta, cristianas madres,
porque bien debéis saber
que lo que fueron los padres
los hijos luego han de ser.
Y si bien los educáis,
mañana os respetarán,
y si pan necesitáis,
pan y cariño os darán.

Doncellitas guijarreñas:
dijo verdad el que dijo
que sois sanas y risueñas
como los campos del Guijo.
Sus rosas os dan colores,
aroma os dan sus violetas,
sus mozos os dan amores
y os dan versos sus poetas.
Sois la luz y la alegría
de vuestros limpios hogares;

la gala y la pöesía
de las fiestas populares;
sois la mayor hermosura
que nuestros ojos recrea;
sois la gentil donosura
que nuestro pueblo hermosea.
Gloria de vuestros paisanos,
orgullo de vuestros padres,
honor de vuestros hermanos,
cariño de vuestras madres.
Del rudo trabajo amigas,
á él os entregáis sin quejas,
hacendosas como hormigas,
laboriosas como abejas.
sois las palomas torcaces
que en los montes guijarreños
arrullan nuestros solaces
con arrullos halagüeños.
Sois juventud y alegría,
sois vida fresca y lozana,
sois amor, sois bizarría,
¡sois la mujer del mañana!
Tenéis toda la belleza,
todo el gracioso buen ver
que puede Naturaleza
dar á un cuerpo de mujer;
mas esa gran hermosura
no es vuestra prenda mejor:

hay otra más alta y pura,
hay otra de más valor.
¿Ccnocéis esa lozana
flor de exquisita bondad?
Pues es la virtud cristiana
que se llama *honestidad.*
¿Veis una rosa muy bella,
pero con muy mal olor?
Pues eso es una doncella
sin la virtud del pudor.
El pudor es el aroma
d alma de la mujer:
con él es una paloma;
pero sin él, ¿qué ha de ser?
Un aborto abominable
que inspira pena y horror;
una mujer despreciable
para todo hombre de honor.
Carne que el vicio ha comprado,
alma al demonio vendida,
un trapo roto y manchado
que se pisa y que se olvida.
Simpáticas guijarreñas:
si dijo verdad quien dijo
que sois sanas y risueñas
como los campos del Guijo,
yo, que sé quereros bien,
quiero que diga verdad

quien diga que sois también
modelos de honestidad.
Porque una linda doncella
sin la virtud del pudor
es una rosa muy bella,
pero que no tiene olor.

Vosotros, mozos briosos
de este apacible lugar,
los que en él vivís dichosos,
sin penas que lamentar:
sois la savia de la vida
del pueblo que cuna os dió;
sois la mano encallecida
que en huerto el erial trocó;
sois la mano que trabaja,
la que planta y la que riega,
la que poda y la que taja,
la que siembra y la que siega,
la que esparce y amontona,
la que roza la senara,
la que limpia y la que abona,
la que cava y la que ara...
sois los brazos vigorosos
de vuestros padres queridos,
que, ya viejos y achacosos,
van sintiéndose rendidos;

sois fuerza que está creando;
sois vida que está latiendo;
sois dicha que va cantando
y amor que viene rïendo;
sois la raza fuerte y sana
que viene al nuevo vivir;
sois los hombres del mañana,
¡sois del Guijo el porvenir!
Juventud que vas trepando
por la cuesta de la vida
y contenta vas mirando
que es hermosa la subida:
si por ella tú supieras
caminar con alma honrada,
de seguro que tuvieras
menos triste la bajada.
Bizarros mozos del Guijo,
que de honradez sois dechado,
á vosotros me dirijo
con este consejo honrado:
jamás deshonréis las canas
de vuestros padres queridos
con ruines obras villanas
de corazones podridos.
Jamás amarguéis los días
postreros de su existencia
con infames rebeldías
de hijos sin Dios ni conciencia.

Jamás les deis el suplicio
de veros encenagados
en los abismos del vicio,
que son mansión de malvados.
¡Sed honrados, porque el Cielo
premia el honrado vivir!
¡Haced un pueblo modelo
del Guijo del porvenir!

Vosotros, los que ejercéis
la misión de gobernarnos,
los que adelante debéis
por buen camino llevarnos,
los que del orden cuidáis
con desvelos paternales
y fielmente administráis
los intereses locales,
sabéis que de Dios emana
toda humana autoridad,
y el hombre que la profana,
profana la santidad.
Sabéis, honrados varones,
¡cuán estrechas, cuán sagradas
son esas obligaciones
que os tienen encomendadas!
Cumplidas honradamente
con probidad ejemplar,

pues ello ha de ser la fuente
del público bienestar.
Gozan los pueblos honrados
riqueza y prosperidades
si están bien administrados
por buenas autoridades.
Conducidnos por orientes
de progreso y de cultura,
que son las mejores fuentes
de toda dicha futura.
Pueblos que sin tales frenos
corren por otros caminos
son tribus de sarracenos,
son manadas de beduínos.
Y eterno borrón cayera
sobre vosotros mañana
si vuestro gobierno hiciera
del Guijo tribu africana.

I

Y á vosotros, ciudadanos
que con honor y pericia
tenéis hoy en vuestras manos
la vara de la Justicia,
también os quiero invocar,
también os quiero pedir
que, antes que prevaricar,
sepáis con honra morir.

Caed como una centella
sobre la humana malicia
si torcer quiere hacia ella
la vara de la Justicia.
Y al que la pide y la tiene,
dádsela sin vacilar,
aunque un puñal os ordene
tales derechos robar.
Públicamente os lo digo
para de ejemplo servir,
y un pueblo entero es testigo
de lo que voy á decir:
si á este sitio la malicia
me acerca una sola vez
y os propongo una injusticia,
tentando vuestra honradez,
que lo hagáis público quiero
para que el pueblo del Guijo
me llame mal caballero,
indigno de ser su hijo.

Vecinos de este lugar:
si en algo hablando ofendí,
bien me podéis perdonar,
porque ofender no creí.
Hablé con alma sincera
y quise un consejo daros

por si esta es la vez postrera
que en público vuelvo á hablaros.
Hablé porque al Guijo quiero
y al bien aspiro del Guijo,
pues no soy su forastero,
sino que ya soy su hijo,
y quiero vivir en él
y su gloria procurar
como un hijo honrado y fiel
que quiere á su padre honrar.
Yo soy de todos, vecinos;
cuente conmigo cualquiera
cuando por buenos caminos
que yo le acompañe quiera.
Son para mí, sin resabios,
iguales grandes y chicos,
iguales rudos y sabios,
iguales pobres y ricos.
Y aunque á todos por igual
doy confianza y amor,
el más honrado y leal
siempre es mi amigo mejor.
Vivamos todos unidos
por lazos de afectos sanos.
¡Los pueblos están perdidos
si no son grupos de hermanos!
Se vive en buena hermandad
cumpliendo esta condición:

tenga el rico caridad
y el pobre resignación.
A todos juntos suplico
que cada cual así obre:
al pobre, que ayude al rico,
y al rico, que ampare al pobre.
Así ha de darnos el Cielo
salud y bienes sobrados,
y el Guijo será un modelo
de pueblos cultos y honrados.
Si el bien del pueblo anheláis,
dadle paz, honra y honores,
y en prueba de que lo amáis
decid conmigo, señores:
¡Viva por eternidades
nuestra cristiana fe pura!
¡Vivan las autoridades
amantes de la cultura!
¡Viva la fe en los destinos
de nuestra aldea sencilla!
¡Vivan todos los vecinos
del Guijo de Granadilla!

EL CASTAÑAR

I

VED la verde maravilla
de belleza y de frescura,
que puso Dios á la orilla
del desierto de Castilla
y el erial de Extremadura!

Es el arpa soberana
donde vibran los rumores
de la ciudad bejarana,
que es una hermosa artesana
rica en virtudes y amores.

Cuando, entregado á mis sueños,
tristísimos ó risueños,
corro por tierras de hermanos,
de los campos extremeños
á los campos castellanos;

el geniecillo que vuela
cerca de mí, noche y día,
el que mis penas consuela
y amorosísimo vela
mis sueños de poesía,

este dulcísimo aviso
me suele muy quedo dar:
«¡Despierta, que ya diviso
las lindes del paraíso
que llaman el Castañar.»

Y, libre la mente, herida
de ensueños, que dan enojos,
sacudo el alma oprimida,
dispuesto á bañar mis ojos
en la visión prometida.

Y, mientras voy bordeando
el bello edén secular,
voy sin palabras forjando
un cantar más dulce y blando
que este grosero cantar.

II

La vida me da dolores,
pero también me da amores,
que es darme dichas muy hondas...
¡Fueran acaso mayores,
gozadas bajo tus frondas!

Mas ¡ay!, que aunque peregrino,
tu visión no me has negado,
al cruzar este camino
siempre voy arrebatado
con paso de torbellino.

Y, aunque, al pasar, sé llevar
alma y ojos codiciosos
abiertos de par en par,
tus misterios más sabrosos
no puedo paladear.

Miro tus sendas obscuras
perderse en las espesuras,
y presiento tus canciones,
y venteo tus frescuras,
y adivino tus rincones...

Y yo me finjo cantando
tu peregrina hermosura,
la música interpretando
del himno sereno y blando
que tu oleaje murmura.

Los ojos y el alma abiertos
del hijo de los desiertos
¡con qué delicia te ven!
¡Qué pobres mis pobres huertos,
después de visto el edén!

¡Qué mísera aquella higuera,
de donde cuelgo mi lira,
y aquella parra casera
que á dulce compás suspira
de mi guitarra severa!

Pulsárala en las hojosas
moradas de tus umbrías,
y fueran sus melodías
opulentas y pomposas,
como tus frondas sombrías.

¡De aguas puras los rumores,
frescas sombras, brisas sanas
y perennales verdores!...
¡Qué hermoso verjel de flores
es el vuestro, bejaranas!

III

Templo en que Naturaleza
puso grandiosa belleza,
tan llena de majestad...
desde tu espléndida alteza,
mira la hermosa ciudad.

Blanca como una paloma
que descansa en el alcor,
el sol de la vida toma,
posada sobre esa loma,
como la abeja en la flor.

Lavandera y cardadora,
infatigable hilandera,
batanera y tejedora,
tiene historia de señora
y honrada vida de obrera.

Respira tus brisas duras,
sus ojos en ti recrea
y busca en tus espesuras
alivio á fatigas duras
de la perenne tarea.

Si hacer su epopeya quieres,
escoge en salmos austeros
plegarias de sus mujeres,
rumores de sus talleres
y cantos de sus obreros.

Por las abiertas ventanas
de fábricas y de hogares,
penetren las brisas sanas,
que agitan, dulces y ufanas,
tus árboles seculares.

Pues tiene tu rico aliento
música que da contento,
y efluvios de esencia rica
que la sangre purifica
y equilibra el pensamiento.

¡Hinche de salud briosa
la vida de esas legiones
de la gente laboriosa,
y reine en sus corazones
tu paz augusta y sabrosa!

Bejarano edén ameno:
¿qué es lo que no podrás dar,
si, para hacerte más bueno,
puso el Señor en tu seno
la Virgen del Castañar?

Bejarano paraíso:
si el Cielo donarte quiso
ricos veneros tan bellos,
tu pueblo será preciso
que venga á abrevarse en ellos.

¡Abre veneros tan sanos,
y tus cultos bejaranos
y tus lindas bejaranas
beban perfumes cristianos
disueltos en brisas sanas!

Y, almas y cuerpos al par
en salud, podrán cantar
tese su más dulce anhelo:
«¡De Béjar, al Castañar,
y del Castañar al Cielo!»

INVITACIÓN

Te invito desde el destierro.
Sin despecho, sin rencores.
En este risueño encierro,
hospital de mis dolores,
estoy cantando el entierro
de nuestros muertos amores.

¡Prevista estaba su suerte!
Inquietos y casquivanos,
y puestos entre tus manos,
murieron de mala muerte,
que no hay cosa menos fuerte
que unos amores livianos.

El tuyo liviano era,
y el que te di no me extraña
que víctima suya fuera.
¡Ya no eres tú la primera
pobre mujer que me engaña
de esa sencilla manera!

Y en este juego de amor
sé que quieres demostrar
que no fuí yo el burlador...
Tranquila puedes estar,
que yo mismo haré constar
que es muy tuyo tal honor.

Y dígote sin recelo
que tu engaño hízome daño,
porque yo no soy de hielo;
mas no te parezca extraño
que ahora bendiga ese engaño
que le abre á mi amor el cielo.

Pondrélo en lugar seguro,
pues, tras fracaso tan duro,
no á más mujeres confío
un amor como este mío,
que, por no ser todo impuro,
te ha parecido muy frío.

De una aspiración bendita
te he querido hablar mil veces:
mas sospecho, mujercita,
que esta idea que me agita
no cabe en las estrecheces
de tu linda cabecita.

Haciendo estoy penitencia,
y quiera Dios perdonarme
amores tan desdichados:
quiero limpiar mi conciencia
para ante Dios presentarme
sin esos ruines pecados.

Y limpio de vaho impuro
de aquel amor tentador,
tan torpe como inseguro,
después que me sienta puro,
pondré en Dios todo mi amor,
que en Dios estará seguro.

. . . .

Antes que en ese camino,
por donde corres sin tino,
des con un mal caballero
que juegue con tu imprudencia,
te invito á hacer penitencia
y á cambiar de derrotero.

Qué ¿te ríes? ¡Cuántas veces
he temido, mujercita,
que esta santa aspiración
no cabe en las estrecheces
de esa linda cabecita
y ese enfermo corazón!...

ALMA CHARRA

A la manera de pensar del *tio Gorio* sobre cualquiera cuestión la llama él «la mi sistema». Y hay que ver *la sistema* del *tio Gorio* en las cosas que interesan á los hombres más de cerca.

El *tio Gorio* dice que es cristiano, como su padre, como su abuelo; y no diré que es católico, apostólico, romano, porque eso sería hablar por mi cuenta y riesgo, pues el *tio Gorio* no alcanza tales conceptos con su magín. Para él no hay más que dos religiones: la cristiana, que es la suya, y la *no cristiana*, la de los judíos, que es la del boticario del lugar, que no va á misa ni se confiesa.

La religiosidad del *tio Gorio* está penetrada de un sentido utilitario acentuadísimo. Este es su móvil inmediato. En su Credo, junto á Dios, tienen un puesto las brujas, de cuya existencia va desconfiando un poco; pero si las hay, pueden hacer mucho daño, y por si acaso, es prudente no negarlas á tenazón la existencia. Así va él pasando la vida, ca-

peando temporales y contemporizando con los poderosos.

En la fe del *tio Gorio* hay de todo. Lo mismo cree en la eficacia de la oración que le *echa* á San Antonio para que le busque la ovejita extraviada, que en el mágico poder del conjuro que mata los gusanos que se crían en las llagas de los animales.

Allá, en sus adentros, tiene el *tio Gorio* secretos teológicos que no suele revelar porque teme perjudicarse con ello.

—Creo en Dios, pero no creo en los curas—dijo un domingo por la tarde, en un momento de abandono, mientras bebía con tres convecinos el vino que habían jugado á la brisca en el corral de la taberna.

No estaba borracho, estaba sincero; aquel era el verdadero *tio Gorio* abandonado á sus pensares y sentires, no el *tio Gorio* de todos los días, siempre cauteloso, siempre en guardia, disfrazado. Y aquella tarde, ya orientado hacia la herejía, sentó una segunda proposición, todavía más fuerte que la primera:

—¿Sabéis lo que *sos* digo? Pues que la religión no es *nda* más que á *móo* de una maroma que tienen *pa* sujetarnos á *tóos*.

Nunca el *tio Gorio* había levantado tanto la puntería. Con todo, los tiros no iban contra Dios. Dios era una cosa de arriba, del Cielo, y la Religión era cosa de abajo, los curas, la confesión, los sufragios por los difuntos, los treinta *realazos* que costaba una boda...

Con Dios no se mete el *tio Gorio.* Lo teme mucho, por hábito y por egoísmo. Le hace daño en los oídos la blasfemia, que nunca suena en su casa; y cuando la oye cerca de él, siente miedo, y algunas veces mira instintivamente hacia arriba, como temiendo ver vibrar el rayo vengador que viene á carbonizar al blasfemo

Reza bastante el *tio Gorio*, y mucho de ello es por temor á que un zarpazo de la Divina Providencia, irritada contra él, lo deje sin cosechas, sin salud ó sin vida; sobre todo, sin cosecha; porque si para él Dios es su Dios, la haciendita es su diosa, y acaso me quedo corto. Se lo da todo: sus días, sus noches, su salud, su vida, y hasta sus hijos. No cree que Dios le da la hacienda para los hijos, sino que le da hijos para la hacienda. No pongamos al *tio Gorio* en duras alternativas que se vienen á las mientes. No le hagamos contestar ningún dilema.

En *la sistema* político-social de nuestro hombre hay muchos más puntos negros que en sus concepciones religiosas. Es escéptico y pesimista del más cerrado sistema. Ante todo, el Gobierno es un ladrón. El *tio Gorio* no admite, siquiera, la excepción del individuo. Todos, todos los que suben, van á chupar el sudor de los labradores. Cuando bajan, ya están ricos, y dejan sus puestos á los que están esperando la hora de chupar también. Tienen hecho ese convenio; y vengan pagos, y vengan quintas, y vengan holgazanes en las oficinas, y vengan sueldos.

Y dilatando el concepto, comprende en él á casi todos los ciudadanos que no cultivan la tierra. Para

el *tio Gorio* la palabra señorito es sinónimo de pillo. Para juzgar de la honradez de los hombres le basta saber cómo visten. Si tienen pantalones finos, chaquetón y sombrero alto, están juzgados. Cuando los ve en la ciudad, cree que todos son empleados y dice para su capote:

—¡Cuanto *holgaciàn!* Yo no sé como la tierra da *pa* tanto.

En el fondo los odia; pero los adula y los respeta, porque los teme. Cualquiera de ellos le parece muy capaz de enredarle en un lío de papeles que le dejase sin calzones. No se fía de ninguno. En la vida le ha dicho la verdad al abogado á quien acudió en consulta, ni al candidato que solicita su voto, ni al señor Juez de instrucción que le llama para hacerle declarar. Hay que suponer que al cura se la dirá en confesión; pero á los demás no suele decirles más que lo que le conviene. La mayor de las imprudencias cree él que es entreabrir las puertas del alma ante los señoritos. Todos son iguales.

Yo defendí cierto día á uno de ellos, que era todo un honrado caballero, de injustísimos ataques que en el pueblo del *tio Gorio* le dirigían, y el *tio Gorio* exclamó cuando lo supo:

—¡A *cualisquiera* hora le iba á quitar al otro la razón! ¡Bien dice el refrán, que los lobos no muerden á los lobos!

Y después censuré la conducta de otro señorito que era un vividor, un grandísimo tunante. Y supe uego que el *tio Gorio* me había puesto esta corona:

—¡*Tó!* pues no, que iba á alabar al otro! Bien

dice el refrán: ¿Quién es tu enemigo? El que es de tu oficio.

A ninguno de los aspirantes á diputados por el distrito le niega el *tio Gorio* el voto, y menos cuando los mismos candidatos le hacen su petición á quemarropa; pero los candidatos se van, y entonces ya es otra cosa. Hay que averiguar si se dan cuartos ó es «*na* más que una *convidá*» y ver «cual es el que le tiene más cuenta á la gente» y tener muy presente también «*pa ónde* está *ladeao* el Secretario, porque no se le *pué* faltar ni tiene cuenta quedar *repunteao* con él». Los mayores apuros del *tio Gorio* sobrevienen cuando el Secretario trabaja en favor del candidato que no da cuartos, ó da «una *convidá* más *misere*» que la del otro. Inspiraciones domésticas le obligan á decidirse siempre en favor del Secretario; pero ¡qué amarguras y qué sudores le cuestan!

Los diputados son también unos señores ladrones á quienes hay que tener siempre contentos «*pa* si se ofrece meter *enfluencias pa* alguna cosa», porque «somos piedras que rodamos, y «*pa cualisquiera custión* se *nesecitan* empeños hoy día», porque «el que hizo la ley hizo la trampa», y esa gente «te saca en un *santiamén* de *cualisquiera enreá*, y más si le alumbras un *pa é* duros *pa* café».

Cree firmemente el *tio Gorio* que los señores diputados prometen sin intención de cumplir lo prometido; pero, «de *tos* modos y maneras, las *enemistaes*, *pa* el que las quiera son buenas, que *na* más traen que muchas desazones y muchas *perdas*, si á mano viene».

Para que el *tio Gorio* desconfíe de un negocio le basta conque cualquiera se lo proponga, aunque sea con la mejor buena fe. Proponérselo y sentirse alarmado todo es uno. Muchas veces se deja escapar positivas ganancias que entre las uñas le ponen, porque no ve delante de los ojos otra cosa que la sospecha de que tratan de engañarle.

—¿Qué *quedrá* este pájaro?—dice maliciosamente cuando se aleja el que le propuso el negocio.

La gran vanidad del *tio Gorio* consiste en no ser ratero. Y, en efecto, no lo es; pero ¡cuántas veces lo dirá al cabo del día! Es su eterno sonsonete... «Porque otra cosa no tendré—dice el hombre—; pero en *tocante* á quitarle nada á *naide* no hay quien ande con el pie más asentao que yo y *los mis* muchachos.» Y es verdad. Hay en ello algo de hábito virtuoso, adquirido por herencia; hay también un terror pánico á caer, con toda su hacienda, entre las uñas de la curia; hay para él un argumento de fuerza contra el convecino ratero que le sustrae medio pie de tierra en la linde con la punta de la reja, ó le lleva medio cuartillo de trigo en los zapatos cuando le ayuda á limpiar una parva, ó le corta á media noche la regadera de las patatas para que beban las del ratero un traguillo antes de que le llegue *la vez*; y hay, por último, un principio de tácito egoísmo calculador, que podría traducirse así: «Yo no robo para tener derecho que no me roben.»

La sistema jurídica del *tio Gorio* se mueve toda entera alrededor del derecho de propiedad, que es para él el más sublime, el más sagrado, el más per-

fecto y hermoso de todos los derechos y el más merecedor del respeto de los hombres. Quisiera él establecer en el pueblo un pacto, firmado y todo, cuya única cláusula fuese ésta: «El que le coma algo á otro, será condenado al pago del duplo de lo comido y á veinte años de presidio»; pero que lo condenen los *justiciales,* porque el *tio Gorio* le tiene un miedo espantoso á toda clase de litigios. Cuando coge al ratero con las manos en la masa, se pone como energúmeno y jura que lo ha de entregar á los tribunales, que lo ha de perder. No hay tal cosa. El secreto del *tio Gorio* es precisamente éste: dejarse robar hasta los calzones puestos antes que meterse en denuncias y líos de papeles. Lo que hace es irse con mucho sigilo á casa del Secretario para que éste amedrente al ratero y le haga pagar lo hurtado, prometiéndole, en cambio, intervenir en el asunto para que el *tio Gorio* no lleve las cosas más adelante. Algunas veces no le resulta la estratagema y se queda sin lo robado y hecho un basilisco. Por eso tiene vivos deseos de romperles la cabeza á unos cuantos convecinos; pero no lo hace porque dice que «eso es lo que *quié* la curia, que *haiga pegas tos* los días y que el que da tenga *pa* responder». Y maldice de todo por eso, porque se ve sin medios de defensa contra los ataques á su propiedad.

—Si no doy parte, *tuito* me lo comen los golosos; si los meto en un *trebunal,* me *enrean* á mí también, y si *escalabro* á uno y coge testigos, me *arrascan* bien la bolsa entre unos y otros.

Si valiera tomarse la justicia por su mano, al *tio*

Gorio le iría bien, porque dice que «á *los sus* muchachos no había más que *apitarlos* una *miaja* y ya se vería luego quién llevaba los gatos al agua». Y él mismo haría también lo que pudiera, porque «no se le arruga el *ombrigo asín* como *asín,* ni lo *amedranta* á él ningún *majito* que le venga *turreando*, porque á él le tufa el aliento y no le coge miedo á *naide...*» á no ser á *ella.*

Ella es su mujer, la *tia Pulla,* el ama y señora absoluta de la casa, de la hacienda, de los hijos y del *tio Gorio*, que la teme como á una nube de verano cargada de rayos y granizo. Fuera de casa la llama casi siempre así: *ella;* y algunas veces *la tía.* En casa tampoco la llama por su nombre: la llama *chacha*, y siempre bajito y como con algo de cariño vergonzante preñado de temores y respetos.

La *tia Pulla* es más lista que su marido y trabajadora en demasía. Dicen de ella que «es una *cendra;* la tía más *árdiga* que hay *pa* el trabajo». Ella espada lino, hila, echa telas, escava los garbanzos, espiga las cortinas, asiste los cerdos, cría pollos, remienda, lleva al campo las comidas, compra y vende, cobra y paga, lo dispone todo, lo dirige todo, lo absorbe todo. T todavía le queda tiempo para hacer algo de fruta de sartén «*pa* si se ofrece», y para poner bien majos á los dos mozos los días de fiesta y para hacer diplomáticas gestiones cerca de las madres de las mozas que á ella le gustan para novias de sus hijos. Las conoce como si todas fueran hijas suyas. Para eso tiene un ojo envidiable la *tia Pulla.* Hay que oirla hablar así:

—«Cuál, ¿la del *tío Gorrilla?* ¡Ay, *queridota,* y qué *comenencia pa un probe!* Mucho hacer puntilla, mucho sacarse *pa* fuera la chambra, mucha *gamonita* con los mozos, mucho *abaniquearse* en Misa, mucho barrer el *enrollao,* y luego *pa drento* de casa los *tapujos* y las *marranás* y las *zancajeras* y los camisones *curtíos,* y los paños como tizones. Y encima *entrampaos* hasta los ojos. ¡Si *tuito* lo da á hacer! ¡Anda, que á la maestra bien le va con ella! Por cuatro *monás* de *na* que le *cosiquea,* allá van los *mandilaos* de *frejones,* y las buenas *cazuelás* de garbanzos como *abogallas,* y la buena torta reciente, y los buenos *pucheraos* de calostros y de suero en el tiempo! Y luego, cuando viene el *cobraor* de la contribución, ¡á echar la vela pastora por el lugar en *cata* de los cuartos! ¡Buena *gobierna* de casa anda allí!

Pues no *sos quió* decir *na* de las dos mocitas de la nuestra comadre! ¡Que las revendiera á *dambas!* ¡*Má* que las crió, y qué fiesteras, y qué monas, y qué *holgacianotas,* y qué amigas del buen *bocao,* que no gana su padre *pa golosás!* Allí rosquillas, allí coquillos, allí perrunillas, allí floretas, y venga *escachar güevos,* y venga *mercar* azúcar, y la fanega de trigo *pa* el tío de las uvas y la tarja *diendo* y viniendo de la taberna y un buen caramillo de trampas en *cá* las tenderas... ¡Quítalas delante, y quién cargará con ellas! Y no es el decir que en la casa no *haiga entrás,* que su padre anda *reventao* siempre y buenos años que ha tenido, porque bien le ha *pintao* el trigo del rozo hogaño y otros años que no miento,

y bien se han *enllenào* de garbanzos y *garrobas* y de *too;* pero *alantan* más las gallinas á *esparramar* el montón que él á *ajuntalo...*

Y de parecido modo va pasando la *tia Pulla* minuciosa revista á las mozas del lugar, indicando «á los sus muchachos» cuáles pueden convenirles y advirtiéndoles que se estén quietos hasta que ella «le tire alguna *puntá* á *Fulana pa* saber si hace cara ó no hace cara». Los dos mozones hacen lo que el *tío Gorio:* oir, callar y obedecer.

El *tío Gorio*, según él dice, «está *desimío* de esas *cuestiones* que son como *pa las tías na* más». En realidad, está *desimío* de todas las cosas porque la *tia Pulla*, que ejerce sobre él un dominio irresistible, le invade todo el campo de sus atribuciones é iniciativas. Le proponen á él la compra de una vaca, por ejemplo, y aun sabiendo que *ella* quiere que se venda, contesta invariablemente: ¡Pchs! pues hombre, en queriendo *ella*, por mí no hay *paro nenguno.*

—«Mira *Gorio*, que ahí ha *venío* el alguacil *pa* que vayas mañana á Concejo; y á ver la palabra que sueltas allí; *cuidaíto* con que te dejes *enrear*, mira que tú eres el *tío* más *fiao* y más *desmaliciao* del lugar, y te dejas *entruchilar* en un *santiamén.*

»Van á determinar del *istierco* del rodeo, y ya te he dicho que yo no *quió rebujinas*. Si el compadre quiere *mercarlo*, allá, allá se las vea: tú no me vengas con medias, que las medias son buenas *pa* las piernas y la grasa se la chupa siempre el demonio de alta peña y á casa no me traes más que las *perdas.*

»Si determinan también de echar *la derrama pa mercar* el *reló*, ahora te lo digo, tú te *desimes* de eso, que yo no *quió reló* ni *reloa;* ¿estás *enterao?* No me vengas luego con que si pitos, con que si flautas, y tengamos en casa alguna que sea *soná*. Y de los pastos, ya sabes: si le rebajan un real á las ovejas y le suben tres á las vacas, entras en la *comunidá*, y si no, no.

»Y no me vengas como *hogañazo* con la música de que tenían ley *pa* hacerte entrar, porque hogaño no entras, ya lo sabes: y si te dejas *engatusar*, á casa no vengas, *Gorio*, porque no estoy yo aquí hecha una esclavita de lo que hay *pa* que tú me lo *malrotes* en pagos; ¿te enteras? No digas luego que no te lo advertí bien *advertio*; y ¡no las tengamos, no las tengamos! que yo soy enemiga de desazones y tú *paece* que le andas buscando siempre tres pies al gato, y tiene cuatro. Yo debía hacer contigo lo que hacen otras con el marido: no dejarle ni *resolgar* siquiera, ni meterte en nada, ni hacer tratos y contratos con la otra gente; pero, *velay*, todas no tenemos la suerte de tener un marido que se deje llevar como hay otros. Una de esas que yo me sé te debía de haber caído á ti á la cola, *Gorio*, *pa* que supieras lo que es bueno; y no que tú, encima de no servir *pa ná*, *empeñao* en meterte en todo y salirte siempre con la tuya.»

El *tio Gorio* aguanta paciente y mudo estos chubascos, y ni siquiera le entran ganas de discutir las sinrazones de *ella*. «La tiene como *dejá*, porque las tías son *asín toas*; y porque en muchas *custiones* no

va ella *descaminá*, y de *toos* modos y maneras, más ven cuatro ojos que dos.»

Allá, para sus adentros, se quieren bien.

Los amores del *tio Gorio* y la *tia Pulia* no fueron nunca vehementes. Unió á la pareja, no el amor precisamente, sino la mutua conveniencia, medida y pesada por las familias de ambos. «Había tierras que lindaban, que en rompiendo la miaja de linde, quedaban unas alhajas; y dos *praos* pegando, que *náa* más quitar el medianil, y aquello era una *desa*.»

Y se casaron con el afecto que puede nacer de una previamente sentida comunidad de intereses y de un par de años de trato, reducido á un rato de charla los sábados por la noche y los domingos por la tarde. La vida común avivó después aquello, y llegaron á quererse con cierta pasión, más sincera que fogosa.

Por entonces iban juntos á la feria de la ciudad y á las fiestas más notables de la comarca; y sí, llegaron días en que se amaron, no como héroes de novela, pero sí más y mejor que ninguna otra pareja del lugar. La sangre, en aquellos tiempos, estaba inquieta, y como en casa no había testigos que eran los enemigos más grandes de aquel amor cobardón y pudoroso, salía éste de sus hondos escondites y lo vieron muchas veces las paredes de la modesta casita corretear por allí... Pero vinieron los hijos, crecieron y, antes de que «tuvieran conocimiento», se hundieron para siempre en el fondo del baúl los juguetes de querer, y allí no volvieron á cruzarse dos

miradas que hablasen de tales cosas. Fuego había, pero sin humo y sin llamas.

Pasaron años, y aquello no era ya fuego: era suave calor de cenizas no movidas, tibio, pero duradero. Los hijos lo barruntaban, sin saber de dónde venía, y se criaron en aquella templada atmósfera con la absoluta inconsciencia de quien vive en su elemento. Y así fueron ellos luego lo que son: naturalezas simples y sanas, de pasiones sosegadas, dóciles á todo freno, tranquilas, equilibradas, mudas, sufridas y austeras. Ambos son buenos mozos, trabajadores y cobardones; no fuman, no beben vino, no conocen más juego que el de *la calva*. Su madre los echa á la calle los días de fiesta para que luzcan sus ajustados calzones; los blancos borceguíes nuevos con pespuntes amarillos; las gorrillas de embudo, adornadas con un lirio ó unas hojas de *romana*; los camisones como el ampo de la nieve; las blusas nuevas de engomadas telas, rebeldes á la adherencia; los grandes tapabocas con flecos de chillones colorines.

El *tio Gorio*, cuando ellos se van al baile de tamboril, se reúne siempre *causalmente* con algún compadre «y se la echan á dos á la brisca». No lleva nunca consigo más que diez céntimos que le da *ella* cada día de fiesta, siempre con la amenaza de suprimirle la pensión la primera vez que vaya á casa algo *chispo*; pero no sirve. El día que pierde la partida, menos mal, porque no bebe más que la cuarta parte de lo que pierde; pero cuando gana, no quiere llevar los diez céntimos á casa, por no sentar precedentes perjudiciales, y los *echa* en vino, que se bebe ami-

gablemente con el compañero ganancioso. No se emborracha; se pone alegre, bromista, charlatán y muy cariñosote, que es lo que no puede resistir la *tia Pulía*. Siempre regresa él á casa con el decidido propósito de aparentar serenidad, para que la mujer no se entere; pero la alegría que hormiguea en todo su cuerpo le hace olvidarse de todo, y en cuanto asoma por la puerta de la cocina, ya sabe la *tia Pulía* cómo viene. Lo primero que suele hacer el hombre es llamarla con cierto mimo «parienta», en lugar de *chacha*, y eso la pone á ella fuera de sí.

—¡Mal *relobado* te entrara, Dios me perdone, re...*peinetero!* ¿*Sos paece* qué escarmiento el de este retunante? Mira, reladrón, ó te quitas delante de mis ojos, ó esta es la noche que te enderezo con el badil en los hocicos. ¡Vergüenza te podía dar: tener dos hijos mozos, que están en su casa como Dios manda desde el ponerse el sol, y tú, *enfonchao* en la taberna hasta las ocho de la noche, *derrotando* lo que otros ganan y dando escándalo. ¡Quítate *lante*, que no tienes rayo de vergüenza, ni la conoces siquiera! Más te valía darle mejor ejemplo á los muchachos. ¡Anda, que yo, yo te ataré corto, yo!; te aseguro y te prometo, como esta es cruz, que vas á mudar de *librea* desde hoy ó el demonio va á andar en *Cantillana*. La *perra* que esta *tía* te vuelva á dar *pa vinarra*, que me la claven en la frente, *bausonazo*. Esa *vivienda* que traes, yo, yo te la quitaré, yo, bribón. O mudas de *bisiesto* ó nos van á oir en *toó* el lugar, *conti* más en la vecindad...

Todo esto lo dice la *tia Pulía* sin dejar de trajinar

en la cocina, andando de un lado para otro, con mucho manoteo al aire, mucho estrépito de cacharros, mucho *sorrascar* los tizones del hogar y mucho entrar y salir de la cocina sin hacer oficio de provecho.

El *tio Gorio*, como no está del todo solo, no se asusta, y su prurito irresistible de mostrarse cariñoso, le hace decir:

—Vamos á menos, parienta, que no hay *nengún* motivo para desazonarme *asina*. *¡Miá* qué hijos nos ha *dao* Dios! *¡Miá* qué dos mozos, mujer! Si hay otros dos más *plantaos* en el lugar, que salgan, *mecachi en sanes!* Esto quita las penas; y eso que no *quió* decir *na* de ti, de si tú eres *asín* ó eres *asao*, que me *paece* que á *trabajaora*, y á *aseá* y á vividora y á conocimiento no quiero yo que *haiga* quien te eche la *pata* encima en *tos* estos *encontornos*..

—¿Pero *sos paece* qué tío éste? Malos moros me cautiven si vuelves á entrar en casa desde el punto y hora en que toquen á las oraciones, *resinvergüenza!* Acuérdate de lo que te digo esta noche; y ya estás *zutando* á la cama, que te aseguro y te prometo que esta noche no te da acedía con la cena.

El *tio Gorio*, después de oir otra docena de improperios, acaba por irse á la cama, sin preguntarle siquiera á los mozos «si están ya *apajas* las vacas, y si tienen *ensobeao* el carro *pa* mañana, y *gobernd* la coyunda vieja, y bien *aguzaos* los destrales, que hay que *dir* á la *desa* á *esmochar* unas encinas».

En la cocina se quedan como sordos cuando el *tio Gorio* se va á la cama.

—*Echai* sopas—dice la madre á los mozos.

Ella, entre tanto, da la última vuelta á la humeante puchera de garbanzos, berza y fréjoles, y prepara la mesa, que es el *naso* del pan.

Y mientras cenan, como recordando la escena pasada y sintiendo el gran vacío que la ausencia del *tio Gorio* ha producido entre ellos, dice á los humildes mozos:

—*Velay*, no tiene más que esa miaja de falta, y hay que tapársela, que él bien bueno y bien vividor que es; y *pa vusotros* es un *padrazo* que no sabe *negaroos* ningún gusto...

MAJADABLANCA

El *tio Pelao* nos estropeó la vida: nos interrumpió la dulce siesta espiritual que dormíamos en el regazo blando y tranquilo del mundo honrado...

El maestro de escuela, el cura y yo vivíamos en Majadablanca como tres príncipes, como tres príncipes de Majadablanca, por supuesto. El lugarejo era chico y estaba escondido, por eso era *nuestro;* nuestro en el sentido amoroso de la palabra; por *dominio natural* de buena casta, porque era hijo de nuestra mayor cultura, puesta con nobleza de oro al servicio del mayor bien de las gentes del lugar. Tenían éstas sus roñas y sus miserias, pero eran pocas y no de las de la medula. En fin: que Majadablanca era de lo mejorcito que quedaba en este mundo, porque el mundo no la había visto.

Pero al *tio Pelao*, que era el tío más holgazán y más malignamente curioso del pueblo, se le metió en la cabeza que un muchacho de ocho años que tenía, saliera «á probal del mundo», y para ello se lo llevó

á la ciudad y se lo dió á un albañil. Se lo dió, así como suena; porque, en el fondo lo que el *tio Pelao* quería era «echal costo de casa», y, aunque nadie le quedaba más que el chico, que vendría á costarle, á todo tirar, doscientos reales al año, mejor estaba sin él, porque á la holgazanería y al hambre les place mucho la soledad.

Se fué el muchacho, y nosotros tuvimos que resignarnos á que el padre no se fuera detrás de él. Por supuesto, lo teníamos á raya, porque la gente era nuestra, y el *tio Pelao* no tenía agallas para desmandarse solo, y menos desde que le hicimos trizas un proyecto de soez concubinato con una infeliz mendiga medio ciega y medio imbécil.

El *Pelinos*, como llamaban en el lugar al hijo del *tio Pelao*, estuvo por allá cinco ó seis años, y cuando ya nadie se acordaba del santo de su nombre, se presentó un día en la aldea, hecho un grosero guiñapo, sin oficio, sin pan y sin vergüenza. Lo encontramos en nuestro habitual paseo vespertino por el camino más ancho del pueblo. Me costó trabajo conocerlo. Había crecido mucho, venía flaco, venía amarillo, venía insolente, venía perdido. Al llegar junto á nosotros, fumando un cigarrillo mal oliente, nos miró un momento con osadía, con impertinencia, y pasó sin saludar, como diciendo que buena cosa le importaríamos nosotros á él.

—¿Quién es ése?—preguntó en seguida el cura.

—¿Ese?—contestó el maestro—; pues ese es el hijo del *tio Pelao*; como si dijéramos: el demonio que viene á darnos que hacer.

El mozalbete, en efecto, era un caso de estupenda perdición. En pocos días dió algo de todo: baile y cante de tangos desbaratados en la taberna, á cambio de unos sorbos de aguardiente que le daban cuatro viejos socarrones; raterías descaradas en huertos y gallineros; lenguaje perversamente achulado, bárbara jerga de los últimos períodos de la chulería degenerada, que no ha degenerado ¡ay! para morir, sino para acabar de atormentar el buen gusto de las personas decentes; blasfemias en plena calle, y mayores si pasaba cerca el cura... En fin, el mozuelo era un caso patológico, un precoz alcoholizado dañino, un impulsivo, un frenético... El cura estaba inconsolable y aterrado; el pedagogo estaba furioso, y yo llegué á acariciar el loco proyecto de pegarle al podrido adolescente una paliza brutal en la soledad del campo. ¡Nos contaban unas cosas!...

Una tarde de Julio, cuando yo andaba engolfado en los trajines de la siega, pasé junto á una gran charca de las cercanías del pueblo, y mi caballo quiso ir á beber en ella. Y mientras él embaulaba desde una orilla cántaros de agua caliente, verdosa y fétida, observé lo que en la orilla opuesta ocurría. Ocho ó diez chicos, sin escrúpulos de higiene, se bañaban, bajo el sol achicharrante, en las cenagosas aguas de la laguna y se divertían arrojándose unos á otros puñados de fango y limos que se adherían á la piel cobriza y reluciente de aquellos huesosos cuerpecillos escaldados. En el grupo de combatientes había uno que ya pasaba de niño. La distancia y la desnudez no me dejaron por el momento reco-

nocer á *Pelinos* en aquel sátiro anguloso, con miembros de adolescente enflaquecido por las miserias más horribles de la carne y del espíritu; de acentuada inclinación dorsal hacia adelante, iniciada ya en las ingles; brazos larguísimos y flacos; blandos meneos de mico...

Uno de los rapaces, en el calor de la refriega, levantó demasiado la puntería y le puso á *Pelinos* entre los labios una bola de fango pegajoso. El agredido lo escupió con bascas de perro hidrófobo y envuelto en una blasfemia tan espantosa, tan criminal y tan bárbara, que todos los combatientes se quedaron aterrados, inmóviles, en las diversas actitudes semitrágicas en que el grito horripilante les hirió en el oído y en el alma. Y aún le dijo al inocente agresor con voz de saña asquerosa:

—¡Oye, tú, *boceras!* ¡A ti te...

Y yo, que *todo* lo oí, en vista de que no es lícito reventar á un innoble bicho humano bajo las patas de un caballo, que es un animal muy noble, lancé al mío por la senda polvorosa que conducía á los trigales en siega, sin volver atrás los ojos por no ver otra vez al desdichado canallita.

Pues no pasó una semana ¡y otra vez se me puso delante el mozalbete! Era ya una obsesión que estaba haciéndome daño.

Fué una mañana á la salida del sol. Yo había pasado la noche—una noche hermosa y cálida, de espléndida luna llena—en la orilla de la sierra, esperando el paso de una pareja de jabalíes que se daban grandes festines de trigo en las hacinas.

Iba á salir el sol. Yo caminaba distraído, ya cerca del lugar, y al cruzar una calleja bordeada de zarzales y saúcos, el caballo se espantó, dió un respingo de costado y estuve á punto de rodar por el suelo pedregoso.

Una mozuela rechoncha, colorada, sanota, flor de aldea, mal peinada, mal vestida y descalza, venía huyendo, iracunda y jadeante, como loba herida, con un pedrusco en la mano, mirando hacia atrás y apostrofando con rabia. Al verme cerca, cobró ánimos, suspendió la huída, y parada en firme, redobló las invectivas. El sátiro se replegó contrariado. ¡Era *Pelinos!* No tuvo ni el pudor de sorprenderse. Miró á la moza con ira y á mí con odio. La muchacha lo miraba desde las cumbres de la cólera triunfante...

Yo tenía el alma cargada todavía de purezas exquisitas, destiladas en el seno de una noche de silencio que habló cosas divinas con la sierra; una noche grande, de grandeza religiosa, que cayó sobre mi alma como bálsamo; una noche dulcemente dolorosa, de las que invitan al llanto, pero á un llanto placentero, raudal suelto de todas juntas las ternuras de la vida sentimental, las que solamente salen de las entrañas del alma cuando saben que está sola y abierta por todas partes á las hondas confidencias eternamente secretas de la soledad augusta, que es honrada porque es muda, y del dulce silencio de los campos, que es discreto porque se deja oir pocas veces. Una noche de aquellas que regeneran, que levantan el corazón por encima de la vida de los hombres...

Y entonces fué cuando tuve que ver á *Pelinos*, la criatura bestializada, cuya visión yo creí que me haría descender á grandes tumbos de las cumbres aquellas del mundo espiritual y caer otra vez en la vida panza abajo y ridículamente espatarrado, á pernear en el charco con risible gentileza de gusarapo engreído...

Pues no hubo tal. Lo que sentí fué una lástima muy noble, una piedad dolorosa del mozuelo, un deseo infinito de regenerar y perdonar, como si yo fuese Dios.

Y el sátiro, enconado, mientras yo pensaba tal, inició la huída; pero antes miró á la zafia Susana con ojos de sangre y le enseñó una navaja muy larga que blandió en forma de amago; y á mí me enseñó otra cosa: me enseñó burlescamente la lengua, y, con cínico ensañamiento, me hizo con la mano un gesto gráfico, injurioso y groserísimo, y á trote largo de lobo flaco, se hundió en seguida en la red laberíntica de las callejas sombrías de los huertos.

—¡Estamos frescos!—dije á mis amigos aquella tarde, en el paseo, hablándoles del suceso.

—¡Lucidos estamos!—murmuró muy preocupado el maestro.

—¡Estamos perdidos!—exclamaba el pobre cura, —llevándose las manos á la cabeza.

—Pues ahí tenemos al héroe—añadí yo, señalando un grupo de chicos que veinte pasos á la derecha del camino rodeaban y escuchaban de pie y atentamente á *Pelinos*, que les hablaba sentado en el suelo, y fumando un cigarrillo. Había puesto allí la cátedra,

Los escolares nos vieron pronto, y, al pasar ya frente á ellos, se inició en todos un movimiento de duda. Nosotros, que íbamos muy calladitos, oímos que *Pelinos* le dijo muy despacio al más pequeño:

—¡Anda tú, *beatiyo*! Anda, *mandria*, á besarle á aquel tío la mano, y le dices de mi parte, que él á mí...

El cura se santiguó horrorizado. El grupo de los muchachos se abrió como una granada, pero ninguno tuvo el valor de arrostrar la chacota de *Pelinos*, y se quedaron por allí como distraídos, rompiendo el césped con los tacones de los zapatos ó dando suaves golpecitos con un canto en la pared...

Y entonces el maestro, que era hombre recto, autoritario y de genio arisco, se fué en derechura á ellos, bufando como gato rencoroso; y sin previas explicaciones rompió en una cachetina escandalosa, equitativamente repartida entre los pequeños renenados, que aguantaron la lluvia de pescozones con mal disimulados gestos de vergonzosas protestas, verdaderos asomos de rebeldía no observados por el iracundo pedagogo, que no estaba para observar menudencias. *Pelinos* no se dejó echar el guante. Miró al maestro como miran los lobos á los mastines, y apreciando con instinto de irracional su inferioridad de fuerzas, huyó vergonzosamente, á media carrera, de mala gana, como garduño que se deja atrás la presa...

Reunidos al día siguiente nosotros en casa del cura, llamamos al *tío Pelao*, que, resumiendo su perorata defensiva, llegó á decirnos así:

—Y de tóos móos y maneras, esas son delicaezas

de ustés, y la mocedá es mocedá, y hay que ejal que cá uno jaga lo que mejol le paeza, que los tiempos son ya mu otros, y usté en la iglesia, y usté en la escuela y yo en mi casa, y cá uno en la suya, y Dios en la de tóos, y punto concluío. ¿No verdá?

Nos quedamos como mármoles.

Acudimos en queja al Alcalde, el cual nos dijo, sin menear las orejas:

—Si ustès habiesen cogío al mozo enfragante, cogiendo algo de cualisquiá hereá, santo y güeno para jechali la ley encima; pero ondi no hay delito, no pué habel castigo, y hoy en día no se pué jacel na sin ley porque cá uno es cá uno, y la genti ya no inora ná, y es menos aguantá cá ves, y á naide le gusta que naide se meta en cá naide, y á ná que te escuidies pa castigal, ya te están tirando por alto, ú diciéndote en tus jocicos que si tal y que si cual, y que si crúo ú que si cocío, y que si pitos ú que si frautas. ¿Están ustés?...

¡Ya lo creo que estuvimos! Estuvimos á punto de estrangular á la primera autoridad civil de nuestro pueblo, mejor dicho, del pueblo de *Pelinos*, porque suyo sería pronto, al paso que iba.

Las noches de la taberna, muertas antes, eran abiertamente ruidosas y alegres, porque los tíos que tomaron aquello primeramente como sesiones de *títeres* en que *Pelinos* era el héroe, se aficionaron con grosería á las veladas regadas con vino agrio y encendidas por la pimienta de chascarrillos soeces de última fila, reídos por bocazas puercas y por barrigas repletas de guisotes picantes de carne de cabras tísicas.

Cerca de Majadablanca por entonces pasó el PROGRESO volando, y con las puntas de sus alas trazó en los campos dos vías: un tren y una carretera. Un comisionado de apremios, más filósofo y sociólogo que los tíos, predicóles de ateísmo y de anarquía, de libertad y de sagrados derechos, de frailes y de monjas todo junto. No lo entendieron bien todo, entre otras razones porque el otro tampoco lo entendía, pero es lo cierto, que se los llevó de calle. De paso dejó establecida la institución del *cané*, que creció como la espuma.

Lo demás lo hizo el demonio.

. . . .

Hoy, Majadablanca es esto:

Un cura que dice misa para diez ó doce mujeres y para cuatro ó seis hombres.

Un maestro jubilado que vive tomando el sol en el corral de su casa.

Otro maestro muy joven que enseña todo lo que hay que saber, menos los diez mandamientos.

Cinco vecinos que viven como Dios les da á entender.

Noventa y tantos ciudadanos libres que piensan como escuerzos y blasfeman como demonios.

Otras tantas harpías desgreñadas que beben aguardiente y hablan como carreteros.

Y los ciento y pocos más vecinos del lugar, defendiendo á tiro limpio los repollos de berzas de sus respectivos huertos.

El *tio Pelao* nos interrumpió la siesta, nos estropeó la vida...

Pelinos nos ha vencido.

DISPARATE

La vaca, que estaba echada, dió un inmenso resoplido quejumbroso, y el chotillo nació sobre la escarcha del valle.

Eran las cinco de una mañana de Enero crudo; una mañana cruel para los hombres, para los brutos, para los árboles... Todo mudo, todo helado, todo blanco. Se condensaba el aliento: el ambiente hería la piel.

La vaca se levantó de repente y olfateó con avidez el informe saquillo membranoso que yacía inmóvil sobre la sábana de hielo. Lamió, lamió con codicia, con prisa, con ahinco, con ansia de calentura. Se estremecía, y no de frío; y, con los ojos muy abiertos, relucientes, codiciosos, seguía lamiendo, lamiendo; prestando con el cálido aliento que salía como dos columnas de humo por las narices húmedas y dilatadas, calor suave, calor de madre, calor de fiebre creadora, calor de vida...

Y delante de la tibia lengua áspera, cual si ésta

fuera cincel de artista sublime, fué surgiendo, fué surgiendo poco á poco la bellísima cabeza de un becerrillo tembloroso, húmedo y bello, no de bronce, no de mármol, como obra fría del Arte, sino de carne palpitante, de sangre caliente, un pedazo de naturaleza viva para moverse en el mundo y alegrarlo....

Y surgió el animalillo enteramente á la vida, limpio, precioso, echado sobre la helada como estatuilla de oro sobre mármol, despertando en mi memoria vagas remembranzas bíblicas de los tiempos de las locas idolatrías...

Me acerqué, sugestionado. Vióme la vaca, y, ante el supuesto peligro, se encampanó, embravecida. Tembló, gimió sordamente, clavó los ojos de acero en su ídolo, después en mí, luego otra vez en el choto. Inició la acometida y se detuvo, mirándolo nuevamente. Me hizo, sin palabra, la más acabada historia del rencor en la impotencia. Yo era su odio, que la llamaba provocativo; el hijuelo era su amor, que la estaba deteniendo. No podía dejar al hijo: por eso no me mataba. Y me enseñaba la muerte en las puntas agudísimas de sus astas de marfil con vetas negras de bruñido azabache reluciente. Pero yo estaba tranquilo. Por entonces ya sabía que el amor siempre es más fuerte que el odio.

Me acerqué más á la bestia enamorada, y vi en sus ojos la calentura magnífica de la triunfante maternidad.

El becerrillo se incorporó trabajosamente. Quería calor, quería vida, quería mamar leche tibia. Andu-

vo dos ó tres pasos, vacilante, como un ebrio, y cayó al cabo. Tornó á levantarse, volvió á caer y otra vez se levantó. La madre, á cada caída, se precipitaba sobre él, lo alentaba, lo lamía, me miraba... Y al cabo, el recién nacido, temblando, haciendo equilibrios de borracho, se sostuvo, apoyándose en el vientre de la madre. Y alzando la preciosa cabecita, buscó la ubre con el húmedo hociquillo charolado. No podía dar con ella: la buscaba entre las manos de la madre, y apoyado siempre en ésta, siguió andando alrededor y dió por fin con la no aprendida fuente. La vaca, abriendo los pies traseros, se la entregó toda entera, blanca y rosada, inmensa, henchida, pletórica... Y colgado de un pezón el becerrillo, dió tres golpes con el testuz á la ubre y se quedó luego inmóvil, como dormido, recibiendo con deleite el oculto chorro lácteo, caliente y rico, que poco á poco iba haciendo dilatarse los ijares antes hundidos del glotoncillo inconsciente...

Sentí ruido hacia el camino. Pasaban dos mujerucas arrebujadas en mantas viejas y montadas en dos borricos que iban pisando tímidamente el sendero empanderado por la helada. Las conocí: eran de la aldea. Una de ellas llevaba algo escondido bajo la manta.

—¿Dónde vais á estas horas y con este frío que hace?—las pregunté sin acercarme al camino.

—A lleval esti contrabando á la ciudá, señol—dijeron;—es *lo* de esa perdía de Luteria, que ha espachao esta mesma noche y mos lo han dao pa llevalo ondi ya tieni quizás otros dos. Y cuidiaíto si con

esti frío que jaci no casca antis de llegal allá el enfeliz.

Y sonó un llanto muy débil, que parecía lejano, de sonsonete uniforme, ronquito, con acentos de fatiga...

Me quedé como atontado.

—Pero, ¿y la... madre?—dije á voces á las tiucas, que se alejaban.

—Tan campanti, señol; tan campanti que se ha queao sin el engorro de esti enfeliz—me gritaron ya desde lejos.

No supe dónde posar los ojos, y los volví de repente hacia la vaca. No estaba ya donde antes. Iba ya lejos, internándose de prisa en la espesura del monte y mirando al hijo, que trotaba junto á ella contento, triscador, con el estómago lleno ¡y sin frío! ¡sin pizca de frío!...

Y entonces fué cuando yo puse en boca del niño que iba llorando este magnífico disparate:

—¡Ay, ay! ¡Quién fuera choto... quien fuera choto!...

EL VAQUERILLO

JE, je!—gritaba el mozuelo entre silbidos prolongados y agudísimos.—¡Juera, vaca, juera! ¡Chula, Chula! ¡Al alma que sos crió, jolgacianas del congrio! ¡Chota, Chota! ¡Coronela, Bragaína! ¡Se ponin bobas, recongrio!

Y el ganado descendía con lentitud perezosa por la cuesta del calcinado encinar, que dormía silencioso en las márgenes del río; un río de aguas calientes y mansas, que también parecían medio dormidas.

La tierra entera callaba bajo el peso de aquella siesta de plomo, y los cielos infinitos y magníficos, inundados de radiosas vibraciones de ardiente luz meridiana, blanqueaban como plata derretida.

Fueron llegando las vacas á las orillas del río y en él se atracaron de agua tibia, hasta que la piel de los hijares, distendida, se les puso como el parche de un tambor. Algunas entraron en el remanso y allí quedaron paradas, inmóviles como ídolos de granito, derramando por los tibios bezos flacidos el

agua sobrante, que caía en hilillos transparentes sobre la tersa superficie del remanso. Las demás, con paso suave, de lentitudes armónicas y solemnes, se fueron retirando de las orillas del río; y despacio, muy despacio, como arrastrando con tranquila fortaleza la pesadez angustiosa de la hartura, fueron á echarse á la caldeada sombra de las próximas encinas, á rumiar y á dormitar.

Y entonces llegó el vaquero.

Era un zagalón talludo y fuerte, un adolescente de color aceitunado y pupilas de carbón, vestido con un traje cuyas prendas, con su desigual estado de conservación y sus graciosas desproporciones de tamaño y aun de forma, denunciaban cien domésticos apuros económicos, salvados con largas intermitencias de muy varia duración: bombachos de paño muy remendados y excesivamente cortos; unos zapatones cuadrados, enteramente nuevos, inmensos á lo largo, á lo ancho y á lo grueso; medias de lana, que era parda hasta la mitad de la pantorrilla y más parda de allí para arriba hasta cerca de la rodilla, por debajo de la cual estaban sujetas con cintajos retorcidos; zahones de cuero con agujeros y cuchilladas; un chaleco viejo, sin botones, encima de una blusilla nueva de tela azul, con las mangas estrechísimas y cortas y un sombrero de alas anchas, de elegante forma, que había sido en otro tiempo de un señorito, probablemente del amo del vaquerillo.

El muchacho llegó á la orilla del río, se puso de un brinco sobre una peña y se quedó mirando, tal vez sin verla, la corriente de las aguas sosegadas,

extático como dominado por un insconsciente estravismo inevitable, quieto y sin pestañear. Luego, como saliendo de un sueño, sacudió ligeramente la cabeza, miró las vacas, miró el sol, miró de nuevo las aguas, y se quedó pensativo, dando suaves golpecitos en la peña con la punta del garrote que llevaba. De pronto tiró el garrote, tendió por las cercanías una mirada de precaución pudorosa y comenzó á desnudarse. Le pedía el cuerpo baño, frescura, deleite, sensaciones fuertes que le sacaran de cierto estado de misterioso desasosiego que padecía. Todas las cosas del mundo le parecían desabridas menos aquella en que andaban enredados sus pensares. Sentía calor en las entrañas que se le ponían muy tristes, y á veces se le oprimían hasta causarle dolor; tenía pena, la pena inquieta que infunden las ardientes ansiedades no satisfechas; sentía zozobras y temblores de la carne, y mucho miedo también, el miedo mezclado de forzada valentía con que se acerca el soñado misterio apetecido el que quiere descorrer el velo que se lo oculta...

La absoluta soledad en que vivía le había enseñado muy poco. No tuvo jamás amigos que le iniciaran en los grandes misterios del placer que él había ya presentido y hasta concretado un poco, gracias á las enseñanzas de aquella vigorosa y fecunda Naturaleza que le rodeaba y de la cual venía él á ser un discípulo rezagado, más rezagado que aquellos peces del río y aquellos mirlos del tamujal, y aquellos chotos traviesos, bárbaros en sus retozos, y aquellos carneruelos que perseguían á las ovejas con el pes-

cuezo extendido, entre ronquidos nasales y temblores de la piel...

Acabó de desnudarse. Una ráfaga levísima de aire oreó su tostado cuerpo. Y se sintió más flexible, más elástico, más inquieto y más lleno de aquel triste desasosiego punzante que le estaba atormentando. De pies sobre la redonda peña, granítico pedestal de aquella estatua de carne, que parecía un bronce vivo, permaneció unos momentos cruzados los brazos, errabunda la mirada... Parecía una estatua de la *Indecisión* en el momento supremo de la duda.

Luego, como el que busca una cosa que le arranque del cerebro alguna idea, miró el agua. La sensación del baño, presentida por la carne, le estremeció de pies á cabeza, y tendiendo los brazos como un pájaro las alas, se arrojó de repente en el remanso, que lo recogió en su seno, rompiéndose con estrépito en un círculo de estrías de cristal con remates de menudísimas gotas irisadas.

Allá, en el centro del río, surgió momentos después el busto del vigoroso adolescente, que sacudió la mojada cabellera con el brío de un cachorro de león; y tendiéndose después con gallardía, hendió la mansa corriente, río arriba, provocando el movimiento de las aguas, que azotaban sus omoplatos broncíneos y su dorso de flexible serpientuela... Por un momento llegó á embriagarle el deleite, tendióse de espaldas sobre la haz de las aguas y dejóse llevar por la corriente, como una estatua flotante, con los ojos entornados por una voluptuosa pasivi-

dad indolente que reavivó en su memoria el picante recuerdo de que huía...

Y otra vez se vió obligado á sacudir la morena cabezota y á lanzarse al movimiento, al azote aturdidor de las aguas agitadas, á las bruscas sensaciones de totales inmersiones repentinas... Nadó con vigor, con ira, por espacio de un rato, hasta sentir en la carne la laxitud de la fatiga. Entonces aproximóse á la orilla del río, y poniéndose de pie, salió de él á toda carrera, alborotando las aguas, que oponían gran resistencia á su escape. Con la rota camisucha se enjugó los ojos y la recia cabellera, vistióse las miserables ropillas y se sentó á la sombra de una encina. Ya era hora de descansar.

En una cuenca de corcho, enteriza, como que había sido caperuza de una verruga de alcornoque, machacó con la punta del mango de la cuchara, que para eso era cilíndrico, un poco de sal, unas hojas de poleo que transcendía á humedades de regato, un trocito de miga de pan, un ajo y la mitad de una guindilla de pepitas amarillentas y cascarilla granate. Sobre la pasta echó aceite y vinagre de dos cuernos de res, atados con una tira de cuero, agitó con la cuchara la mezcla, fuese al río y volvió con el *cazo* lleno hasta los bordes de moje de gazpacho en cuya superficie flotaban los dorados reflejos del aceite, los verdines del poleo, el ligero tinte del vinagrillo y las pepitas de la menuda guindilla. Bebió el muchacho un buen trago, y cuando ya no era fácil que el líquido rebosara, lo fué cubriendo de pedacillos de pan arrancados á pellizcos. Comió, bebió: be-

bió todo aquel océano de líquido refrescante y después de fregar con arena y agua del río la primitiva vajilla, tendióse á la sombra, boca abajo, con la frente apoyada sobre el dorso de la mano, dispuesto á dormir la siesta.

¡Sí, dormir! Eso hubiera deseado el vaquerillo moreno de pupilas de carbón y cabeza de cachorro. Pero el dulce bienestar que le infundieron el baño y el gazpacho le llenó otra vez el cerebro de tentadoras ideas, y la carne agradecida palpitó de insanos impulsos, enemigos mortales en el total aislamiento del solitario varón que se sentía pletórico de energías naturales.

Al cabo, después de un rato de lucha, descendió sobre sus párpados el sueño: un sueño ligero y artificial, aborto de la porfía; un sueño somero y fatigador, con inquietudes de fiebre, con vislumbres de vigilia... Dió el mozo un vuelco y se quedó boca arriba, los brazos abiertos, cruzadas las piernas, ladeada la cabeza... Por breve rato, su respiración fué tranquila y algo cansada, como viento lejano quejumbroso de la borrasca que amaina. Hasta llegó á sonreir enseñando unos dientes de chacal, en cuya tersura nívea, de reflejos nacarinos, se espejaban los objetos en preciosas miniaturas.

De pronto se estremeció, plegó el entrecejo, puso cara de dolor y despertó retorciéndose como una culebra perezosa; y por remate de aquel desperezo dió dos vuelcos repentinos, rodando sobre el césped raído y abrasado. Y abriendo los ojos húmedos, empañados de calentura amorosa, clavó en los cielos

radiantes la mirada melancólica y sumisa del erotismo enfrenado.

Entonces fué cuando pasó por allí la porquera, una mozona desgarrada y bestial, ya entrada en años, con una cara en que estaba pintado el idiotismo concupiscente, procaz y osado, y unos ojos que miraban de través, con grosera expresión de imbecilidad picaresca, que indignaba por sañuda, por egoísta, por fea.

—¿Qué jacis?—le dijo al mozo al pasar.

—¡Náa!—le contestó el muchacho.

La moza echó á andar hacia el tamujal del río, que estaba á cuarenta pasos de ellos; pero antes, hízole al chico un guiño grosero y le dijo con voz asperota y trémula:

—Chacho, p'aquí sí que se está bien, pa entri las tamujas, que no hay naide...

El vaquerillo entendió. Tenía miedo, le dolía el corazón y se aturdió. Pero de repente, debió de acordarse de alguien: no sé de quién, pero él debió de acordarse de alguien á quien creyó estar haciendo mucho daño con todas aquellas cosas. No le quedaba en el mundo más que su madre, la viejecita que le lavaba y le remendaba la ropa y hacia la cual sentía él el apego irresistible del recental á la oveja; una querencia que tenía todas las energías del instinto y, además, todas las mudas ternuras que cabían en un alma sensible y desnuda de todo amor que no fuera aquel amor...

El muchacho pareció recibir una inspiración repentina; abrió mucho los ojos, que miraban sin ver

nada, entreabrió también la boca y se quedó inmóvil, como cuando el alma escucha, como cuando escucha el alma el himno grave y sereno del bien, que es su mejor melodía... Y el alma del huraño zagalón, tosco y rudo, que no había entrevisto el bien más que á través del instinto, de repente lo intuyó. ¡La batalla estaba ganada!...

El mozo puso los ojos en la frescura tentadora de los fresnos, las mimbreras y las tamujas del río, y de las pupilas negras se le escapó una mirada de magnífica soberbia, sublime hasta en su insolencia y al par triunfadora y noble, como canto glorioso de victoria.

Y le dijo al laberinto de la fronda que le ofrecía oculto nido de placer:

—¡No quiero, recongrio, no quiero! Lo bien jecho bien paeci...

Se levantó y echó á andar hacia las vacas; iba sereno, alegre, radiante y un poco altivo. Al llegar junto al ganado, que aún dormitaba perezoso, dió dos silbidos agudísimos y voceó:

—¡Chula, Chula! ¡Mariposa, Coronela, Bragaína!... ¡Arriba toas, á buscarsi la gandalla! ¡Jala, jala, que la genti pará cría malos pensamientos!...

El sentido de la Fe y del Arte, que son hermanos, oyeron rumor de alas invisibles y le dijeron á mi alma:

—Es el Angel de la Guarda del muchacho que se estremece de gozo.

Y yo lo creí.

Porque sé que también los vaqueriIlos montaraces tienen su Angel de la Guarda...

EL TIO TACHUELA

NUNCA tuvo la tradición defensor más decidido en Villarino que el *tio Tachuela*. Todo proyecto de cosas nuevas le encontraba atravesado en el camino.

«Señorito de pan plingao» llamó un día en sus propios hocicos al Alcalde porque osó proponer la instalación de un reloj en el campanario.

—¡Ni reloces ni relozas! ¿oye usté? Endi que yo soy yo pa ná lo he nesecitao. El clarear del día me ha jechao siempri de la jerga pa dil á mi trabajo; el papo me avisa luego cuando llega la meyudía, y la noche me ha jechao siempri pa casa. Los reloces más seguros mos los ha dao Dios de balde ¿oye usté? Los que se jacin con rueas no son más que sacacuartos.

Así argumentó el *tio Tachuela* en la sesión, y, como siempre, triunfó. Su dialéctica era aplastadora para los de Villarino, naturalmente propensos á dejarse llevar corriente abajo por el río de las rutinas.

A Villarino fué un mediquín con la maleta ates-

tada de proyectos de buena higiene, y pidiendo—á los ocho días de establecido en la aldea—en un informe de cuatro pliegos, llenos de citas de médicos alemanes, que á voz de pregonero fuese prohibida la cría de cerdos (dicho sea sin pedir perdón á nadie) en las casas del lugar. El *tio Tachuela* oyó sin pestañear la lectura del informe y en seguida lo hundió, de un solo golpe, en la maleta del médico, con esta frase, que agarró como una tachuela en los cerebros de los oyentes:

—Pues de mi sentil, don Ludivino, ¡es mejol morirse de toas esas cosas que usté dice, que de jambril

El mediquillo, mal herido, se replegó hacia terrenos algo menos radicales, y propuso, á vuelta de otro discurso sobre las fiebres palúdicas, la limpieza de establos y cuadras y la prohibición de llenar de hojas de roble los charcos de las calles, para evitar que aquellos miasmas pútridos... etcétera, etc.

Y el *tio Tachuela* arguyó:

—Mire usté, don Ludivino: si no jacemos vicio en tóos los laos que poamos, cuantis cogeremos trigo pa casa y pa la simiente, pero no pa tapar otros bujeros, pongo por caso, pa pagali á usté la iguala. De móo y manera, que usté determinará lo que le pareza, don Ludivino.

A don Ludivino le hizo cosquillas el socarrón argumento, y contestó con dignidad, casi con altanería:

—*Tio Tachuela*: como quiera que ello sea, en opinión de toda persona digna y culta, *salus populi*... ya usted me entiende.

—Pues no, eso sí que no entiendo...

—Quiere decir, en substancia, que lo primero es la salud, *tío Tachuela*.

—Es la verdá pura: la salú es cosa mu buena; pero yo he aprendío ese mesmo refrán entavía más rematao, don Ludivino: «salú y pesetas, salú completa».

Y los establos y cuadras se salvaron por entonces de la proyectada monda, y en los charcos de las calles de Villarino continuaron fermentando las hojas secas de roble.

A dos kilómetros del lugar, unos señores ingenieros trazaron una vía férrea, sin pedir su opinión al *tío Tachuela*. Su compadre *Quico el Pegoso* le interrogó:

—Di, compadri: ¿pa qué dirás que andan midiendo esos señoratos la laera de la Cogornís?

—Pa dal jielis á la gente—le contestó secamente el *tío Tachuela*, presintiendo la próxima desazón.

Y ¡zás! ni hecho de propósito: la viñita del *tío Tachuela* ¡partida en dos por la vía! Le cayó la noticia como una bomba, pero la aguantó á pie firme, sin chillar, sin bufar, sin gemir. Se sintió impotente para vencer en la lucha, se replegó iracundo y mudo, como toro desengañado que ha comprendido lo desigual del combate á que le provocan y no lo quiere aceptar.

Un día le llevaron á su casa treinta duros, precio de la expropiación. No los cogió, no los miró. Y su mujer le decía para consolarlo un poco.

—Mira, mira, Tanislao: de tós móos y maneras, cuasi nunca los que roban güelvin ná de lo que ro-

ban, y éstos han tenío siquiera esta miaja miramiento. Ni tóo recogío, ni tóo vertío, Tanislao.

—Güeno, pues pa ti; pa que lo gastes en alfileris, y cuando no haiga vinagre, se las jechas al gaspacho.

—Pa vinagre dos cachujus te han dejao, pero te se ha metío en la sesera no dir á arregalos algo, y asín es como no mos darán gota, Tanislao.

—*Tio Tachuela*— decía uno—: ¿cómo no va usté á poal las parras que le han queao en la laera la Cogornís? Se están pusiendo perdías de basura.

—¿Pues quedrás creel que entavía no me ha vagao dil hogaño? Pero habrá que dil.

—*Tio Tachuela:* jágale usté unas traviesas á aquellos cachos de viña, que se le están esmoronando ca instanti con las aguas—decía otro amigo oficioso.

Y el *tio Tachuela*, que no quería nunca dar su brazo á torcer, contestaba, disimulando:

—¡Calla, hombri, si estoy cocío en obra hogaño!, pero námas que me puea desenreal del vicio de los olivos, tengo pensao dil p'allá, que estará aquello perdío.

Y no acababa de ir. Su mujer sí que fué allá con un par de jornaleros que en un día dejaron aquello como una taza de plata.

—Ya pués dil, ya pués dil á vel aquello, Tanislao: que ha queao como un tiesto de albehaca. Y mira, entavía mos han queao dos cachinos bien rigulares, pa lo que dicía la genti.

Pasó más tiempo, El rencor del *tio Tachüela* iba ya muy apagado. Ya andaba el hombre con el ala del sombrero levantada. Sabía que circulaba ya el tren

y que pasaba por la ladera de la Codorniz diariamente á las cinco de la mañana y á la misma hora de la tarde. Y para no ver por allí el enemigo, se fué una mañana á las ocho á ver su finca, con ánimo de regresar al mediodía á Villarino, antes que el tren de la tarde le sorprendiera en la viña.

¡El tren! ¿Y cómo sería el tren? Cien veces oyó hablar de él en el pueblo, donde tampoco lo habían conocido hasta aquella época, pero á él, cuando le hablaban del tren, se le obscurecía el cerebro de manera que jamás pudo entender lo que escuchaba.

—Ello será alguna estucia del Gobierno—iba pensando—, que, como malo, es bien malo, pero tamién jaci obras del demonio. Y si no, no hay más que vel un puenti que anda jiciendo p'ahí abajo, no sé aónde, que dicin que abril ojos y miral.

El *tío Tachuela* llegó á la viña á las ocho y media. Era una mañana espléndida.

—Por aquí se conoci que será por ondi roa esi demonio—dijo mirando con mucha atención los rails de la solitaria vía—. Pues no; como corra como dicin, lo que es de aquí se escurrice, porque estos hierros no tienen asentaero bueno pa aseguranza de las rueas.

De repente, el *tío Tachuela* levantó la cabeza y se puso á escuchar, algo alarmado. Se oía un ruido lejano, continuo y sordo. No contaba el *tío Tachuela* con trenes extraordinarios, pero, sin embargo, dijo:

—Eso tié que sel el tren. Y luego ician que no venía jasta las cinco ú la seis. Eja que me suba en la

paré, no sea cuento que me pesqui y me jaga una tortilla esi mal bicho.

Y subido en la tapia de la viña, siguió escuchando. El ruido continuaba, simulando, sucesiva y lentamente, zumbar de viento en el bosque, fragor de trueno lejano, sorda amenaza de nube cargada de granizo destructor, redoble de mil tambores de guerra, rumor de río despeñado, y luego, rodar de hierro... rodar de mucho hierro sobre más hierro... y luego, estrépito de catástrofe que se echa encima de pronto... y allá, por la hendidura de la trinchera vecina asomó una cosa inmensa y negra, como enorme cabezota de cetáceo que venía resoplando, que echaba humo, que echaba chispas, que echaba ascuas... y al salir de la trinchera, dió un bufido de demonio, dos bufidos, tres bufidos, y en seguida un silbido horripilante, dilacerante, de acento provocativo y audaz, como alarido salvaje de monstruo triunfador que viene pidiendo paso, pidiendo espacio... y ante los ojos extáticos del tío de Villarino pasó el monstruo resonante, con el vientre sudoroso tendido sobre huesos y músculos de hierro resbalador, que arrastraban todo un mundo que corrió como visión de cinematógrafo por delante del labriego estupefacto: piñas de humanas cabezas, moles de negro carbón, montones inmensos de henchidos sacos de lona, más montones, más montones, todavía más montones... y detrás, muchas cárceles de hierros, atestadas de pacíficos ganados, la piara baladora, la yeguada, los pastores... Y al *tío Tachuela* se le llenó el corazón de ternura mientras los veía pasar,

porque eran cosas muy suyas, y las lágrimas le enturbiaron las pupilas... Y cuando todo aquel mundo estrepitoso y magnífico pasó, y en la próxima curva se iba hundiendo, se iba hundiendo con marcha solemne y brava, el *tío Tachuela* sintió en toda su grandeza la maravilla de hierro que antes había maldecido, y la quiso saludar. Se atragantó. Buscó en vano las palabras, la fórmula vigorosa que pudiera descargarle de la emoción ahogadora del soberano espectáculo, y rompiendo por donde pudo, llenó de alientos el belludo pechazo generosote, miró hacia la curva próxima con ojos cargados de agua y gritó con infantil arrebato:

—¡¡¡Viva el tren!!!

Y acabó de desahogarse diciéndole al aire diáfano y á las brisas de las viñas:

—¡Qué jechen un tren cá y cuando por ampié de la nuestra iglesia, que allí está el mi cortinal pa jaceli mucho sitio!

ES UN CUENTO

Lucio Castro, el poeta enamorado de las aguas, había dado la vuelta al mundo, cantándolas en estrofas resonantes y purísimas.

Era su patria una florida aldehuela ribereña, dulcemente ensordecida por un río caudaloso que bajaba iracundo y zumbador entre horrendos peñascales, destrozándose en desgarrones espumantes. Era su musa una virgen transparente, del coro de las ondinas con cabellera de algas, dientes perlinos y azulosas pupilas abismáticas.

En su alma exquisita y clásica, como en gota de purísimo rocío, se espejaban los cuadros del mundo bello en divinas miniaturas...

Y eso hacía él cuando cantaba la bella naturaleza: poéticas miniaturas delicadas, de finísimos contornos, de ternura irreprochable, de ritmo clásico...; pero algo frías, hijas de un Arte sin alma...

Mas cuando aquel hijo humano de las náyades, el eterno enamorado de la linfa, la cantaba soñolienta

en el remanso, rezadora en la regadera del prado, besando flores ó rugiente en la costa brava, abofeteando rocas, el alma idólatra del artista enamorado se erguía loca, se erguía bella, y acariciada unas veces por el beso de la ondina inspiradora y otras veces flagelada por un látigo de algas, se derramaba en estrofas como arrullos sedantes de arroyuelo rodador ó estallaba en musicales hervideros espumosos de torbellino oceánico.

En el ritmo de sus cantatas había toda la gama de los ruidos de las aguas: suspiros y zumbidos, hervores y murmullos, chapoteos de oleaje sosegado y alaridos dilacerantes de borrasca, rumor suave de besos, agudo chascar de azotes... Y luego un tierno fondo de amor al ídolo por hermoso, por sonoro, por fecundo y alegrador, sí, porque alegraba las hieráticas quietudes del paisaje, le daba vida, le daba música grata... ¡Oh! también era artista el ídolo...

En su heroica odisea por el mundo lo había cantado desde todas sus grandezas hasta todas sus dulzuras. Meciéndose sobre sus lomos rugosos con cresterías de espuma, allá en los mares misteriosos del Oriente, le había rimado poemas de una grandeza soberanamente triste, que empapaba los espíritus en la visión de los piélagos inmensos y sombríos, lechos sin fin de unos cielos infinitos, eternamente teñidos de mansedumbres crepusculares... ¡Y qué religiosos himnos, llenos de grandeza bíblica, á lo largo de los ríos de la dulce Galilea! ¡Y cuán dulces endechas sobre el espejo azulino de los lagos de Córcega y Normandía!

¡Y qué divinas cantatas en los golfos poéticos de Grecia, bajo cuyas aguas clásicas todo un coro de Nereidas iba al costado de la nave venturosa del poeta, conjurando los peligros de las sirtes...

Y ahora, dulcemente melancólico, y ya blanca su hermosísima cabeza, había tornado á la aldeílla natal, invadido de la nostalgia de aquel río de sus amores de niño, á cantar sobre sus aguas la postrera de sus canciones, la del cisne que se muere...

Todas las tardes en minúscula barquilla, penetraba hasta el centro del gran río, donde las aguas turbulentas dejaban apenas ver el remate de un granítico peñasco, junto al cual espumaban jugadoras. Y arrojando, para amarrar la barquilla, un débil cable alrededor de la cabeza granítica del bloque, saltaba luego sobre ella, y sentado en aquel trono de roca, hundía su mente en la suave contemplación abismática de los juegos de la linfa.

Una tarde moribunda de Septiembre, á la hora del crepúsculo, las lluvias que derramó una tormenta en regiones de donde el río procedía, aumentaron de repente su caudal alborotado, que rompió la débil amarra y se llevó la barquilla. El poeta no vió aquello, ni advirtió que su atalaya musgosa iba á desaparecer en breve bajo sábanas de espuma. Estaba absorto, cara al crepúsculo triste, escribiendo melancólicas estancias de una canción dolorida, inconsciente visión profética de una muerte ya cercana... Era un adiós á las aguas de su río, que iba á morir en los mares, en los infinitos mares, como su alma, la del artista, que también iba á caer en lo infinito...

Y así, cantando la postrera de sus fogosas cantinelas al mismo amor, al mismo ídolo que le arrancó la primera siendo niño...; extático, cuando el suave arrobamiento del divino paladeo de la belleza tocó las lindes del vértigo, amplio sudario de aguas azules con exquisitos encajes blancos de finísimas espumas, envolvió para siempre el cuerpo del viejo cisne...

Y pasaron sobre el mundo muchos inviernos lluviosos. . . . .

. . . .

El sol radiante de un mes de Junio sorbió aguas, y al descender las del río hasta su ordinario límite... ¡oh, qué embeleso de los ojos de los hombres! el diente granítico del risco, pulido y cincelado por el agua enamorada, era una divina estatua, la estatua del poeta, que seguía contemplando el suave paso de la linfa, su amante agradecida, que ahora le lamía los pies y orlaba de rubíes y brillantes sus clásicas vestiduras...

FIN DEL TOMO SEGUNDO

INDICE

DEL TOMO SEGUNDO

RELIGIOSAS

CAMPESINAS

FRAGMENTOS EN VERSO Y PROSA

ESTE LIBRO SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN LA IMPRENTA ESPAÑOLA
DE MADRID, EN EL MES
DE JULIO DE 1912
AÑOS



